

El derrumbe y otras piezas y cuentos



Scott F.
Fitzgerald

El derrumbe y otras piezas y cuentos

F. Scott Fitzgerald

Traducido por Poli Délano
Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1969

Edición original:
The Crack-up. Edmund Wilson (ed.)
New Directions, New York, 1945

Los números entre corchetes corresponden
a la paginación de la edición impresa.



Piezas Autobiográficas

[9]

Ecós de la Era del Jazz

Es demasiado pronto para escribir sobre la Era del Jazz con cierta perspectiva y sin caer bajo sospecha de arteriosclerosis prematura. Mucha gente sufre todavía violentas náuseas cuando se topa con alguna de sus palabras características: palabras que desde entonces han cedido en intensidad a los acuñamientos del submundo. Está tan muerta como lo estaban los escandalosos Noventa en 1902. Sin embargo el autor de estas líneas siempre la recuerda con nostalgia. Lo sostuvo, lo halagó, y le dio más dinero del que se hubiera soñado nada más que por decirle a la gente que él sentía igual que ellos, que era preciso hacer algo con toda la energía nerviosa acumulada durante la guerra.

El período de diez años que, resistiéndose a morir añejo en su cama, saltó a una muerte espectacular en octubre de 1929, había comenzado en 1919, más o menos en la época de las revueltas del 1.º de Mayo. Cuando la policía embistió a los muchachos campesinos que habían sido desmovilizados y que boquiabiertos escuchaban a los oradores en Madison Square, no hizo otra cosa que alienar del orden reinante a la juventud más inteligente. No nos habíamos acordado para

nada de la Carta de Derechos hasta que Mencken empezó a divulgarla, pero sí sabíamos que ese tipo de tiranías era propio de los inquietos paisitos del sur de Europa. Si despiadados [10] hombres de negocios ejercían tal efecto sobre el gobierno, entonces a lo mejor era cierto que habíamos ido a la guerra por los préstamos de J. P. Morgan. Pero debido a que estábamos cansados de las Grandes Causas, no hubo más que un breve estallido de indignación moral, que Dos Passos tipificó en *Tres soldados*. De inmediato comenzamos a sacarle rebanadas a la torta nacional, y nuestro idealismo sólo llegó a encenderse cuando los periódicos hicieron melodrama de historias tales como la de Harding y la pandilla de Ohio, o la de Sacco y Vanzetti. Los acontecimientos de 1919 nos dejaron más cínicos que revolucionarios, por mucho que ahora hurguemos todos en nuestros baúles, preguntándonos dónde diablos habremos dejado el gorro de la libertad —”Yo sé que lo *tenía*”— y la blusa de *mujik*. Típico de la Era del Jazz fue no interesarse para nada por la política.

Fue una era de milagros, una era de arte, una era de excesos y de sátira. Un Engreído que con mucha naturalidad temblaba ante el chantaje ocupaba el trono de los Estados Unidos; un joven a la moda corría hacia nosotros a representar el trono de Inglaterra; un mundo de muchachas suspiraba por el joven británico; el viejo americano gemía en sueños esperando que su mujer lo envenenara, por consejo de la Rasputín femenina que ya entonces tomaba las decisiones fundamentales en nuestros asuntos nacionales. Pero dejando estas cosas de lado terminamos por salirnos con la nuestra. El hecho de que los americanos encargaran sus trajes a Londres al por mayor determinó a los

sastres de Bond Street a adoptar su corte al cuerpo de talle largo y al gusto por la ropa suelta de los americanos, y algo sutil pasó a Norteamérica, el estilo del hombre. Durante el Renacimiento, Francisco I miró hacia Florencia para ataviarse. La Inglaterra del siglo XVII imitó a la corte de Francia, y hace cincuenta años los oficiales de las Guardias Germanas compraban sus ropas de [11] civil en Londres. Ropa para caballeros: símbolo “del poder que debe mantener el hombre y que se trasmite de una raza a otra”.

Éramos la nación más poderosa. ¿Quién podía ahora venir a decirnos qué estaba de moda y cómo pasarlo bien? Aislados durante la Guerra Europea, comenzamos a escudriñar el Sur y el Oeste desconocidos en busca de pasatiempos y maneras, y teníamos aun más al alcance de la mano.

La primera revelación social produjo una sensación totalmente desproporcionada a su novedad. Ya en 1915 la juventud sin niñeras de las ciudades pequeñas había descubierto la privacidad móvil de ese vehículo que le dieron al joven Bill a los dieciséis para que adquiriera “confianza en sí mismo”. Al comienzo los besuqueos y las caricias constituyeron una temeraria aventura aun en condiciones tan favorables, pero poco después se intercambiaron confianzas y el viejo precepto se vino abajo. En 1917 se podía ya encontrar referencias a tan causales y dulces juguetes en cualquier número del *Yale Record* o del *Princeton Tiger*.

Pero en sus manifestaciones más audaces, el “manoseo” se limitó a las clases pudientes; entre otra parte de la juventud prevaleció la vieja

norma hasta después de la Guerra, y un beso significaba que se esperaba una proposición, como a veces descubrieron espantados los oficiales jóvenes en ciudades extrañas. Sólo en 1920 terminó de caer el velo: estaba floreciendo la Era del Jazz.

No bien acababan los ciudadanos más serios de la república de recuperar el aliento, cuando la más salvaje de todas las generaciones, la generación de los que eran adolescentes durante la confusión de la Guerra, hizo bruscamente a un lado a mis contemporáneos y subió bailando a la bambalina. Esta fue la generación cuyas muchachas se autocalificaron teatralmente de *flappers*, la generación que corrompió a sus mayores y que eventualmente se sobrepasó menos en lo que se refiere a la falta de moral que a la falta de gusto. ¡Ahí está como muestra el año [12] 1922! Esa fue la expresión máxima de la generación más joven, pues aunque la Era del Jazz continuaba, cada día iba teniendo menos que ver con la juventud.

La secuela fue una especie de fiesta infantil de la que se apoderaron los adultos, dejando a los niños confundidos y algo abandonados y algo atónitos. Por 1923 los mayores, cansados de mirar el carnaval con mal disimulada envidia, descubrieron que el licor tierno puede reemplazar a la sangre joven, y con un gran griterío comenzó la orgía. La generación más joven perdió el estréllate.

Una raza entera entregada al hedonismo determinaba los placeres. Las precoces intimidades de la generación más joven se habrían producido igual con la Ley Seca o sin ella: estaban implícitas en el intento de adaptar las costumbres inglesas a las condiciones norteamer-

ricanas. (Nuestro Sur, por ejemplo, es tropical y de precoz maduración; nunca ha sido parte de la sabiduría de Francia y España el dejar que las muchachas anden solas a los dieciséis o diecisiete.) Pero la decisión general de divertirse que comenzó con los cocteles de 1921 tuvo orígenes más complicados.

La palabra *jazz* en su evolución hacia la respetabilidad significó en primer término sexo, luego baile y después música. Está relacionada con un estado de excitación nerviosa no distinta de la que se produce en las ciudades grandes tras las líneas de la guerra. Para muchos ingleses la Guerra continúa porque todas las fuerzas que los amenazan permanecen activas... Por lo tanto, comamos, bebamos y gocemos, ya que mañana vamos a morir. Pero eran otras las causas que ahora habían producido en América un estado similar; a pesar de que hubo clases enteras (la gente mayor de cincuenta, por ejemplo) que pasaron toda una década negando su existencia aun cuando su rostro travieso se asomaba al círculo de la familia. Nunca soñaron siquiera que habían contribuido a producirla. Los ciudadanos honestos de todas las clases, que creían en una moral [13] pública estricta y que eran lo suficientemente poderosos para imponer la legislación necesaria, no sabían que forzosamente habrían de ser servidos por criminales e impostores, y en verdad no lo creen aun hoy. La rectitud de los ricos había podido siempre comprar sirvientes honestos e inteligentes para liberar a los esclavos o a los cubanos, de manera que cuando fracasó este intento, nuestros mayores se mantuvieron firmes con toda la contumacia de la gente que se ve envuelta en una causa débil, preservando su probidad y perdiendo sus hijos. Hay mujeres de cabellera plateada y hombres de

buenos rostros viejos, gente que jamás cometió a sabiendas ni el más mínimo acto deshonesto en sus vidas, que aún se aseguran los unos a los otros, en los hoteles residenciales de Nueva York y Bostón y Washington, que “está creciendo una generación entera que jamás conocerá el sabor del licor”. Entretanto sus nietas se pasan entre ellas el manoseado ejemplar de *El amante de Lady Chatterley* en el internado y, si se mueven un poco, conocen el gusto del gin o del aguardiente a los dieciséis. Pero la generación que alcanzó su madurez entre 1875 y 1895 siguió creyendo lo que quiso creer.

Aun las generaciones intermedias resultaron incrédulas. En 1920 Heywood Broun anunció que todo este alboroto era absurdo, que los jóvenes no se besaban, sino que sólo decían hacerlo. Pero muy pronto la gente mayor de veinticinco reclamó (?) una educación intensa. Permítaseme trazar algunas de las revelaciones que les fueron otorgadas, refiriéndome a una docena de obras escritas para diversos tipos de mentalidad durante la década. “Comenzamos con la sugerencia de que Don Juan lleva una vida interesante (*Jurgen*, 1919); luego nos enteramos de que anda por ahí mucho sexo, si sólo lo hubiéramos sabido (*Winesburg, Ohio*, 1920); de que los adolescentes llevan una vida intensamente amorosa (*A este lado del Paraíso*, 1920); de que hay un sinnúmero de palabras anglosajonas olvidadas (*Ulysses*, 1921); de que la gente mayor no siempre resiste las tentacio-[14]nes repentinas (*Cytherea*, 1922); de que a veces las muchachas son seducidas sin que eso les signifique la ruina (*Flaming Youth*, 1922); de que hasta el rapto termina a veces bien (*El sheik*, 1922); de que sofisticadas damas inglesas son a menudo promiscuas (*El sombrero verde*, 1924); de que en

realidad dedican la mayor parte de su tiempo a serlo (*La Vorágine*, 1926); de que es hartamente bueno también (*El amante de Lady Chatterley*, 1928), y finalmente, de que hay variaciones anormales (*El Pozo de la Soledad*, 1928, y *Sodoma y Gomorra*, 1929).

En mi opinión el elemento erótico de estas obras, incluyendo *El sheik*, escrito para niños a la manera de *Peter Rabbit*, no causó ni una pizca de daño. Todo lo que describían, y mucho más, era familiar en nuestra vida contemporánea. La mayoría de las tesis eran honestas e ilustrativas: su efecto fue el de devolver algo de dignidad al macho en cuanto a su contraste con el hombre-masculino¹ en la vida norteamericana. (“¿Y qué es un hombre-masculino? —preguntó un día Gertrude Stein—. ¿No hay una categoría lo suficientemente grande como para satisfacer las dimensiones de todo lo que “un hombre” ha significado hasta ahora? ¡Un hombre-masculino!”) La mujer casada puede ahora descubrir si se la está estafando, o si el sexo es simplemente algo que hay que tolerar, y su compensación debería hallarse en establecer una tiranía del espíritu, como su madre puede habérselo sugerido. Tal vez muchas mujeres descubrieron que el amor era para gozarlo. En todo caso, los impugnadores perdieron su barata causita, lo cual constituye una de las razones por las cuales nuestra literatura es ahora la más viva del mundo.

Contrario a la opinión popular, el cine de la Era del Jazz no influyó sobre su moral. La actitud social de los productores fue tímida, atrasada y banal; por ejemplo, ninguna película reflejó ni remotamente

¹ *He-man*. (N. del T.)

a la generación más joven hasta 1923, [15] cuando ya las revistas habían comenzado a celebrarla y había dejado mucho antes de ser una novedad. Hubo unos cuantos chisporroteos débiles y luego vino Clara Bow en *Flaming Youth*; expeditamente los escritorillos de Hollywood llevaron el tema a su tumba cinematográfica. A través de la Era del Jazz el cine no fue más allá de Mrs. Jiggs, corriendo parejas con sus más vociferantes banalidades. Esto se debió sin duda a la censura, así como a las condiciones innatas de la industria. En todo caso la Era del Jazz avanzaba ahora con energía propia, abastecida por grandes estaciones de combustible llenas de dinero.

La gente mayor de treinta, pasando por todas las edades hasta los cincuenta, se había unido al baile. Nosotros los veteranos (para condescender con F. P. A.¹), recordamos el estrépito cuando en 1912 las abuelitas de cuarenta sacaron los pies del plato y tomaron lecciones de tango y *Castle-walk*. Una docena de años más tarde una mujer podía empacar el Sombrero Verde con sus demás enseres cuando partía a Europa o Nueva York, pero Savonarola estaba muy ocupado zurrando caballos muertos en los establos de Augías que él mismo había creado, como para darse cuenta. La gente de sociedad, aun en las ciudades pequeñas, cenaba ahora en distintos salones, y la mesa sobria sólo sabía de la mesa alegre de oídas. Quedaban muy pocas personas en la mesa sobria. Una de sus glorias anteriores, las muchachas poco solicitadas, que se habían resignado a sublimar un probable celibato, se toparon con Freud y Jung en sus búsquedas de recompensa intelectual y se volvieron impetuosamente hacia la refriega.

¹ F. P. A.: iniciales con que firmaba el columnista y crítico Franklyn Pierce Adams. (N. del T.)

Alrededor de 1926, la preocupación universal por el sexo se había convertido en un engorro. (Recuerdo una joven madre, satisfecha y perfectamente bien casada, que le pidió a mi mujer consejo acerca de si debía “tener un *affair* de inmediato —aunque no estaba pensando en nadie especial—, porque, ¿no te [16] parece que es algo así como indecoroso cuando estás muy arriba de los treinta?”) Durante un tiempo los discos negros ilegales con sus eufemismos fálicos le confirieron a todo doble sentido, y simultáneamente llegó una ola de comedias eróticas; las muchachas de los últimos cursos hacían nata en las galerías para informarse sobre la aventura de ser lesbiana, y George Jean Nathan protestaba. Entonces fue cuando un productor joven perdió los estribos completamente, bebió del alcohol en que se bañaba una belleza y fue a dar a la penitenciaría. De algún modo su patética tentativa de romance pertenece a la Era del Jazz, mientras que Ruth Snyder, su contemporánea en prisión, la alcanzaba con el impulso de los tabloides; estaba, como *The Daily News* tan exquisitamente sugirió a los *gourmets*, a punto de “cocinarse, y *chamuscarse, ¡Y FREIRSE!*”, en la silla eléctrica.

Los elementos alegres de la sociedad se habían dividido en dos corrientes principales: una que fluía hacia Palm Beach y Deauville, y la otra, mucho más reducida, que se inclinaba hacia la Riviera estival. Uno podía divertirse más en la Riviera, y cualquier cosa que allí ocurriese parecía tener algo que ver con el arte. De 1926 hasta 1929, los grandes años del Cap d’Antibes, este rincón de Francia estuvo dominado por un grupo bastante distinto de aquel sector de la sociedad norteamericana que dominan los europeos. A Antibes llegaba de todo;

en 1929, en el más espléndido paraíso para los nadadores que tiene el Mediterráneo, ya nadie nadaba, como no fuera durante la breve zambullida del mediodía para componer el cuerpo. En el mar había una pintoresca graduación de rocas escarpadas y a veces desde ellas se tiraba algún valet de alguien o alguna chica inglesa de paso, pero los americanos se conformaban con ventilarse unos a otros en el bar. Esto era revelador de algo que estaba ocurriendo en la patria: los americanos se estaban poniendo blandos. En todas partes había señales; aún vencíamos en los juegos olímpicos, pero con campeones cuyos nombres lleva-[17]ban pocas vocales: equipos compuestos —tal como la combatiente combinación irlandesa de Notre-Dame— de fresca sangre de ultramar. Una vez que los franceses se interesaron verdaderamente en la Copa Davis, ésta se inclinó automáticamente a su intensidad para competir. Los terrenos baldíos de las ciudades del Medio Oeste estaban ahora contruidos, y, con la excepción de un breve período escolar, no estábamos resultando un pueblo atlético como el británico, después de todo. La liebre y la tortuga. Por supuesto que si nos lo hubiéramos propuesto, podríamos haberlo logrado en un minuto; aún teníamos todas esas reservas de vitalidad ancestral, pero un día, en 1926, miramos hacia abajo y descubrimos que teníamos los brazos fofos y la barriga gorda y que podíamos gastarle una bromita a un siciliano. La sombra de Van Bibber; falta de un ideal utópico, sepa Dios. Hasta el golf, que antes se considerara un juego afeminado, parecía entonces demasiado violento; surgió una forma castrada del juego y dio en el clavo.

Por 1927, empezó a evidenciarse una neurosis generalizada que tímidamente anunció, como un pataleo nervioso, la popularidad de los crucigramas. Recuerdo cuando un compañero de exilio abrió una carta de un amigo común en la que lo estimulaba a regresar a la patria y a revitalizarse mediante las robustas y tonificantes cualidades de la tierra natal. Era una carta fuerte y nos impactó a ambos profundamente, hasta que advertimos que la enviaba desde un sanatorio para los nervios en Pennsylvania.

Hacia esta época muchos contemporáneos míos habían comenzado a desaparecer en las oscuras fauces de la violencia. Un compañero de curso mató a su mujer y se suicidó en Long Island, otro se cayó “accidentalmente” desde un rascacielos en Filadelfia, otro se lanzó desde uno en Nueva York. A uno lo mataron en un bar clandestino de Chicago; a otro lo golpearon mortalmente en un bar clandestino de Nueva York y, arrastrándose, llegó a morir en su Club de Princeton; aun más, a otro el hacha de un [18] maniático le partió el cráneo en un asilo para insanos, donde se hallaba internado.

Y no es que tuviera que salirme de mi camino para encontrar estas catástrofes: se trataba de amigos míos; lo que es más, no fue durante la depresión cuando ocurrieron estas cosas, sino durante la era de prosperidad.

En la primavera del 27, algo brillante y extraño centelleó a través del cielo. Un joven de Minnesota que parecía no tener nada que ver con su generación hizo algo heroico, y por un momento la gente en los country-clubs y las tabernas clandestinas dejó los vasos y pensó en los

mejores de sus viejos sueños. Quizá volando se encontrara una salida, quizás nuestra sangre inquieta lograra descubrir fronteras en el aire ilimitado. Pero en esos días estábamos todos demasiado entregados; y la Era del Jazz continuaba; todavía nos quedaba un pedazo de torta.

De todos modos, los americanos vagaban cada día más: los amigos parecían todo el tiempo estar rumbo a Rusia, Persia, Abisinia y África Central. Y por 1928 París se había puesto sofocante. Con cada nuevo cargamento de americanos que arrojaba la prosperidad, disminuía su categoría, hasta que hacia el final las locas barcadas llegaron a tener algo de siniestro. No se trataba ya de las sencillas familias con el papá, la mamá, el hijo y la hija, infinitamente superiores en cuanto a bondad y curiosidad que sus congéneres europeas, sino de fantásticos neandertalianos que creían algo, algo vago, que uno no recordaba de alguna novela de pacotilla. Recuerdo a un italiano que se paseaba por la cubierta de un vapor, vestido con uniforme de Oficial de Reserva Americano, armándoles camorras en pésimo inglés a los americanos que en el bar criticaban sus propias instituciones. Recuerdo a una judía gorda, incrustada de diamantes, que se sentó detrás de nosotros en el Ballet Ruso y dijo, mientras se levantaba el telón: “Thad’s luffly, dey ought to baint a bicture of it”¹, [19] Era mala comedia, pero resultaba evidente que el dinero y el poder estaban cayendo en manos de gente frente a las cuales el líder de un Soviet aldeano sería una mina de oro en cuanto a juicio y cultura. Había ciudadanos, de los que en 1928 y 1929 viajaban a todo lujo, que en la deformación de su condición nueva

¹ “That’s lovely, they ought to paint a pictures of it.” (N. del T.)

tenían el valor humano de los pekineses, de los moluscos, los cretinos, los chivos. Recuerdo al juez de algún distrito de Nueva York que había llevado a su hija a ver los “Tapices de Bayeux” y que hizo un escándalo por la prensa pidiendo que se les suprimiera, debido a que una escena era inmoral. Pero en aquellos días la vida era como la carrera de *Alicia en el país de las maravillas*: había premios para todos.

La Era del Jazz había tenido una juventud alocada y una edad madura temeraria. Primero, la etapa de las fiestas con “manoseadas”, el asesinato de Leopold-Loeb (recuerdo la vez que mi esposa fue arrestada en el Puente Queensborough bajo sospecha de ser el “Bandido de pelo corto”) y la moda John Held. En la segunda etapa los fenómenos tales como el sexo y el asesinato maduraron, si bien se hicieron mucho más convencionales. Como es preciso atender a la edad madura, llegaron los pijamas a la playa para salvar a los muslos gordos y a las pantorrillas flácidas de la competencia con los trajes de baño de una pieza. Finalmente las faldas descendieron y todo se ocultó. Todos estaban ahora listos para la carrera. Partamos...

Pero no habría de ser. Alguien cometió un desatino y la orgía más cara de la historia llegó a su fin.

Terminó hace dos años¹, porque la absoluta confianza que era su sostén esencial recibió un sacudón enorme, y no tardó la endeble estructura en venirse al suelo. Y después de dos años la Era del Jazz parece tan lejana como los días anteriores a la Guerra. De todos modos se trataba de tiempo que se pidió prestado: toda la clase alta de la

¹ 1929

nación viviendo con la [20] indiferencia de los grandes duques y la despreocupación de las coristas. Pero es fácil moralizar ahora, y resulta que fue agradable estar en la veintena durante esa época tan segura y sin problemas. Aun cuando no se tenía un centavo, no existía la preocupación por el dinero, porque éste abundaba alrededor de uno. Hacia el final, resultaba una lucha si uno quería pagar su parte; se hacía casi un favor aceptando invitaciones que involucraran viajar de un lugar a otro. El encanto, la notoriedad, las simples buenas maneras, pesaban más que el dinero como capital social. Esto era bastante bueno, pero las cosas se iban desvaneciendo más y más a medida que los eternamente necesarios valores humanos trataban de ir abarcando toda esa extensión. Los escritores eran genios si escribían un solo libro o un drama respetable; tal como durante la Guerra había oficiales con cuatro meses de experiencia que comandaban a cientos de hombres, así había ahora muchos peces chicos señoreando en enormes salones. En el mundo teatral unas cuantas estrellas de segundo orden realizaban producciones extravagantes, y así en cada cosa hasta llegar a la política, terreno en el cual era difícil interesar a buenos hombres por posiciones de la más alta importancia y responsabilidad —importancia y responsabilidad que por mucho excedían a las de los altos jefes del comercio—, pero que sólo reportaban cinco o seis mil al año.

Ahora una vez más tenemos el cinturón apretado y ponemos la adecuada expresión de horror al recordar nuestra juventud desperdiciada. Sin embargo, a veces, hay un fantasmal rumor entre los tambores, un susurro asmático en los trombones que me transporta a los comienzos de los veinte, cuando bebíamos alcohol de madera y cuando

cada día, en todos los aspectos, nos hacíamos mejores y mejores, y hubo un primer intento frustrado de acortar las faldas, y las muchachas se veían todas parecidas con sus vestidos–suéteres, y gentes que uno no quería conocer decían: “Yes, we have no bananas”¹, y parec[21]cía solamente un asunto de unos pocos años para que la gente mayor se hiciera a un lado y dejara que el mundo lo manejaran aquellos que veían las cosas como eran... Y todo nos parece rosado y romántico a quienes éramos jóvenes entonces, porque nunca volveremos a sentir de manera tan intensa lo que nos rodea.

¹ Canción de moda en la época. (N. del T.)

[23]

Mi Ciudad Perdida

Primero estaba el *ferry* deslizándose suavemente desde la costa de Jersey en el crepúsculo: el momento se cristalizó en mi primer símbolo de Nueva York. Cinco años después, a los quince, me fui del colegio a la ciudad para ver a Ina Claire en *The Quaker Girl* y a Gertrude Bryan en *Little Boy Blue*. Confuso ante mi desesperanzado y melancólico amor por las dos, fui incapaz de elegir a una, de manera que ambas se fundieron en una sola entidad: la muchacha. Ese fue mi segundo símbolo de Nueva York. El *ferry* representaba el triunfo; la muchacha, el romance. El tiempo habría de darme un poco de cada uno, pero había un tercer símbolo que se me perdió en alguna parte, y se me perdió para siempre.

Lo encontré una oscura tarde de abril después de otros cinco años.

—Bunny—grité—. ¡Bunny!

El no me oyó; mi taxi lo perdió y lo volví a divisar media cuadra más abajo. Había manchas negras de lluvia sobre la acera y lo vi caminando de prisa por entre el gentío con un impermeable marrón sobre su inevitable traje café; advertí sorprendido que llevaba un bastón liviano.

—¡Bunny! —llamé de nuevo y me detuve. Yo era aún estudiante en Princeton, mientras que él se había convertido ya en neoyorquino.

Este era su paseo de la tarde, esta caminata apresurada con su [24] bastón a través de la lluvia acumulándose, y como faltaba una hora para que nos encontráramos me pareció una intrusión salirle al paso, absorbo como estaba en su vida privada. Pero el taxi lo siguió despacio y al observarlo más me sentí impresionado: ya no era el pequeño estudioso de Holder Court. Caminaba con seguridad, envuelto en sus pensamientos y mirando derecho hacia adelante, y resultaba obvio que su nuevo medio le era absolutamente suficiente. Yo sabía que estaba viviendo con otros tres hombres en un departamento, liberado ya de todos los tabúes del no graduado, pero había algo más que lo nutría y recibí mi primera impresión de esa nueva cosa: el espíritu metropolitano.

Hasta esta ocasión yo sólo había visto el Nueva York que se ofrece para inspeccionarlo: yo era el Dick Whittington del campo, boquiabierto ante los osos amaestrados, o un joven del Mediodía deslumbrado por las avenidas de París. Yo sólo había venido a mirar el espectáculo, aunque no podían los diseñadores del edificio Woolworth y del letrero de las Carreras *de* Carruajes, los productores de comedias musicales y de obras de teatro pedir un espectador más entusiasta, puesto que yo llevaba el estilo y el resplandor de Nueva York más allá de su propia valoración. Pero nunca había aceptado ninguna de esas invitaciones prácticamente anónimas a bailes de debutantes, que por lo general aparecían entre el correo de los estudiantes; tal vez porque sentía que ninguna realidad podía compararse a mi concepción del esplendor de Nueva York. Además, aquella a la que presumidamente me refería yo como “mi chica” era del Medio Oeste, hecho por el cual esa zona seguía

siendo el cálido centro del mundo, mientras que Nueva York me parecía esencialmente cínico y duro; con la excepción de una noche en que con su breve paso iluminó la Terraza del Ritz.

Pero ahora la había perdido para siempre y andaba en busca de un mundo de hombres, y esta imagen de Bunny me hizo ver Nueva York precisamente como eso. Una semana antes, monseñor Fay me había llevado al Lafayette, donde se extendió ante nosotros una espléndida bandera de comestibles llamada *hors d'oeuvre*, que acompañamos con un clarete tan bravo como el confiado bastón de Bunny; pero después de todo era sólo un restaurante, y más tarde regresaríamos por un puente al continente. El Nueva York de la disipación, de los no graduados, del Bustanoby, el Shanley, el Jack, se había convertido en un horror, y aunque volví a él, ¡ay!, a través de muchas neblinas alcohólicas, nunca dejé de sentir la traición de un idealismo persistente. Mi participación era más anhelosa que disoluta y escasamente logró dejarme algún buen recuerdo de aquellos días; como afirmó una vez Ernest Hemingway, el único propósito del cabaret es que los hombres no comprometidos encuentren mujeres complacientes. Lo demás es pura pérdida de tiempo en malos aires.

Pero aquella noche, en el departamento de Bunny, la vida era suave y segura, una más fina destilación de todo lo que yo había llegado a amar en Princeton. Las suaves notas de un oboe mezcladas a los ruidos de la calle afuera, que penetraban a la pieza con dificultad a través de barricadas de libros; sólo el hombre abriendo las invitaciones era una nota discordante. Había encontrado un tercer símbolo de Nueva York y comencé a preguntarme cuánto costaría arrendar un departamento

como ése y a pensar en quiénes podrían ser los amigos adecuados para compartirlo.

¡Cómo no!, durante los dos años siguientes tuve tanto control sobre mi destino como un convicto sobre el corte de sus ropas. Cuando volví a Nueva York en 1919 estaba tan enmarañado en la vida, que no podía ni soñarme un período de suave monasticismo en Washington Square. La cosa era ganar bastante dinero en el negocio de la publicidad como para arrendar algún oscuro departamento para dos en el Bronx. La muchacha en cuestión jamás había visto Nueva York, pero era lo suficientemente cuerda, como para no tener demasiadas ganas. Y en una con-[26]fusión de ansiedad y desdicha, pasé los cuatro meses más hipersensibles de mi vida.

Nueva York tenía toda la iridiscencia de los comienzos del mundo. Las tropas de regreso marcharon por la Quinta Avenida y las muchachas instintivamente fueron atraídas por ellas al lado este y al norte; era ésta la más grande de las naciones y había fiesta en el aire. Mientras rondaba como un fantasma por el Salón Rojo del Plaza algún sábado en la tarde, o mientras asistía a exuberantes y líquidas fiestas en buenos barrios, o bebía con muchachos de Princeton en el Bar Biltmore, me sentía siempre obsesionado por mi otra vida: mi monótona pieza en el Bronx, mi pie cuadrado en el *subway*, mi obsesión por la carta diaria de Alabama: ¿Llegaría, qué cosas diría?; mis trajes andrajosos, mi pobreza, y el amor. Mientras mis amigos se lanzaban decentemente a la vida, yo había empujado a mano mi inadecuado barco al medio del torrente. La dorada juventud girando alrededor de la joven Constance Bennett en el Club de Vingt, los compañeros de

curso en el Club Yale-Princeton vitoreando nuestra primera reunión de postguerra, la atmósfera de las casas de los millonarios que a veces frecuentaba, todas estas cosas eran vacías para mí, aunque reconocía en ellas un escenario impresionante y lamentaba estar metido en otra aventura. El más alegre de los almuerzos o el más idílico de los cabarets, todo era lo mismo; de ellos regresaba ansioso a mi hogar de la Avenida Claremont: hogar debido a que allí podía estarme aguardando una carta fuera de la puerta. Uno a uno se añejaron mis grandes sueños de Nueva York. El grato encanto del departamento de Bunny se desvaneció con todo lo demás cuando me entrevisté con una sucia dueña de pensión en el Greenwich Village. Me dijo que podía llevar muchachas a la pieza y la idea me llenó de espanto: ¿por qué iba a querer llevar muchachas a mi pieza? Yo tenía una muchacha... Vagaba por la ciudad, por la Calle 127, ofendido ante su vida bullente; o bien compraba una entrada de teatro barata en el local de Gray y trataba [27] de perderme durante unas horas en mi vieja pasión por Broadway. Era yo un fracaso: mediocre en la publicidad e incapaz de iniciarme como escritor. Detestando la ciudad, me emborraché rabiosamente hasta el último centavo y me fui a casa...

...Ciudad incalculable. Lo que siguió fue sólo una de las miles de historias de éxito de esos días brillantes, pero desempeña un papel importante en mi propia película de Nueva York. Cuando volví seis meses después, las oficinas de los directores de revistas y de los editores estaban abiertas para mí, los empresarios lloraban por obras de teatro, el cine jadeaba por material para la pantalla. Para mi consternación, me adoptaron no como un hijo del Medio Oeste, ni siquiera

como un observador de fuera, sino como el arquetipo de lo que quería Nueva York. Esta afirmación requiere algunos datos sobre la metrópoli en 1920.

Existían ya la alta ciudad blanca de hoy, la febril actividad de la Era de la Prosperidad, pero había una general desarticulación. Tanto como cualquiera, el columnista F. P. A. intuyó el pulso de la multitud individual, pero lo hizo tímidamente, como si hubiera estado observando desde la ventana. La sociedad y las artes nacionales no se habían mezclado: Ellen Mackay no se casaba aún con Irving Berlin. Mucha de la gente de Peter Arno habría carecido de significado para el ciudadano de 1920, y con excepción de la columna de F. P. A., no había debate alguno sobre la urbanidad metropolitana.

Entonces, por un solo momento, la idea de la “joven generación” se tornó en una fusión de muchos elementos en la vida de Nueva York. La gente de cincuenta podía pretender que aún existía un cuatrocientos, o Maxwell Bodenheim podía pretender que había una bohemia digna de sus pinturas y lápices; pero la mezcla de los elementos brillantes, alegres y vigorosos comenzó recién entonces, y por primera vez emergió una sociedad un poco más animada que la de las estiradas fiestas de Emily Price Post. Si esta sociedad creó los cocteles, también [28] desarrolló el ingenio de Park Avenue, y por primera vez un europeo educado pudo considerar que un viaje a Nueva York fuera quizás más entretenido que una de esas expediciones muy preparadas a buscar oro en la selva australiana.

Durante sólo un momento, antes de que se pusiera de manifiesto que era incapaz de desempeñar el papel, yo, que sabía menos de Nueva York que cualquier reportero con seis meses de trabajo y menos acerca de su sociedad que cualquier muchacho de los salones del Ritz, me vi empujado no sólo a la posición de vocero de la época, sino también a la del producto típico de ese mismo momento. Yo, o más bien “nosotros”, ahora, no sabía qué esperaba Nueva York de nosotros y lo encontraba más bien confuso. Después de unos cuantos meses de habernos embarcado en la aventura metropolitana, apenas si conservábamos una noción sobre quiénes éramos, y ninguna sobre qué éramos. Una zambullida en una fuente municipal, un roce casual con la ley, eran razón suficiente para que se nos aludiera en las columnas de chismes, y solía citársenos en relación con una variedad de temas acerca de los cuales no sabíamos nada. En realidad, nuestros “contactos” no iban más allá de media docena de universitarios solteros y unos cuantos literatos conocidos recientemente; recuerdo una solitaria Navidad cuando no teníamos un solo amigo en la ciudad, ni una sola casa donde pudiéramos ir. Sin encontrar un núcleo al cual adherirnos, nos convertimos nosotros mismos en un pequeño núcleo y gradualmente fuimos adaptando nuestras desgarradoras personalidades a la escena contemporánea de Nueva York. O en otras palabras, Nueva York nos olvidó y nos dejó estar.

No es éste un relato sobre los cambios de la ciudad, sino sobre los cambios que los sentimientos del autor de estas líneas experimentaron hacia la ciudad. De entre toda la confusión del año 1920, recuerdo haber transitado sobre el techo de un taxi por la desierta Quinta

Avenida en una calurosa noche de domingo, y recuerdo un almuerzo en los [29] frescos jardines japoneses del Ritz con la ansiosa Kay Laurel y George Jean Nathan, y haber escrito muchas veces durante toda la noche, y haber pagado mucho por departamentos diminutos, y comprado automóviles magníficos pero arruinados. Las primeras tabernas clandestinas habían llegado, la languidez estaba *passée*, el Montmartre era el lugar elegante para bailar y el cabello claro de Lillian Tashman se enmarañaba por el suelo entre los estudiantes ebrios. Las obras teatrales eran *Declassée* y *Amor sagrado y profano*, y en el Midnight Frolic uno bailaba codo a codo con Marion Davies y tal vez podía sacar a la vivaz Mary Hay del coro de potranquitas. Nos creíamos al margen de todo eso; tal vez toda la gente piense que está al margen de su medio. Nos sentíamos como niñitos en un vasto granero inexplorado y brillante. Citados al estudio de Griffith en Long Island, temblamos ante la presencia del familiar rostro de *El nacimiento de una nación*; más tarde comprendí que detrás de una gran parte de la diversión que esa ciudad derramó por el país, no había más que un montón de gente bastante perdida y solitaria. El mundo de los actores de cine era igual al nuestro en el sentido de que estaba en (y no era de) Nueva York. Tenía poca conciencia de sí mismo y carecía de centro: la primera vez que vi a Dorothy Gish tuve la sensación de que ambos estábamos parados en el Polo Norte mientras nevaba. Después halló un hogar, pero Nueva York no estaba destinado a serlo.

Cuando nos aburríamos, tomábamos nuestra ciudad con una perversidad al estilo de Huysman. Una tarde solos en nuestro “departamento” comiendo sandwiches de aceituna y bebiendo un litro de

whisky Bushmill que Zoë Atkins nos había regalado, y luego salir a la recién embrujada ciudad, a través de puertas extrañas a departamentos extraños con intermitentes carreras en taxis a través de la suavidad de las noches. Al fin llegamos a ser uno solo con Nueva York, tironeándolo tras nosotros a través de cada umbral. Aun ahora entro a muchos departamentos con la sensación de haber estado allí antes, o en el de más arriba, o en el de más abajo, ¿fue la noche en que traté de desnudarme en el *Escandals* o la noche cuando (según leí con asombro en el diario de la mañana siguiente) “Fitzgerald derriba a un oficial *A este lado del Paraíso*”? No siendo un buen compilador de menudencias, traté en vano de reconstruir la secuencia de los hechos que condujeron a ese desenlace en Webster Hall. Y, finalmente, recuerdo de ese período haber ido una tarde en taxi entre edificios muy altos bajo un cielo malva y rosado; comencé a llorar porque tenía todo lo que quería y sabía que jamás volvería a ser tan feliz.

Típico de nuestra precaria situación en Nueva York, fue que cuando iba a nacer nuestro hijo, jugáramos a la segura y nos fuéramos a casa, en St. Paul; parecía inadecuado traer un niño a ese mundo de tanto hechizo y soledad. Pero un año más tarde habíamos regresado y empezamos a hacer las mismas cosas otra vez, y de nuevo éstas no nos gustaron demasiado. Habíamos pasado por muchas, pero conservábamos una inocencia casi teatral, prefiriendo el papel de los que son observados antes del de los que observan. Mas la inocencia no es un fin en sí misma, y a medida que nuestros cerebros fueron involuntariamente madurando, comenzamos a ver el verdadero Nueva York e intentamos retener algo de él para los seres en que, en forma inevitable, habríamos de convertirnos.

Era demasiado tarde; o demasiado temprano. Sin que lo pudiéramos evitar, para nosotros la ciudad estaba ligada a diversiones báquicas, suaves o fantásticas. Sólo logramos organizamos cuando volvimos a Long Island, y tampoco siempre. No teníamos estímulos para transar con la ciudad. Mi primer símbolo era ahora un recuerdo, porque ya sabía que el triunfo está en uno mismo; el segundo se había convertido en un lugar común: dos de las actrices que por 1913 yo adoraba, habían comido en nuestra casa. Pero me causaba cierto temor que hasta el tercer símbolo se hubiera oscurecido: la tranquili-[31]dad del departamento de Bunny no era posible hallarla en esta ciudad cada vez más vertiginosa. El propio Bunny estaba casado y a punto de ser padre, otros amigos se habían ido a Europa, y los solteros eran benjamines en casas más grandes y más elegantes que la nuestra. Hacia estos días “conocíamos ya a todo el mundo”, es decir, a la mayoría de los que Ralph Barton iba a dibujar en la orquesta durante una noche de estreno.

Pero ya no éramos importantes. La *flapper*, en cuyas actividades se basaba la popularidad de mis primeros libros, estaba ya *passée* hacia 1923, al menos en el Este. Decidí golpear a Broadway con una obra de teatro, pero Broadway mandó sus exploradores a Atlantic City y anuló la idea de antemano, de manera que tuve la sensación de que por el momento la ciudad y yo teníamos poco que ofrecernos mutuamente. Mejor me avenía con la atmósfera de Long Island, que había respirado con familiaridad, y la materializaba bajo cielos extraños.

Pasaron tres años antes de que volviéramos a ver a Nueva York. A medida que el barco se deslizaba por el río, la ciudad estalló tempes-

tuosamente sobre nosotros cuando comenzaba el crepúsculo: el blanco glacial del bajo Nueva York descendiendo como el cable de un puente para elevarse en el Nueva York alto, un milagro de la espumosa luz suspendida por las estrellas. Una banda comenzó a tocar en el muelle, pero la majestad de la ciudad hizo que la marcha sonase trivial y molesta. En ese momento supe que Nueva York, por muy a menudo que lo dejara, era mi tierra.

El ritmo de la ciudad había cambiado agudamente. Las incertidumbres de 1920 se habían ahogado en un firme estrépito dorado y muchos de nuestros amigos se habían hecho ricos. Pero la inquietud de Nueva York en 1927 se acercaba a la histeria. Las fiestas eran más grandes: aquellas de Conde Nast, por ejemplo, eran comparables en su estilo a los fabulosos bailes de la década del 90; el ritmo era más rápido; la tendencia a la disipación [32] le daba un ejemplo a París; los espectáculos eran más amplios, los edificios más altos, la moral más relajada, el licor más barato; pero todas estas ventajas no contribuían verdaderamente a un gran deleite. Los jóvenes se agotaban temprano: estaban averiados y lánguidos a los veintiuno y, salvo Peter Arno, ninguno de ellos aportó nada nuevo; quizás Peter Arno y sus colaboradores dijeron todo lo que había que decir acerca de los días de la prosperidad en Nueva York, que no pudiera decir una banda de jazz. Muchas personas que no eran alcohólicas pasaban achispadas cuatro días de cada siete, y los nervios agotados se esparcían por doquier; los grupos se mantenían juntos debido a una nerviosidad genérica, y el *hangover* llegó a ocupar un lugar en el día tan bien aceptado como la siesta española. La mayoría de mis amigos bebía demasiado; mientras más acordes estaban con los tiempos, más

los tiempos, más bebían. Y como el esfuerzo *per se* no tenía rango alguno frente a la mera generosidad de esos días en Nueva York, se encontró para denominarlo una palabra peyorativa: un programa realizado con éxito pasó a ser un *racket*; yo estaba en el *racket* literario.

Nos instalamos a unas cuantas horas de Nueva York, y advertí que cada vez que venía a la ciudad me veía envuelto en una maraña de acontecimientos que terminaba por depositarme unos días más tarde, y en bastante mal estado, en el tren a Delaware. Aunque sectores enteros de la ciudad estaban más bien emponzoñados, invariablemente encontraba un momento de completa paz al pasar hacia el Sur por el Central Park al oscurecer, hacia donde la fachada de la Calle 59 lanza sus luces a través de los árboles. Ahí estaba de nuevo mi ciudad perdida, suavemente envuelta en su misterio y su promesa. Pero ese aislamiento nunca duraba mucho: así como el trabajador debe vivir en el vientre de la ciudad, yo estaba obligado a vivir en su desordenada mente.

Porque por otra parte estaban los bares clandestinos: el ir desde los bares lujosos que publicaban [33] avisos en las revistas locales de Yale y Princeton a los jardines cerveceros donde el rostro ceñudo del submundo se asomaba a través de la buena naturaleza germana del trago, luego a extraños y aun más siniestros locales donde a uno lo miraban feo muchachos de cara dura y donde no quedaba nada de jovialidad, sino sólo cierta cosa brutal corrompiendo el nuevo día al que uno en verdad salía. En 1920, impresioné mal a un joven hombre de negocios en ascenso al sugerir un coctel antes del almuerzo. En

1929, había licor en la mitad de las oficinas del centro y tabernas clandestinas en la mitad de los grandes edificios.

Uno estaba cada vez más consciente del bar clandestino y de Park Avenue. En los últimos diez años el Greenwich Village, Washington Square, Murray Hill, el castillo de la Quinta Avenida, habían, de algún modo, desaparecido o al menos habían llegado a no ser expresivos de nada. La ciudad estaba engreída, aniquilada, estúpida de pasteles y circo, y una nueva expresión, *Oh yeah*, sintetizaba todo el entusiasmo que provocaba el anuncio de los últimos superrascacielos. Mi peluquero se retiró al ganar medio millón en un juego de bolsa y yo estaba seguro de que los jefes de mozos que me hacían una reverencia —o que simplemente no la hacían—, al conducirme a mi mesa, eran mucho, pero mucho más adinerados que yo. Esto no resultaba divertido: una vez más me harté de Nueva York y me sentí cómodo y seguro a bordo de un barco donde la interminable jarana permanecía en el bar, rumbo a los suaves salones de Francia.

—¿Hay noticias de Nueva York?

—La bolsa sube. Un niño asesinó a un gángster.

—¿Nada más?

—Nada. Las radios resuenan en la calle.

Una vez pensé que no había segundos actos en las vidas americanas, pero por cierto que habría de venir un segundo acto para los días de prosperidad de Nueva York. Estábamos en algún lugar del norte de África, cuando escuchamos un estampido [34] sordo y lejano cuyo eco alcanzó los más remotos parajes del desierto.

—¿Qué fue eso?

—¿Lo escuchaste?

—No fue nada.

—¿Crees que debiéramos volver a casa y ver?

—No; no fue nada.

Dos años más tarde, en el oscuro otoño, volvimos a ver a Nueva York. Pasamos por entre unos agentes de aduana curiosamente corteses, y luego con la cabeza inclinada y el sombrero en la mano crucé caminando con reverencia el retumbante sepulcro. Entre las ruinas jugaban unos cuantos fantasmas infantiles para mantener la apariencia de estar vivos, traicionando con sus voces afiebradas y sus mejillas héticas la transparencia de la mascarada. Los cocteles, vacíos sobrevivientes de los días de carnaval, repetían como un eco el lamento de los heridos: “Péguenme un tiro, por el amor de Dios, ¡alguien que me pegue un tiro!”, y los gemidos y llantos de los agonizantes: “¿Vieron que el Acero Norteamericano ha bajado otros tres puntos?” Mi peluquero había vuelto a trabajar en su local; nuevamente los mozos jefes se inclinaban para llevar a la gente a sus mesas, si es que había alguien a quien llevar. Desde las ruinas, solitario y misterioso como la Esfinge, se erguía el Empire State Building, y, tal como antes solía subir a la Terraza del Plaza para despedirme de la hermosa ciudad, que se extendía tan lejos como alcanza el ojo, subí ahora a la terraza de la última y la más magnífica de las torres. Entonces comprendí; todo se hizo claro: había descubierto el error soberano de la ciudad, su caja de

Pandora. Lleno de jactancioso orgullo, el neoyorquino había subido hasta aquí y visto con espanto lo que jamás sospechara: que la ciudad no era esa interminable sucesión de desfiladeros que él había supuesto, sino que *tenía límites*; desde la más alta de las estructuras vio por primera vez que se desvanecía en el campo por todos sus lados, en una extensión infinita de verde y azul. Y con [35] la espantosa revelación de que Nueva York era después de todo una ciudad y no un universo, el reluciente edificio que había surgido en su imaginación se vino entero al suelo y se hizo añicos. Ese fue el temerario regalo que Alfred W. Smith hizo a los ciudadanos de Nueva York.

Así, me despido de mi ciudad perdida. Vista desde el *ferry* en las primeras horas de la mañana, no susurra ya palabras acerca de fantásticos éxitos y de la juventud eterna. Las bulliciosas mamitas que hacen cabriolas frente a sus plateas vacías no me sugieren la inefable belleza de las muchachas con quienes soñaba en 1914. Y Bunny, avanzando confiado con su bastón hacia su claustro, se ha convertido al comunismo y se indigna por los males que sufren los obreros sureños y los campesinos del Oeste, cuyas voces no habrían penetrado hace quince años los muros de su estudio.

Todo se ha perdido, salvo el recuerdo, pero a veces me imagino leyendo, con curiosidad e interés, un *Daily News* de 1945:

HOMBRE DE CINCUENTA ARMA LA BATAHOLA
EN NUEVA YORK

Fitzgerald mantenía muchos nidos de amor. Cutie Avers ultimada por pistolero ultrajado.

Quizás, pues, esté destinado a regresar un día y a encontrar en la ciudad nuevas experiencias de las que hasta ahora sólo he leído. Por el momento únicamente puedo exclamar a gritos que se me ha perdido mi espléndido espejismo. ¡Retorna, retorna, oh, resplandeciente y blanco!

[37]

Ring

Durante un año y medio el autor de esta apreciación fue el compañero más cercano de Ring Lardner; después la geografía hizo sus separaciones y se encargó de que nuestros contactos fueran escasos. La última vez que mi mujer y yo lo vimos, en 1931, parecía ya un hombre en su lecho de muerte: resultaba terriblemente triste ver ese metro noventa de generosidad perderse tendido en la pieza del hospital. Sus dedos temblaban con un fósforo, la piel apretada de su bonita cabeza se marcaba como una máscara de miseria y dolor nervioso.

Fue muy distinta la impresión que nos causó la primera vez que lo vimos, en 1921: parecía tener un caudal de tranquila vitalidad que le permitiría durar más que cualquiera, dedicarse al trabajo o a la diversión con una intensidad capaz de arruinar a una constitución corriente. Poco antes había convulsionado al país con la famosa saga de los gatos y el abrigo (tenía que ver con una apuesta en la serie mundial¹ y con la inminente transformación de algunos gatos en piel), y su mujer estaba usando, como evidencia de la apuesta, una hermosa cebellina. Por aquellos días le interesaban la gente, los deportes, el bridge, la música, el teatro, los diarios, las revistas, los libros. Pero aunque yo lo ignoraba, ya había comenzado a operarse el cambio en él: se [38] había asentado esa impenetrable desesperanza que lo siguió durante doce años, hasta su muerte.

¹ Se refiere al béisbol. (N. del T.)

Prácticamente, había renunciado a dormir, salvo en ciertos breves períodos de vacaciones que en forma deliberada dedicaba a los placeres sencillos, casi siempre al golf, con sus amigos Grantland Rice o John Wheeler. Muchas noches nos conversamos un cajón de cerveza canadiense hasta clarear el día; Ring entonces se levantaba bostezando:

—Bueno, supongo que los niños ya partieron al colegio. Bien puedo irme a casa.

Los sufrimientos de una buena cantidad de gente lo obsesionaban; cosas, por ejemplo, como cuando el médico desahució a Tad, el caricaturista (que en realidad casi sobrevive a Ring); parecía creer que podía y debía hacer algo respecto de estas cosas. Y mientras se esforzaba por cumplir sus contratos —uno de los cuales, una tira cómica basada en el carácter del *busher*¹, verdaderamente graciosa—, resultaba evidente que sentía que su trabajo no iba a ninguna parte, que era mera “copia”. De modo que se fue inclinando a encauzar su cósmico sentido de la responsabilidad hacia la solución de los problemas de otras personas: poner a alguien en contacto con un empresario teatral, encontrar trabajo para un amigo, conseguir la admisión de alguien en un buen club.

Los esfuerzos que realizaba eran a menudo totalmente desproporcionados a la situación; la verdad del asunto es que Ring estaba escapando; fue un trabajador fiel y consciente hasta el final, pero ya

¹ *Slang*. Puede referirse al jugador de un equipo de poca importancia; o al carácter alemán; o al recién llegado a una ciudad. (N. del T.)

diez años antes de morir había dejado de encontrarle la más mínima gracia a su trabajo.

Por aquellos días (1922), un editor emprendió la tarea de reimprimir sus viejos libros y reunir sus cuentos más recientes, lo cual le hizo sentir que existía en el mundo literario y que seguía vivo en el público; también las reiteradas afirmaciones de [39] Mencken y de F. P. A., en cuanto a su verdadera estatura de escritor, le produjeron cierta satisfacción. Sin embargo, no creo que ya le importara mucho; es difícil de comprender, pero no creo que nada le importara ya una breva, salvo sus relaciones personales con alguna gente. Un ejemplo al caso fue su actitud frente a aquellos imitadores que no le dejaron ni la camisa —sólo alrededor de Hemingway se ha revoloteado tanto—; más preocupaba el asunto a los imitadores que al propio Ring. Su actitud era la de ayudarlos frente a cualquier obstáculo que los detuviera en el camino.

A través de este período de grandes ganancias y de una reputación sólida y creciente en todo aspecto, tuvo Ring dos ambiciones más importantes que la obra por la cual se le habrá de recordar: quería ser músico —a veces dramatizaba irónicamente su papel de compositor frustrado— y quería escribir comedias. Sus tratos con los empresarios son un verdadero cuento: siempre le estaban encargando trabajos que pronto olvidaban y aceptando libretos que jamás producían. (Ring dejó una ficha breve e irónica de Ziegfeld.) Sólo mediante la ayuda del práctico George Kaufman, logró cumplir su ambición, pero no pudo disfrutarla plenamente, porque ya en ese tiempo estaba muy avanzada su enfermedad.

Lo que pretenden expresar estas palabras es que, por grandes que fuesen los logros de Ring, estaban siempre por debajo de lo que él era capaz de hacer, y esto debido a una actitud cínica que mantenía hacia su trabajo. ¿Cuándo se había originado esa actitud? ¿Acaso en su juventud en una aldea de Michigan? Sin duda durante sus días con los cachorros¹. En la época en que la mayoría de los hombres promisorios logran una educación adulta, ya sea sólo en la escuela de la guerra, Ring andaba en compañía de unas cuantas docenas de analfabetos jugando un juego de muchachos. Un juego de mu-[40]chachos sin más posibilidades que las que un muchacho puede manejar, un juego limitado por muros que atajaban la novedad o el peligro, el cambio o la aventura. Este material, su observación bajo tales circunstancias, fue el texto de estudio de Ring durante el período más formativo de la mente. Es posible que un escritor siga girando alrededor de sus aventuras después de los treinta, después de los cuarenta, después de los cincuenta, pero los criterios según los cuales se pueden pesar y valorar estas aventuras se fijan irrevocablemente a los veinticinco. Por muy profundo que enterrara el cuchillo, la torta de Ring tenía exactamente el diámetro del diamante de Frank Chance.

Aquí estaba su problema artístico, prometiéndole futuras dificultades. Mientras escribía dentro de esos límites, los resultados eran magníficos: allí oía y registraba la voz de un continente. Pero cuando el interés de Ring, inevitablemente, los superó, ¿qué le quedaba?

¹ En inglés *Cubs*, refiriéndose seguramente a equipos infantiles o juveniles de béisbol. (N. del T.)

Le quedaba su magnífica técnica lingüística, pero él se encontró más bien desamparado en esas pocas hectáreas. Se había formado en el mismísimo mundo sobre el cual se desató su ironía jocosa. Se las había arreglado duramente para llegar a saber cuáles son las motivaciones de los hombres y a qué medios pueden éstos recurrir para alcanzar sus metas. Pero ahora tenía un nuevo problema: ¿qué hacer con esto que sabía? Seguía viendo, y lo que veía seguía viajando hasta el nervio óptico, pero no ya para ser volcado en su ficción, porque ya no eran imágenes que pudieran pesarse y valorarse con los criterios viejos. No se trata en absoluto de que para él la virtuosidad atlética fuese el más importante de los problemas; la cosa es que no podía encontrar nada mejor. Imagínense la vida concebida como un asunto de hermosa organización muscular: levantarse, realizar un esfuerzo, darse un buen recreo, transpirar, bañarse, comer, hacer el amor, dormir. Imagínenselo realizado; luego imagínense tratando de aplicar esa norma al lío horriblemente complejo [41] que es vivir, donde todo —aun las más grandes concepciones y obras y realizaciones— es confuso, turbio, tortuoso; y entonces usted podrá imaginarse la confusión que enfrentaba Ring cuando salía de la cancha de juego.

Siguió registrando, pero ya no proyectaba, y esta acumulación, que terminó por llevarse a la tumba, tulló su espíritu en los últimos años. No era el miedo a Niles, Michigan, lo que lo enmarañaba: era el hábito del silencio, formado en presencia del “marfil” con que vivió y trabajó. Recuerden que no se trataba de marfil humilde —Ring lo había probado—; era marfil arrogante, imperativo, a menudo megalómano. Adquirió el hábito del silencio y luego el hábito de la represión, que

finalmente desembocó en esa curiosa cruzadita contra las canciones pornográficas, que llevó a cabo en el *New Yorker*. Había llegado consigo mismo al acuerdo de mostrar sólo una pequeña parte de su mente.

El autor de estas líneas le sugirió en una ocasión que organizara algún *cadre* dentro del que pudiera desplegar en forma adecuada sus talentos, insinuándole que debía ser algo profundamente personal y para lo cual se tomara su tiempo; Ring rechazó con suavidad la idea; era un idealista desilusionado, pero había servido bien a sus Parcas y no le podrían crear otras nuevas. “Esto es algo que puede publicarse —razonaba—; esto, sin embargo, pertenece a ese montón de cosas que jamás pueden escribirse.”

En tales casos se deshacía en protestas por su incapacidad para producir algo grande, lo cual era perdonable, pues se trataba de un hombre con orgullo y no había razón para que tasara bajo sus capacidades. Se negaba a “decirlo todo” porque en un período crucial de su vida se había formado el hábito de no hacerlo, hábito que gradualmente había elevado a una categoría estética. Nunca lo satisfizo en lo más mínimo.

De modo que a uno lo persigue no sólo un sentimiento de pérdida personal, sino además la con-[42]vicción de que Ring puso en el papel menos porcentaje de sí mismo que ningún otro escritor americano de primera fila. Deja *You Know Me, Al*, y deja también alrededor de una docena de cuentos maravillosos (Dios santo, si ni siquiera los había salvado: ¡el material de *How to Write Short Stories* se obtuvo fotogra-

fiando viejas publicaciones en la biblioteca pública!), y deja, así mismo, parte del más inspirado y violento absurdo desde Lewis Carroll. Casi todo el resto es mediocridad con algunos destellos, y haría un mal servicio a Ring si propusiera adorarlo en un altar como se ha hecho con las reliquias más casuales de Mark Twain. Esos tres volúmenes debieran parecer suficiente... para quienes no conocieron a Ring. Pero me atrevo a decir que nadie que lo haya conocido podrá negar que la personalidad del hombre los excedía. Orgullosa, tímido, solemne, ingenioso, cortés, valiente, generoso, piadoso, honorable; además del afecto que estas cualidades despertaban, él infundía en la gente cierto temor reverencial. Sus intenciones, su voluntad, una vez que se ponían en movimiento, eran factores formidables en el trato con él: siempre hacía absolutamente todo lo que decía que iba a hacer. A menudo era el melancólico Jaques y en verdad una triste compañía, pero en cualquiera circunstancia fluía de su persona una noble dignidad que hacía que el tiempo pasado a su lado fuese siempre tiempo bien pasado.

En este momento tengo sobre mi escritorio las cartas que Ring nos escribió; aquí hay una que contiene más de mil palabras; aquí hay otras dos mil: chismografía teatral, charla literaria, destellos de ingenio, pero no demasiado ingenio, pues ya se estaba sintiendo corto y reservaba lo mejor de eso para su trabajo; anécdotas de sus actividades. Reproduzco la más representativa que pude encontrar:

“Hace una semana, el viernes por la noche, se realizó la función-comida. Grant Rice y yo habíamos reservado una mesa, y en una mesa caben diez personas y nada más. Bien, yo sólo había invitado a [43] Jerry Kern, pero a última hora éste me telefoneó para decir que no

podría asistir. Consulté entonces con Grant Rice, quien me dijo que no se le ocurría quién pudiera reemplazarlo, pero que sería una vergüenza perder nuestra entrada sobrante, siendo las entradas tan difíciles de conseguir. De modo que llamé a Jones, y Jones aceptó y preguntó si estaría bien que llevara a un ex Senador amigo suyo que se había portado muy bien con él en Washington. Le dije que lo lamentaba, pero que nuestra mesa estaba completa y, además, no teníamos otra entrada sobrante. “A lo mejor me consigo una entrada por ahí”, dijo Jones. “No lo creo —repliqué—, pero de todas maneras el problema es que no tenemos lugar en la mesa.” “Bueno —expresó Jones—, podría arreglármelas para que el Senador comiera en otra parte y se juntara con nosotros en el momento de la función.” “Sí —dije yo—, pero no tenemos entrada para él.” “Bueno, ya se me ocurrirá algo”, adujo él. Bien, lo que se le ocurrió fue llegar con el Senador, y me costó un infierno conseguir otra entrada y luego encajarlo a la fuerza en una mesa donde no lo esperaban; más tarde el Senador le agradeció a Jones diciéndole que era el tipo más magnífico del mundo, y de mí apenas se despidió.

“Bueno, debo terminar y comerme una zanahoria. *R. W. L.*”

Hasta en un telegrama Ring lograba sintetizar mucho de sí mismo. Aquí hay uno: CUANDO REGRESAS Y POR QUE POR FAVOR CONTESTA RING LARDNER.

No es éste el momento para recordar los aspectos joviales de Ring, especialmente debido a que mucho antes de su muerte había dejado de encontrarle gracia a la disipación o, más bien, a todo aquello

que se denomina diversión..., exceptuando únicamente su eterno interés por las canciones. Gracias a la radio y a la gran cantidad de músicos que atraídos por su magnetismo hicieron romerías a su lecho de enfermo, encontró consuelo en los últimos días, y lo aprovechó al máximo parodiando las com-[44]posiciones líricas de Cole Porter en el *New Yorker*. Pero el autor de estas líneas se estaría evadiendo si no dijera que cuando fue vecino de Ring, hace ya una década, juntos le echaron hartito al buche y hablaron también mucho de mucha gente y de muchas cosas. Nunca tuve la sensación de conocerlo lo suficiente, o de que alguien lo conociera, y no era ésta la sensación de que hubiese más en él que debería aflorar; era más bien una diferencia cualitativa, era más bien como si, debido a una limitación de uno mismo, uno no hubiera penetrado en algo que aún no estaba resuelto, algo nuevo e inédito. Por eso uno lamenta que Ring no haya escrito una gran parte de lo que había en su mente y en su corazón. De haberlo hecho, permanecería más tiempo con nosotros, y eso solo ya sería suficiente. Pero desearía saber qué era, y seguiré deseándolo: ¿Qué quería Ring, cómo quería que fuesen las cosas, cómo creía que las cosas eran?

Un americano bueno y grande ha muerto. No lo tapemos de flores; caminemos en cambio y contemplemos ese magnífico medallón, totalmente gastado por llantos que tal vez no estemos capacitados para comprender. Ring no tuvo enemigos, porque fue bondadoso, y a muchos millones les dio alivio y expansión.

[45]

El Derrumbe

Febrero de 1936

I

Sin duda que la vida entera es un proceso de quebrantamiento, pero los golpes que desempeñan la parte dramática del trabajo —los grandes y repentinos golpes que vienen, o parecieran venir, del exterior—, los que uno recuerda y lo hacen culpar a las cosas, y de los cuales, en los momentos de debilidad, se habla a los amigos, no muestran sus efectos de inmediato. Hay otro tipo de golpe que viene de adentro y que uno no siente hasta que es ya demasiado tarde para impedirlo, hasta que comprende positivamente que de algún modo no volverá a ser el mismo. El primer tipo de quebrantamiento parece ocurrir rápido; el segundo ocurre casi sin que uno lo sepa, pero se le percibe en realidad muy de repente.

Antes de continuar con esta breve historia, permítaseme hacer una observación general: la prueba de una inteligencia de primera clase es la capacidad para retener en la mente dos ideas opuestas a la vez sin perder la capacidad de funcionar. Uno debiera, por ejemplo, ser capaz de ver que las cosas no tienen remedio y, sin embargo, estar determinado a cambiarlas. Esta filosofía concordaba perfectamente con los primeros años de mi edad adulta, cuando vi cómo lo improbable, lo no plausible, a menudo lo “imposible”, se hacía realidad. La vida era algo que se podía dominar si es que había algo [46] de bueno en uno. La

vida se rendía con facilidad a la inteligencia y el esfuerzo, o a la proporción que de ambos pudiera reunirse.

Ser escritor de éxito parecía un asunto romántico: uno no sería jamás tan famoso como un artista de cine, pero la notoriedad que se lograra sería probablemente más duradera; no tendría tampoco el poder de un hombre de fuertes convicciones políticas o religiosas, pero era por cierto más independiente. Desde luego que en la práctica de nuestro propio oficio estábamos siempre insatisfechos, pero yo, por ejemplo, no hubiera elegido otro por ningún motivo.

Mientras transcurrían los veinte, con mis propios veinte llevándoles un poquito de delantera, mis dos pesares juveniles —no ser lo suficientemente grande (o bueno) para jugar fútbol en el *college* y no haber sido enviado a ultramar durante la guerra— se resolvieron en infantiles ensueños de heroísmo imaginario que resultaban buenos para dormirse durante las noches inquietas. Los grandes problemas de la vida parecían solucionarse, y si el asunto de arreglarlos resultaba difícil, lo agotaban a uno demasiado como para pensar en problemas más generales.

Hace diez años, la vida era en gran medida un asunto personal. Había que mantener en equilibrio el sentido de la futilidad del esfuerzo y el sentido de la necesidad de luchar; la convicción de la inevitabilidad del fracaso y aun la determinación de “triunfar”... Y más que éstas, la contradicción entre la mano muerta del pasado y las grandes intenciones del futuro. Si lograba hacerlo en medio de los males corrientes —domésticos, profesionales y personales—, entonces el *ego*

podría continuar como una flecha disparada desde la nada y hacia la nada, pero con tanta fuerza que sólo la gravedad terminaría por traerla de nuevo a la tierra.

Durante diecisiete años, con un año en que lo central fue un deliberado haraganeo y descanso, las cosas se sucedieron así, siendo las nuevas ta-[48]reas sólo una agradable perspectiva para mañana. Estaba viviendo con ahínco, también, pero: “Hasta los cuarenta y nueve estaré bien —decía—. Puedo estar seguro de eso. Para un hombre que ha vivido como yo, es todo cuanto se puede pedir”.

...Y entonces, a diez años aún de los cuarenta y “nueve, descubrí de pronto que me había derrumbado prematuramente.

II

Pero un hombre puede derrumbarse de muchas maneras: es posible que el golpe sea en la cabeza; ¡caso en el cual otros lo despojan a uno del poder de decisión!; o en el cuerpo, lo que hace inevitable someterse al blanco mundo de los hospitales, o en los nervios. William Seabrook, en un libro despiadado, cuenta con cierto orgullo y con un final de película cómo se convirtió en una carga pública. Lo que lo condujo al alcoholismo, o que estuvo al menos presente, fue un derrumbamiento de su sistema nervioso. Aunque el autor de estas líneas no se hallaba tan implicado —haría seis meses por esos días que no se tomaba ni un vaso de cerveza—, eran sus reflejos nerviosos los que estaban cediendo: demasiada rabia y demasiadas lágrimas.

Lo que es más —para volver a mi tesis de que la vida tiene una ofensiva variable—, la noción de haberse derrumbado no coincidió con un golpe, sino con un período de tranquilidad.

No mucho antes había estado en la oficina de un gran médico, escuchando una grave sentencia. Con lo que, mirando atrás, pareciera cierta ecuanimidad, yo había seguido con mis asuntos en la ciudad donde entonces vivía, sin que me importara mucho, sin pensar en todo lo que quedaba sin hacer, o en lo que ocurría con esta y aquella obligación como lo hace la gente en los libros; estaba bien asegurado, y de todas maneras había sido un guardián mediocre de la mayoría de las cosas que se dejaran en mis manos, inclusive de mi talento. [48]

Pero el instinto me dijo fuerte y repentinamente que debía estar solo. No quería ver a nadie. Había visto a demasiada gente durante toda mi vida; era bastante sociable, pero tenía una tendencia muy marcada a identificarme, en mis ideas, en mi destino, con todos aquellos con quienes me relacionaba, de cualquier clase que fueran. Siempre estaba salvando o siendo salvado: en una sola mañana era capaz de pasar por todas las emociones que pudieran atribuírsele a Wellington en Waterloo. Vivía en un mundo de inescrutables discordias y de amigos y partidarios inalienables.

Sin embargo, ahora quería estar totalmente solo, y así me las arreglé para mantenerme más o menos al margen de las responsabilidades ordinarias.

No fue un período de infelicidad. Partí y disminuyeron las personas. Descubrí que estaba más que cansado. A veces podía permanecer

tendido durmiendo o dormitando hasta veinte horas al día, de lo que me alegraba, y en los intervalos trataba resueltamente de no pensar, y para lograrlo hacía listas, hacía listas y las rompía, listas por cientos: de dirigentes de caballería y jugadores de fútbol, y de ciudades y melodías populares, y de *pitchers*, y de tiempos felices y de aficiones, y de casas en que había vivido, y de cuántos trajes había comprado desde que salí del ejército, y cuántos pares de zapatos (no conté el traje que me compré en Sorrento y que encogió, ni los zapatos y la camisa de vestir con cuello que anduve trayendo durante años sin jamás ponérmelos, porque los zapatos se volvieron ásperos y húmedos, y la camisa y el cuello, amarillos y hediondos a almidón). Y listas de mujeres que me habían gustado, y de los tiempos en que me había dejado desairar por gente que no era mejor que yo ni en carácter ni en capacidad.

...Y entonces, repentina y sorpresivamente, me sentí mejor.

...Y me quebré como un plato viejo apenas oí las noticias. [49]

Ese es el verdadero final de esta historia. ¿Qué hacerle? Eso es algo que tendría que descansar en lo que solía llamarse “las entrañas del tiempo”. Baste decir que después de más o menos una hora de solitario abrazo con la almohada comencé a darme cuenta de que durante dos años mi vida había consistido en girar recursos que yo no poseía, pero al precio de hipotecarme física y espiritualmente hasta el tope. ¿Qué era el pequeño regalo de vida que recibía en comparación con eso?..., cuando había tenido orgullo de mi orden y confianza en una independencia permanente.

Me di cuenta de que en esos dos años, con el objeto de preservar algo —un secreto interior tal vez, tal vez no—, me había apartado de todas las cosas que antes amaba, de que cada acto de la vida, desde el aseo matinal de dientes hasta la comida con un amigo, se había convertido en un esfuerzo. Comprendí que durante mucho tiempo no me gustaron ni las gentes ni las cosas, sino que tan sólo había adoptado la vieja y endeble máscara del cariño. Comprendí que aun mi cariño por aquellos que me eran más cercanos se convertía sólo en un intento de amar, que mis relaciones ocasionales —con un editor, un vendedor de tabaco, el hijo de un amigo— eran solamente lo que yo recordaba que *debía* hacer, en comparación con otros días. Y en el mismo mes llegaron a exasperarme cosas tales como el sonido de la radio, los avisos en las revistas, los chillidos de la vía férrea, el silencio muerto del campo; me volví despectivo ante la blandura humana, de inmediato (si bien furtivamente) hostil hacia la dureza; odiando a la noche cuando no podía dormir y odiando el día porque marchaba hacia la noche. Dormía ahora sobre el lado del corazón porque sabía que mientras más pronto lo cansara, aunque fuese un poquito, más pronto llegaría esa bendita hora de la pesadilla que, como una catarsis, me capacitaría para enfrentar mejor el nuevo día.

Había ciertos puntos, ciertas caras a las que Podía mirar. Como la mayoría de los nacidos en el [50] Medio Oeste, nunca he tenido demasiados prejuicios raciales: siempre tuve un secreto deseo de esas hermosas rubias escandinavas que se sentaban en los porches de *Saint Paul*, pero que económicamente no había surgido lo necesario para formar parte de lo que entonces constituía sociedad. Eran demasiado

bonitas para ser “polluelas” y habían salido muy recientemente de las granjas como para ocupar un lugar bajo el sol, pero yo recordaba haber caminado cuerdas nada más que para vislumbrar ese cabello reluciente: el brillante mechón de una muchacha que jamás conocería. Estoy haciendo cháchara urbana e impopular. Eludo el hecho de que en esos últimos días no podía tolerar ni la presencia de los celtas, los ingleses, los políticos, los extraños, los virginianos, los negros (claros u oscuros), la Gente que Caza, los vendedores, de los tipos de clase media, en general, de los escritores (evitaba muy cuidadosamente a los escritores porque ellos pueden perpetuar los líos como nadie más puede hacerlo)... y de todas las clases en cuanto a clases y de la mayoría de la gente en cuanto a miembros de su clase... En un intento de aferrarme a algo, me gustaban los médicos y las niñas hasta más o menos la edad de trece, y los muchachos bien educados desde algo así como los ocho años adelante. Lograba encontrar paz y felicidad en estos pocos grupos de gente. Olvidé agregar que me gustaban los viejos mayores de setenta y hasta mayores de sesenta si es que sus caras se veían secas. Me gustaba el rostro de Katharine Hepburn en la pantalla, sin importarme lo que se dijera sobre sus afectaciones, y la cara de Miriam Hopkins, y los viejos amigos, siempre que sólo los viera una vez al año y pudiera recordar sus fantasmas.

Todo esto resulta bastante inhumano y mezquino, ¿verdad? Bueno, ése, muchachos, es el verdadero síntoma del desmoronamiento.

No es un cuadro de lo más hermoso. Fue inevitablemente acarreado de un lugar a otro dentro de su marco y expuesto ante diversos críticos y críti-[51]cas. A una de ellas sólo se le puede describir como

una persona cuya vida hace que las vidas de otras personas se parezcan a la muerte..., aun esta vez, aunque la pusieron en el a menudo poco simpático papel de consoladora de Job. A pesar de que esta historia ya terminó, permítanme agregar nuestra conversación a manera de postdata:

—En vez de compadecerte tanto, escucha —expresó ella (siempre dice “escucha” debido a que piensa mientras habla; *de veras piensa*). De modo que dijo—: Escucha. Imagínate que no se tratara de un derrumbe en ti... Imagínate que fuera un derrumbe en el Gran Cañón.

—El derrumbe es en mí —repuse heroicamente.

—¡Escucha! El mundo sólo existe en tus ojos, en tu concepción de él. Puedes agrandarlo o achicarlo a tu antojo. Y estás tratando de ser un individuo pequeño y enfermizo. Santo cielo, si alguna vez yo me derrumbara, trataría de hacer que el mundo se derrumbara conmigo. ¡Escucha! El mundo sólo existe en la medida en que lo percibas, y por lo tanto es mucho mejor decir que no eres tú quien se ha derrumbado, sino el Gran Cañón.

—¿Ya se tragó a todo su Spinoza la niña?

—No sé nada de Spinoza. Lo que sé... —Habló entonces de viejas heridas tuyas que parecían, en las palabras, haber sido más dolorosas que las mías, y de cómo las había atacado, aventajado, derrotado.

Sentí cierta reacción ante lo que dijo, pero soy hombre que piensa lento, y se me ocurrió, simultáneamente, que de todas las fuerzas naturales, la única imposible de comunicar es la vitalidad. En los días

en que a uno le llegaba el jugo como un artículo sin impuesto, uno trataba de distribuirlo, pero siempre sin éxito; para seguir mezclando metáforas, la vitalidad nunca se “pega”. Se la tiene o no se la tiene, igual que la salud o los ojos cafés o una voz de barítono. Podría haberle pedido que me convidara un poco, envuelta con cuidado y lista para cocinarla y digerirla, pero no la habría obtenido jamás, ni [52] aunque me hubiera quedado esperando mil horas con la taza de lata de la autocompasión. Pude alejarme de su puerta, sosteniéndome muy delicadamente, como loza trizada, y penetrar en el mundo de la amargura, donde me estaba construyendo mi casa con los materiales que allí se encuentran — y recordar después de salir de su puerta:

“Eres la sal de la tierra. Pero si la sal ha perdido su sabor, ¿con qué se la ha de salar?”

MATEO 5-13.

TÓMESE CON CUIDADO

Marzo de 1936.

En un artículo anterior el autor de este trabajo se refirió al momento en que comprendió que lo que tenía ante sí no era el plato que había pedido para sus cuarenta. En realidad, como él y el plato eran uno, se describió como un plato quebrado, de aquellos sobre los que uno se pregunta si valdrá la pena preservarlos. El director pensó que el artículo sugería demasiadas cosas sin mirarlas desde muy cerca, y probablemente muchos lectores sintieron eso mismo... Y hay siempre aquellos para quienes toda revelación personal es despreciable, a

menos que termine con un noble agradecimiento a los dioses por el Alma Inconquistable.

Pero yo llevaba demasiado tiempo agradeciéndoles a los dioses, y agradeciéndoles por nada. Quería poner un lamento en mis registros sin tener siquiera el ambiente de los Montes Euganeos para darle color. No había montes Euganeos al alcance de mi vista.

Sin embargo, a veces el plato quebrado tiene que guardarse en la despensa, tiene que mantenerse en servicio como artículo casero. Jamás se le podrá volver a calentar sobre la cocina, ni juntar con otros platos; no se le sacará para las visitas, pero servirá [53] para poner galletas tarde en la noche, o para guardar sobras en la hielera...

Por eso esta secuela: la continuación de la historia de un plato quebrado.

Ahora, la cura habitual para alguien que esté hundido consiste en tomar en cuenta a aquellos que se hallan en verdadera miseria o que sufren dolencias físicas: esto es en toda época un remedio para la melancolía y constituye un consejo diurno bastante saludable para todos. Pero a las tres de la mañana un paquete olvidado tiene la misma trágica importancia de una sentencia de muerte, y la cura no resulta... y en una noche verdaderamente oscura del alma siempre son las tres de la mañana, día tras día. A esa hora la tendencia es negarse a enfrentar las cosas durante el mayor tiempo posible, retirándose a un sueño infantil; pero éste lo ahuyentan continuamente los diversos contactos con el mundo. Uno afronta estas circunstancias lo más rápida y descuidadamente posible y va una vez más a refugiarse en el sueño,

esperando que las cosas se resuelvan mediante alguna gran dádiva. Pero mientras persiste la retirada hay menos y menos oportunidad de esa dádiva: no se está esperando que se desvanezca ni un solo pesar, sino que más bien se está presenciando involuntariamente una ejecución, la desintegración de la propia personalidad...

A menos que se entrometan la locura, las drogas o el trago, esta fase llega, eventualmente, a un callejón sin salida y es seguida de una calma vacía. En este punto, uno puede tratar de hacer un cálculo con respecto a lo que ha sido esquilado y lo que queda. Sólo cuando me llegó esta calma, vine a darme cuenta de que ya había pasado por dos experiencias paralelas.

La primera vez fue hace veinte años, cuando dejé Princeton, enfermo con un diagnóstico de malaria.

Una docena de años después, a través de los rayos X, se traslució que había sido un caso suave de tuberculosis; tras unos meses de reposo volví al *college*, y me encontré con que había perdido algunos cargos, de los cuales el más importante era la presidencia del Club del Triángulo, una idea de comedia musical, y que me había quedado un curso atrás. Para mí el *college* no volvería a ser lo mismo. No habría ya condecoraciones de orgullo, ni medallas, después de todo. Una tarde de marzo me pareció que había perdido absolutamente todo cuanto quería... Y esa noche fue la primera vez que perseguí el espectro de las mujeres, que, por un momento, hace que todas las demás cosas carezcan de importancia.

Años más tarde comprendí que mi fracaso como as en el *college* había estado bien: en lugar de tomar parte en comités, me aficioné a la poesía inglesa, y cuando tuve idea de lo que se trataba, me dediqué a aprender a escribir. Según el principio de Shaw de “si no obtienes lo que te gusta, será mejor que te guste lo que obtienes”, fue una salida afortunada; pero en el momento mismo resultó duro y amargo saber que mi carrera como líder de los hombres había terminado.

Desde aquel día no he sido capaz de despedir a un sirviente, y la gente que puede hacerlo me sorprende y me impresiona. Un viejo deseo de dominio personal se había deshecho y esfumado. La vida a mi alrededor era un sueño solemne, y vivía de las cartas que le escribía a una muchacha de otra ciudad. Un hombre no se recupera de esos remezones; se transforma en otra persona y, eventualmente, la nueva persona encuentra nuevas cosas de las cuales ocuparse.

El otro episodio paralelo a mi situación actual ocurrió después de la guerra, cuando nuevamente había sobrepasado mis límites. Fue uno de esos trágicos amores condenados por la falta de dinero, y un día la chica, sobre la base del sentido común, le puso punto final. Durante un largo verano desesperado escribí una novela en lugar de cartas, así que terminó bien, pero terminó bien para otra persona. El hombre con los bolsillos llenos que se casó con la chica un año después abrigaría siempre una descon-[55]fianza permanente en la clase acomodada; no era la convicción de un revolucionario, sino el sofocante odio de un campesino. Desde entonces jamás he logrado dejar de preguntarme de dónde salía el dinero de mis amigos, ni de pensar que en una oport-

tunidad pueda haberse ejercido una especie de *droit de seigneur* para darle mi chica a uno de ellos.

Durante dieciséis años viví en gran medida como esta última persona, desconfiando de los ricos, pero a la vez trabajando por dinero que me permitiera compartir su movilidad y la gracia que algunos de ellos introducían en sus vidas. En ese tiempo derribaron a muchos de los caballos que yo solía montar; recuerdo algunos de sus nombres: Orgullo Agujereado, Esperanza Contrariada, Sin Fe, Presumido, Golpe Duro, Nunca Más. Y un poco después ya no tenía veinticinco, luego ni siquiera treinta y cinco, y nada era tan bueno. Pero en todos estos años no recuerdo ni un momento de desánimo. Vi a hombres honestos pasar por etapas de tristeza suicida: algunos de ellos se rindieron y murieron; otros se adaptaron y siguieron hasta alcanzar un éxito superior al mío; pero mi moral nunca llegaba más abajo del nivel de la autoaversión cuando había dado alguna muestra personal.

La aflicción puede no tener relación alguna con el desánimo; el desánimo tiene un germen propio, tan diferente de la aflicción como lo es la artritis de una articulación tiesa.

Cuando un nuevo cielo interceptó al sol la primavera pasada, no vi al comienzo ninguna relación con lo que había ocurrido quince o veinte años antes. Sólo gradualmente fue surgiendo cierto parecido familiar: los límites sobrepasados, la vela quemándose por ambos extremos; el llamado a recursos físicos que no manejaba, igual que un hombre que se sobregira en su banco. El impacto de este golpe fue más violento que el de los otros dos, pero fue del mismo tipo: la sensación

de estar de pie en un espacio desierto a la hora del crepúsculo, con un rifle descargado en mis manos y sin objetivos. Ningún problema: nada más que el silencio, con el único sonido de mi respiración.

En este silencio había una enorme irresponsabilidad hacia todas las obligaciones, una deflación de todos mis valores. La creencia apasionada en el orden, el desprecio por los motivos o las consecuencias en favor de la adivinanza y la profecía, la sensación de que el oficio y la laboriosidad tendrían su lugar en cualquier mundo, una a una, todas estas y otras convicciones fueron barridas. Vi que la novela, que en mi madurez era el medio más fuerte y manejable para transmitir pensamiento y emoción de un ser humano a otro, estaba subordinada a un arte mecánico y público que, tanto en manos de los comerciantes de Hollywood como en las de los idealistas rusos, sólo era capaz de reflejar los pensamientos más triviales, las emociones más obvias. Era un arte en que las palabras se subordinaban a las imágenes, donde la personalidad se consumía inevitablemente hasta el bajo grado de la colaboración. Ya por 1930 tuve el palpito de que las películas habladas convertirían aún al novelista más vendedor en algo tan arcaico como el cine mudo. La gente todavía leía, aunque sólo fuera el libro del mes del Profesor Canby; niños curiosos olfateaban la mugre del Señor Tiffany Thayer en las bibliotecas de las drug-stores¹; pero producía una irritante indignidad, que para mí se había convertido en obsesión, el ver cómo el poder de la palabra escrita se subordinaba a otro poder, a un poder más brillante y más burdo...

¹ Negocio en que se venden objetos varios, productos farmacéuticos y libros y que sirven a la vez de fuentes de soda (N. del T.)

Pongo esto como ejemplo de lo que me obsesionaba durante la larga noche; era algo que yo no podía ni aceptar ni combatir, algo que tendía a hacer inoperantes mis esfuerzos, de la misma forma en que las cadenas de tiendas han liquidado al pequeño comerciante, una fuerza externa, invencible...

(Tengo ahora la sensación de estar dictando cátedra, porque miro un reloj que tengo frente a mí en el escritorio y veo cuántos minutos más...) [57]

Bueno, cuando alcancé esta etapa de silencio, me vi obligado a tomar una medida que nunca nadie adopta voluntariamente: me vi empujado a pensar. ¡Por Dios si era difícil! El ajetreo de grandes baúles secretos. Durante la primera pausa exhausta, me pregunté si acaso alguna vez había pensado. Después de mucho, llegué a las siguientes conclusiones, tales como las presento aquí:

1. Que había pensado muy poco, excepto en lo que respecta a mi oficio. Durante veinte años cierta persona había sido mi conciencia intelectual. Se trataba de Edmund Wilson.

2. Que otro hombre representaba el sentido que yo tenía de la “buena vida”, aunque sólo lo veía una vez a las quinientas y bien podía haber sido ahorcado desde la última. Trabaja en pieles en el noroeste y no le gustaría ver su nombre escrito aquí. Pero en situaciones difíciles yo había tratado de imaginarme qué es lo que habría pensado *él*, cómo habría actuado *él*.

3. Que un tercer contemporáneo había hecho las veces de mi conciencia artística... Yo no había imitado su infecto estilo, porque el mío propio, tal como es ahora, se formó antes de que él publicara nada, pero me sentía terriblemente arrastrado hacia él cada vez que encontraba dificultades.

4. Que un cuarto hombre había llegado a dictarme mis relaciones con otra gente cuando estas relaciones eran felices: cómo ser, qué decir. Cómo hacer que la gente, al menos por un momento, estuviese feliz (al revés de las teorías del Señor Post acerca de cómo lograr poner a todos en una situación totalmente incómoda mediante una especie de vulgaridad sistematizada). Esto siempre me confundía y me provocaba deseos de salir a emborracharme, pero este hombre había descubierto el juego, lo había analizado y lo había vencido, y su palabra era suficiente para mí.

5. Que mi conciencia política, durante diez años, apenas si había existido como elemento de ironía en mis cosas. Cuando volví a preocuparme del sistema bajo el cual debía funcionar, fue un hombre mucho más joven que yo quien me lo trajo, con una mezcla de pasión y de aire fresco.

De manera que ya no había más “yo”, ni una base sobre la cual pudiera levantar el respeto por mí mismo, salvo mi ilimitada capacidad para el trabajo, que ya parecía haber perdido. Era raro no tener “yo”: ser como un niño al que hubieran dejado solo en una gran casa, que sabía que ahora podía hacer todo lo que quisiera hacer, pero que no encontraba nada que quisiera hacer...

(En el reloj ha pasado la hora y apenas si he llegado a mi tesis. Tengo algunas dudas en cuanto a si esto sea de interés general, pero si alguien quiere más, aún queda mucho, y el director me lo dirá. Si han tenido ya suficiente, díganmelo; pero no demasiado fuerte, porque tengo la impresión de que alguien, no estoy seguro quién, duerme profundamente; alguien que podría haberme ayudado a mantener la tienda abierta. No es Lenin, y no es Dios.)

COMPAGINÁNDOLO

Abril de 1936.

He hablado de estas páginas acerca de cómo un joven excepcionalmente optimista experimentó un derrumbe de todos los valores, una quiebra de la que apenas vino a tomar conciencia mucho después de que había ocurrido. Me referí al período de desolación que sucedió y a la necesidad de continuar, aunque sin beneficio de las familiares fanfarronadas de Henley: “Mi cabeza está ensangrentada, pero no doblegada”. Porque una revisión de mis deudas espirituales indicaba que yo no tenía una cabeza especial que pudiera estar doblegada o no doblegada. Una vez tuve un corazón, pero eso era más o menos lo único de cuanto podía estar seguro.

Esto era al menos un punto de partida para salir del pantano en que me revolcaba: “Sentía, por lo tanto existía”. En una época u otra, mucha gente [59] había reverenciado, había venido a mí en sus momentos difíciles o me había escrito desde lejos, había creído absolutamente en mis consejos y en mi actitud frente a la vida. El más lerdo de

los traficantes de perogrulladas o el más inescrupuloso Rasputín que pueda influir en los destinos de mucha gente debe de tener algo de personalidad, así que el asunto se convirtió en la búsqueda del porqué y el dónde había yo cambiado, dónde estaba la gotera a través de la cual, ignorándolo yo, mi entusiasmo y mi vitalidad se habían estado escurriendo constante y prematuramente.

Una noche de fatiga y desesperación hice mi maleta y me alejé quinientos kilómetros para pensarlo. Arrendé una pieza de a dólar en un pueblucho oscuro donde no conocía a nadie y gasté todo lo que llevaba en carne cocida, galletas y manzanas. Pero no me dejen insinuar que trasladarse de un mundo más bien abundante a un relativo ascetismo constituía mi Búsqueda Magnífica; yo sólo quería absoluta tranquilidad para descubrir por qué se había incubado en mí una actitud triste hacia la tristeza, una actitud melancólica hacia la melancolía y una actitud trágica hacia la tragedia: *por qué había llegado a identificarme con aquello que me producía horror o compasión.*

¿Parece ésta una buena distinción? No lo es: este tipo de identificación significa la muerte de la realización. Es algo así lo que le impide trabajar a la gente insana. Lenin no soportó voluntariamente los sufrimientos de su proletariado, ni Washington los de sus tropas, ni Dickens los de sus pobres de Londres. Y cuando Tolstoi intentó tal fusión de sí mismo con los objetos de su atención, resultó falso e inútil. Menciono estos casos por tratarse de los hombres que nos son más conocidos.

Era una niebla peligrosa. Cuando Wordsworth Decidió que “de la tierra una gloria había muerto” se sintió impulsado a morir con ella, y el vehemente y modesto Keats jamás cesó su lucha contra TBC, ni tampoco renunció en sus últimos mo-[60]mentos a la esperanza de contarse entre los poetas ingleses.

Mi autoinmolación estaba empapada de oscuridad. A todas luces no resultaba moderna, a pesar de lo cual la vi en otros, la vi en una docena de hombres de honor y de trabajo después de la guerra. (Lo escuché a usted, pero es demasiado fácil: había marxistas entre estos hombres.) Yo estuve cerca cuando un famoso contemporáneo mío jugó durante medio año con la idea de la Gran Partida; presencié cuando otro, igualmente eminente, pasó meses en un asilo, incapaz de soportar el más mínimo contacto con sus semejantes. Y de aquellos que se rindieron y sucumbieron, podría nombrar una veintena.

Esto me llevó a pensar que los que sobrevivieron habían logrado algo así como una fuga total. Es éste un amplio término y no guarda relación con la fuga de una cárcel cuando se dirige uno con toda seguridad a otra cárcel, si es que no lo llevan de vuelta a la misma. “Evadirse” o “huir de todo” no es sino una excursión en una trampa, aunque la trampa implique los Mares del Sur, que sólo son para quienes quieren pintarlos o navegarlos. Una fuga total es algo de lo que no se puede retornar; que es irreparable porque hace que deje de existir el pasado. Entonces, puesto que no podía seguir cumpliendo las obligaciones que la vida me había impuesto o que yo mismo me había impuesto, ¿por qué no matar la cáscara vacía que durante cuatro años

le había estado fingiendo? Debía seguir siendo escritor porque ésa era mi única manera de vivir, pero iba a abandonar todo intento de seguir siendo una persona; de ser amable, justo o generoso. Había por ahí muchas monedas falsas que pasar en vez de éstas y yo sabía dónde conseguir las a cinco el dólar. En treinta y nueve años un ojo observador ya ha aprendido a detectar dónde se le echa agua a la leche y arena al azúcar, dónde se pasa una baratija por diamante y el estuco por piedra. No habría ya más entrega de mí mismo; toda entrega quedaría [61] desde este momento recluida bajo un nuevo nombre, y ese nombre era Derroche.

La decisión me provocó un estado de exaltación, como cualquier cosa a la vez real y nueva. A manera de comienzo, había un cerro de cartas que tirar al canasto de la basura cuando partiera a casa, cartas que solicitaban algo sin ofrecer nada: leer el manuscrito de este hombre, hacer que se publique el poema de este otro, hablar gratis por radio, hacer notas de presentación, conceder esta entrevista, ayudar con el argumento de esta obra teatral, con esta situación familiar, llevar a cabo este acto de consideración o de caridad.

El sombrero del prestidigitador estaba vacío. Sacar cosas de él había sido una habilidad manual durante mucho tiempo, y ahora, por cambiar la metáfora, me hallaba para siempre fuera del fin caritativo de la lista de ayuda.

La abominable sensación de ímpetu continuaba.

Me sentía como esos hombres de ojos somnolientos que solía ver en el tren local de Great Neck quince años antes: hombres a quienes no

les importaba que el mundo fuera a caer en el caos al día siguiente siempre que sus casas quedaran a salvo. Ahora yo era uno solo con ellos, uno solo con los suaves artículos que decían:

“Lo siento, pero los negocios son los negocios”. O:

“Usted debiera haber pensado en eso antes de meterse en este lío”. O:

“No soy la persona indicada para este caso”.

Y una sonrisa, ah, tenía que adquirir una sonrisa. Todavía estoy trabajando en esa sonrisa. Es para combinar las mejores cualidades de un administrador de hotel, una vieja y experta comadreja social, un director de escuela en el día de visitas, un ascensorista negro, un marica poniéndose de perfil, un productor comprando materia prima a mitad de precio, una enfermera de experiencia empezando un nuevo trabajo, una modelo en su primer anuncio público, un extra esperanzado pasando cerca de la [62] cámara, una bailarina de ballet con el dedo de un pie infectado y, por supuesto, el gran rayo de amorosa bondad común a todos aquellos que desde Washington a Beverly Hills tienen que existir en virtud de la mueca.

La voz también; estoy trabajando con un profesor para la voz. Cuando la haya perfeccionado, la laringe no producirá muestra alguna de convencimiento, excepto el convencimiento de la persona a quien le esté hablando. Puesto que su deber principal será el de sonsacar la palabra “sí”, mi profesor (un abogado) y yo nos estamos concentrando en ella, pero durante horas extras. Estoy aprendiendo a infundirle esa

dureza cortés que hace a las gentes sentir que, muy lejos de ser bien venidas, ni siquiera se les tolera, y que se hallan bajo continuo y mordaz análisis. Tales situaciones, desde luego, no coincidirán con la sonrisa. Esto se reservará exclusivamente para aquellos de quienes no tengo nada que ganar, gente vieja y gastada o jóvenes en lucha. A ellos no les importará; qué diablos, si es lo que casi siempre reciben.

Pero basta. No se trata de algo trivial. Si usted es joven y se le ocurriera escribirme solicitando verme para aprender a ser un sombrío hombre de letras que escribe piezas acerca del estado de agotamiento emocional que a menudo coge a los escritores principiantes — si fuera usted tan joven y tan fatuo como para hacer eso, no me molestaría ni en acusar recibo de su carta a menos que estuviera usted relacionado con alguien muy rico y muy importante. Y si estuviera muriendo de hambre al lado de mi ventana, saldría rápidamente y le daría la sonrisa y la voz (si no ya la mano) y me quedaría por ahí hasta que alguien aportara una moneda para telefonar a la ambulancia, y eso, si es que viera que había algo provechoso para mí.

Por fin he llegado a ser sólo un escritor. El hombre que persistentemente había tratado de ser se convirtió en una carga tan pesada que lo he “soltado” con tan poco remordimiento como tendría [63] una dama negra para soltar a una rival una noche de sábado. Que la buena gente funcione como tal: que los médicos muy agobiados mueran en servicio activo, con una semana de “vacaciones” al año que puedan dedicar a ordenar los asuntos de la familia, y que los médicos con poco trabajo escudriñen pacientes a dólar el caso; que maten a los soldados para que entren inmediatamente al Valhala de su profesión. Ese es su

contrato con los dioses. Un escritor no necesita tener semejantes ideales a menos que se los forje para sí mismo, y el autor de este trabajo ha renunciado. El viejo sueño de ser un hombre completo en la tradición de Goethe–Byron–Shaw, con un opulento toque americano, una especie de combinación de J. P. Morgan, Topham Beauclerk y San Francisco de Asís, ha sido relegado al montón de trastos donde se hallan las hombreras que una vez se usaron en la cancha de fútbol de los primeros años de Princeton y la gorra de ultramar que jamás fue usada en ultramar.

¿Y qué? Esto es lo que pienso ahora: que el estado natural del adulto consciente es una calificada infelicidad. Creo también que en un adulto el deseo de ser de mejor fibra de lo que se es, “un esfuerzo constante” (como dice la gente que se gana el pan diciéndolo), sólo termina por agregarse a esta infelicidad — el fin de nuestra juventud y de nuestras esperanzas. Mi propia felicidad, en el pasado, a menudo se acercaba a un éxtasis tal, que no podía compartirla ni con la persona más querida, sino que tenía que agotarla caminando por calles y callejas tranquilas, y de ella sólo quedaban algunos fragmentos que derramar en las pequeñas frases de algún libro... Y creo que mi felicidad, o talento para el autoengaño, o lo que usted quiera, era una excepción. No era lo natural, sino todo lo contrario: tan artificial como la Era de la Prosperidad¹, y mi experiencia reciente es comparable a la ola de desesperación que azotó a la nación cuando aquélla hubo terminado. [64] Me las arreglaré para vivir con el nuevo designio, aunque tener certeza del hecho ha llevado algunos meses. Y tal como el estoicismo risueño

¹ *Boom* (N. del T.)

que ha permitido al Negro Americano soportar las intolerables condiciones de su existencia le ha costado su sentido de la verdad, así, en mi caso, hay también un precio que pagar. No me gustan ya el cartero, el almacenero, el editor, ni el esposo de la prima, y a ellos a su vez les ocurrirá otro tanto conmigo, de manera que la vida nunca volverá a ser muy agradable, y el rótulo *Cave Canem* está siempre colgado justo arriba de mi puerta. Trataré, sí, de ser un animal correcto, de modo que si usted me tira un hueso con bastante carne, hasta es posible que le lama la mano.

[65]

El Éxito Prematuro

Este mes se cumplen diecisiete años que dejé el trabajo o, si prefieren, que me retiré de los negocios. No quería saber más; que se las arreglara sola la Compañía Publicitaria de Tranvías. No me retiré con ganancia, sino más bien con riesgos, riesgos que involucraron deudas, desesperación y la ruptura de un compromiso; y volví arrastrándome a casa, en St. Paul, para “terminar una novela”.

Esa novela, que había comenzado en un campo de adiestramiento hacia los finales de la guerra, era mi carta bajo la manga. La había dejado a un lado cuando conseguí trabajo en Nueva York, pero durante toda una desolada primavera la tuve siempre tan presente como tenía al zapato con cartón en la suela. Era como la zorra y el ganso y el saco de fréjoles. Si dejaba de trabajar para terminar la novela, perdía a la novia.

De modo que me esforcé por trabajar en algo que detestaba, y toda la confianza que había acumulado en Princeton y en una vana carrera como el peor ayudante de campo de un regimiento, se fue desvaneciendo poco a poco. Perdido y olvidado, me alejaba rápido de ciertos lugares: de la casa de empeños donde había dejado los lentes de campaña, de los amigos prósperos que uno se encontraba cuando tenía puesto el mismo traje de antes de la guerra — de los restaurantes donde se dejaba de pro-[66]pina el último centavo, de las alegres y

atareadas oficinas que mantenían los cargos para cuando sus propios muchachos volvieran de la guerra.

Ni siquiera el hecho de que me aceptaran por primera vez un cuento resultó muy conmovedor, Dutch Mount y yo estábamos sentados frente a frente en una oficina de publicidad, y en el mismo correo recibimos cartas iguales en que la misma revista, la vieja *Smart Set*, nos aceptaba.

—Mi cheque es por treinta, ¿y el tuyo?

—Treinta y cinco.

Pero lo deprimente es que había escrito mi cuento en la universidad dos años antes y que otros doce recién escritos no habían merecido siquiera una carta de respuesta. La implicación era que a los veintidós años ya estaba declinando. Gasté los treinta dólares en un abanico de plumas púrpura para una chica de Alabama.

Los amigos míos que no estaban enamorados, o que tenían compromisos de espera con chicas “sensatas”, se fortalecían pacientemente para el matrimonio. Yo no: yo estaba enamorado de un huracán y tenía que tejer una red suficientemente grande para sacármelo de la cabeza, una cabeza llena de escurridizos cincos y de resbalosos dieces, la musiquita eterna de los pobres. No pudo hacerse así, de modo que cuando la chica me dio de baja, me fui a casa y terminé mi novela. Y entonces, repentinamente, todo cambió, y este artículo se refiere a los primeros vientos salvajes del éxito y a la deliciosa niebla que traen consigo. Es un período breve y magnífico: cuando la niebla se diluye en

unas pocas semanas o unos pocos meses, uno descubre que lo mejor de todo ya pasó.

Comenzó a ocurrir en el otoño de 1919, cuando yo no era más que un balde vacío, tan agotado mentalmente con lo que había escrito en el verano, que hasta hube de aceptar un trabajo de reparación de techos de automóviles en los talleres del Pacífico Norte. Entonces llamó el cartero, y ese día dejé mi puesto y corrí por la calle, deteniendo a los automóviles para contarles a mis amigos y conocidos: se aceptaba la publicación de mi novela *A este lado del paraíso*. Toda aquella semana el cartero siguió llamando, y pude pagar mis terribles deudas, comprarme un traje y despertarme cada mañana en un mundo inefable de orgullo y de promesas.

Mientras esperaba la publicación de la novela, comenzó la metamorfosis del amateur en profesional: algo así como alinear la vida entera en un esquema de trabajo, de manera que terminar una obra significara automáticamente comenzar otra. Antes había sido un amateur; en octubre, mientras vagaba con una muchacha por entre las piedras de un cementerio sureño, era un profesional, y mi deslumbramiento con ciertas cosas que ella dijo y sintió seguía ya el ritmo de mi ansiedad por grabarlas en un cuento: le puse *El palacio de hielo* y fue publicado más adelante. De igual manera, durante la semana de Navidad en Saint Paul, una noche deseché dos fiestas para trabajar en un cuento. Tres amigos llamaron para decirme que me había perdido algunas cosas bastante raras: un conocido personaje de la ciudad se había disfrazado de camello y, con un chofer de taxi haciendo las veces de trasero, se metió en una fiesta equivocada. Lamentándome por no

haber estado allí, dediqué todo el día siguiente a juntar los fragmentos de la historia.

—Bueno, todo cuanto puedo decir es que fue bastante cómico.

—No, no sé de dónde habrá sacado al taxista.

—Tendrías que conocerlo muy bien para darte cuenta de lo cómico que fue.

Desesperado, dije:

—Bueno, parece que no lograré averiguar exactamente qué es lo que ocurrió, pero voy a escribir sobre ello como si fuera algo diez veces más gracioso de lo que me has dicho.

Y lo estuve escribiendo durante veinte horas seguidas, y lo hice “cómico” simplemente porque me habían dicho con tanto énfasis que era cómico. *The [68] Camel's Back* se publicó y aún aparece en las antologías humorísticas.

A fines del invierno, durante otro grato período de agotamiento y mientras me daba un poco de descanso, empezó a formarse ante mis ojos un nuevo panorama de la vida en América. Las incertidumbres de 1919 quedaron atrás; se tenían, al parecer, pocas dudas acerca de lo que venía: América iba a entrar a la borrachera más grande y alegre de la historia, y habría mucho que decir al respecto. Todo el auge dorado estaba en el aire: sus magníficas generosidades, sus corrupciones furiosas y la tortuosa lucha a muerte de la vieja América en la prohibición. Todos los cuentos que concebí tenían un toque de desastre: las

encantadoras criaturas jóvenes de mis novelas iban a la ruina, las montañas de diamantes de mis cuentos se hacían humo, mis millonarios eran tan hermosos y malditos como los campesinos de Thomas Hardy. En la realidad estas cosas aún no habían ocurrido, pero yo estaba bien seguro de que la vida no era el asunto descuidado y atolondrado que esta gente creía, esta generación apenas más joven que la mía.

Porque mi torre de observación era la línea divisoria de las dos generaciones, y ahí me senté con algo de afectación. Cuando recibí por primera vez una correspondencia abundante —cientos y cientos de cartas acerca de un cuento sobre una muchacha que se cortó el cabello muy corto—, me pareció bastante absurdo que me vinieran a mí con este asunto. Por otra parte, para un hombre tímido resultaba agradable volver a ser alguien que no fuera uno mismo: ser “el autor”, tal como uno había sido “el teniente”. Desde luego que uno en verdad no era más autor de lo que había sido oficial de ejército, pero nadie parecía adivinar lo que ocultaba la máscara.

En el espacio de tres días me casé y las prensas empezaron a producir *A este lado del Paraíso*, como se producen extras en el cine.

Con su publicación me vino un estado de locu-[69]ra maniaco-depresiva. La felicidad y la furia se alternaban hora por hora. Muchos pensaron que era un fraude, y quizás lo fuera, y muchos otros pensaron que era una mentira, pero eso sí que no. Deslumbrado, concedí una entrevista: hablé del gran escritor que yo era y conté cómo había alcanzado tales alturas. Heywood Broun, que me seguía los pasos, se

limitó a citarla comentando que yo parecía ser un joven muy satisfecho de sí mismo, y la verdad es que durante algunos días debo de haber resultado insoportable como compañía. Lo invité a almorzar y de un modo cordial le dije que era lamentable que hubiera dejado escapársele la vida sin lograr nada. Recién él había pasado los treinta y fue más o menos por entonces cuando escribí una línea que cierta gente no me permitirá olvidar: “Era una mujer marchita, pero aún hermosa, de veintisiete”. Deslumbrado, le dije a la Compañía Scribner que no creía que se vendieran más de veinte mil ejemplares de mi novela, y cuando cesaron las carcajadas me dijeron que cinco mil era una excelente venta para una primera novela. Me parece que fue una semana después de la publicación cuando la venta sobrepasó los veinte mil, pero yo me tomaba tan en serio que ni siquiera lo encontré divertido.

Estas semanas en las nubes terminaron bruscamente siete días más tarde, cuando Princeton se fue contra el libro; no el Princeton de los estudiantes, sino la masa negra de la facultad y de los graduados. Me llegó una carta amable pero reprobatoria del presidente Hibben, y luego una sala llena de compañeros de curso me enfrentó con hostilidad. Habíamos tomado parte en una fiesta bastante alegre realizada bulliciosamente en el automóvil celeste de Harvey Firestone, y en el transcurso me gané accidentalmente un ojo en tinta tratando de evitar una pelea. Esto se transformó en una orgía y, a pesar de que una delegación de alumnos intercedió ante la dirección, fui suspendido de mi club durante un par de meses. El *Alumni Weekly* [70] las emprendió contra mi libro y sólo el decano Gauss tuvo algo que decir en mi favor. La untuosidad y la hipocresía de los procedimientos fueron tan exaspe-

rantes, que durante siete años no volví a Princeton. Entonces una revista me pidió un artículo sobre el lugar, y cuando comencé a escribirlo descubrí que de veras lo amaba y que la experiencia de una semana era una minucia en el presupuesto total. Sin embargo, aquel día de 1920 casi toda la alegría de mi éxito se extinguió.

Pero uno era ya un profesional, y el mundo nuevo no podía en ningún caso presentarse sin arrojar al viejo a empujones. Uno gradualmente fue desarrollando cierta dureza protectora tanto de la alabanza como del ataque. Demasiado a menudo ocurría que la gente apreciaba lo de uno por razones equivocadas, o que lo apreciaba gente cuyo desprecio hubiera resultado más elogioso.

Ninguna carrera decente se había apoyado jamás en el público y uno aprendió a seguir adelante sin precedentes y sin temor. Al sacar cuentas descubrí que en 1919 había ganado ochocientos dólares escribiendo, que en 1920 había ganado dieciocho mil, con cuentos, derechos cinematográficos y un libro. El precio de mis cuentos había subido de treinta dólares a mil. Este es un precio bajo para lo que vino después, en la Era de la Prosperidad, pero sería difícil exagerar lo que me pareció entonces.

El sueño se había realizado temprano, y la realización traía consigo beneficios y cargas. El éxito prematuro infunde una concepción casi mística del destino como algo opuesto a la fuerza de voluntad; en su peor grado, el engaño napoleónico. El hombre que surge joven cree ejercer su voluntad porque está con la buena estrella. El hombre que sólo se afirma a los treinta tiene una idea equilibrada de lo que han

contribuido, por su parte, el destino y la fuerza de voluntad; el que ya tiene cuarenta es posible que ponga el énfasis tan sólo en la voluntad. Esto se manifiesta cuando el oficio de uno es azotado por las tormentas. [71]

La compensación del éxito demasiado prematuro es la convicción de que la vida es un asunto romántico. En el mejor sentido, permanece uno joven. Cuando pudo ya decirse que los objetivos básicos del amor y el dinero estaban asegurados y la fascinación de una eminencia vacilante se hubo perdido, tuve buenos años para gastar, años que honradamente no puedo lamentar, en la búsqueda del eterno Carnaval del Mar.

Cierta vez, a mediados de la década del 20, manejaba mi coche a lo largo del camino de la Corniche Alta a través del crepúsculo y con toda la Riviera Francesa titilando abajo en el mar; en el punto más lejano que podía distinguir estaba Montecarlo, y aunque no era temporada y no quedaban duques para jugar y E. Phillips Oppenheim era un hombre gordo y trabajador que vivía en mi hotel en bata de baño, el solo nombre era tan incorregiblemente fascinante, que tuve que detener el automóvil y susurrar igual que los chinos: “¡Ah, yo, ah, yo!” No era Montecarlo lo que miraba. Era el recuerdo de un joven con suelas de cartón que había recorrido las calles de Nueva York. Volví a ser él: durante un momento tuve la dicha de compartir sus sueños, yo, que no tenía ya sueños propios. Y aún hay ocasiones en que me encaramo sobre él, en que lo sorprendo durante una mañana de otoño en Nueva York o una noche de primavera en Carolina, cuando todo está tan quieto que se puede escuchar el ladrido de los perros de una

comarca vecina. Pero nunca ha sido igual que durante aquel período tan breve en que él y yo éramos la misma persona, en que el futuro realizado y el pasado anhelante se mezclaban en un solo momento grandioso; en que la vida era literalmente un sueño.

Cuentos

[75]

La Siestecita de Gretchen

I

Las veredas estaban surcadas de hojas quebradizas y el niño malo del lado lengüeteó el helado fierro del buzón. De seguro que nevaba antes de la noche. El otoño había terminado, lo cual, desde luego, hacía surgir el problema del carbón y el problema de la Navidad; pero Roger Halsey, de pie en la entrada de su propia casa, le aseguraba al inanimado cielo suburbano que él tenía demasiado que hacer como para preocuparse del tiempo. Luego entró apresuradamente en la casa y le cerró las puertas al tema, dejándolo en el frío crepúsculo.

El hall estaba oscuro, pero escuchó arriba las voces de su esposa, de la niñera y del bebé en una de esas interminables conversaciones que principalmente consistían en “¡Eso no!” y “¡Cuidado, Maxy!” y “¡Por Dios, ya empezó de nuevo!”, acentuadas con salvajes amenazas y vagos golpeteos, y con el periódico sonido de un par de pies pequeños y osados.

Roger dio la luz del hall, entró al living y encendió la lámpara de seda roja. Depositó sobre la toesa su abultado portafolio y, sentándose,

dejó que su rostro fuerte y joven descansara unos minutos entre sus manos, protegiendo cuidadosamente los ojos de la luz. Luego encendió un cigarrillo, lo aplastó y se acercó a los pies de la escalera para llamar a su mujer.

—¡Gretchen! [76]

—Hola, querido. —Su voz estaba llena de risa—. Sube a ver al niño.

Despotricó en silencio.

—No puedo ver al niño ahora —dijo en voz alta—. ¿Vas a bajar luego?

Se produjo una pausa misteriosa y enseguida una sucesión de “Eso no” y “Cuidado, Maxy”, destinados sin duda a impedir alguna catástrofe cercana.

—¿Vas a bajar luego? —repitió Roger con leve irritación.

—Sí, sí, ya bajo.

—¿En cuánto rato? —gritó él.

Todos los días a esta hora encontraba la misma dificultad para adaptar su voz del tono presuroso impuesto por la ciudad a la adecuada naturalidad propia de un hogar modelo. Pero esta noche se hallaba deliberadamente impaciente. Casi tuvo una desilusión cuando Gretchen bajó corriendo las escaleras, de a tres peldaños y gritando: “¿Qué pasa?”, con una voz más bien de sorpresa.

Prolongaron algunos momentos el beso. Llevaban tres años de matrimonio y estaban mucho más enamorados de lo que pudiera pensarse. Eran pocas las veces que se odiaban de esa manera violenta típica de las parejas jóvenes, pues Roger permanecía activamente sensible a su belleza.

—Ven aquí —dijo bruscamente—. Quiero hablar contigo.

Su mujer, una muchacha de colores vivos, de cabellos ticianescos, liviana como esas muñecas francesas de trapo, lo siguió hasta el living.

—Mira, Gretchen —se sentó a un extremo del sofá—, desde esta noche comienzo a...; ¿qué pasa?

—Nada. Busco un cigarrillo; nada más. Sigue.

Caminó de puntillas y sin hacer un ruido se instaló en el otro extremo del sofá.

—Gretchen... —volvió a interrumpirse. La mano de ella, palma arriba, se extendió hacia él—. Bueno, ¿qué pasa? —preguntó con violencia.

—Fósforos. [77]

—¿Qué?

Impacientemente como estaba, le pareció increíble que ella pidiera fósforos, pero hurgó automáticamente en su bolsillo.

—Gracias —susurró ella—. No era mi intención interrumpirte. Continúa.

—Gretch...

Chasqueó el fósforo al encenderse. Intercambiaron una mirada tensa.

Sus ojos de cervatillo se disculparon en silencio esta vez, y él rió. Después de todo, lo único que ella había hecho era encender un cigarrillo; pero cuando él se hallaba en este estado, el más leve acto que ella realizara lo irritaba desmesuradamente.

—Cuando tengas tiempo para escuchar —dijo enojado—, tal vez podamos hablar del asunto del hospicio.

—¿De qué hospicio? —Sus ojos se abrieron sorprendidos; permaneció sentada y totalmente quieta.

—Eso era nada más que para interesarte. Pero es que esta noche comienzo lo que quizás desemboque en las seis semanas más importantes de mi vida: las seis semanas que decidirán si acaso hemos de seguir eternamente pudriéndonos en esta casucha y en este pueblucho suburbano.

En los ojos negros de Gretchen la estupefacción dio paso al tedio. Ella era una chica sureña y cualquier asunto relacionado con esto de salir adelante tendía a producirle dolor de cabeza.

—Hace seis meses —anunció Roger— dejé la Compañía Litográfica de Nueva York y entré al negocio de la publicidad por mi propia cuenta.

—Ya lo sé —interrumpió Gretchen con cierta indignación—, y ahora en lugar de vivir con seiscientos al mes seguros, tenemos quinientos sin seguridad.

—Gretchen —dijo Roger vivamente—, si logras creer en mí con todas tus fuerzas durante las próximas seis semanas, seremos ricos. Ahora tengo oportunidad de conseguir algunos de los proyectos más [78] fabulosos del país. —Vaciló—. Y en estas seis semanas no saldremos a ninguna parte y no invitaremos a nadie. Todas las noches me traeré trabajo a la casa y bajaremos las persianas, y si alguien toca el timbre, no abriremos.

Sonrió airosamente, como si hubieran descubierto un nuevo juego para divertirse. Luego, como Gretchen permaneciera en silencio, su sonrisa se desvaneció y la miró con perplejidad.

—Bueno, ¿qué pasa? —estalló ella finalmente—. ¿Esperas que me ponga a dar saltos y a cantar? Ya es bastante lo que trabajas. Si tratas de trabajar más vas a terminar con un colapso nervioso. Leí acerca de...

—No te preocupes por mí —interrumpió él—. Yo estoy bien. Pero eres tú la que se va a morir de aburrimiento sentada aquí todas las noches.

—No —repuso ella, sin convicción—, salvo esta noche.

—¿Qué pasa esta noche?

—George Tompkins nos invitó a comer.

—¿Y aceptaste?

—Por supuesto —dijo impacientemente—, ¿por qué no? Como no haces más que hablar de lo terrible que es este barrio, se me ocurrió que quizás por variar te gustaría visitar uno más bonito.

—Cuando quiera ir a un barrio más bonito será para quedarme —expresó con severidad.

—Bueno, ¿podemos ir?

—Supongo que si aceptaste no hay más remedio.

Le molestó un poco que la conversación terminara abruptamente. Gretchen se levantó de un salto, lo besó al desgaire y se fue rápidamente a la cocina a dar el agua caliente para un baño. Con un suspiro, él guardó su portafolio detrás del librero: aunque sólo tenía bosquejos y proyectos de publicidad, pensaba que sería lo primero que buscaría un ladrón. Luego subió distraídamente al segundo piso, entró de paso al dormitorio del niño para darle un beso, y comenzó a cambiarse ropa.
[89]

No tenían automóvil, de manera que George Tompkins los pasó a buscar a las seis y media. Tompkins era un decorador de interiores que había triunfado; era un hombre ancho y rosado, con un atractivo bigote y un fuerte aroma a jazmín. Habían sido vecinos de pieza en la misma pensión tiempo atrás, en Nueva York, pero en los últimos cinco años sus encuentros fueron ocasionales.

—Debiéramos vernos más —le dijo esa noche a Roger—. Deberías salir más a menudo, viejo. ¿Un aperitivo?

—No, gracias.

—¿No? Bueno, pero tu hermosa mujer sí, ¿verdad, Gretchen?

—Me encanta esta casa —expresó ella recibiendo el vaso y observando llena de admiración los modelos de barco, las botellas de whisky coloniales y otras bagatelas de la moda de 1925.

—A mí también —dijo Tompkins satisfecho—. La hice para darme en el gusto, y me resultó.

Roger miraba malhumorado el sencillo y sólido salón, preguntándose si no se habrían metido a la cocina por error.

—Estás como el demonio, Roger —observó el anfitrión—. Tómame un trago y anímate.

—Tómame uno —insistió Gretchen.

—¿Cómo? —Roger se volvió distraídamente—. Ah, no, gracias, tengo que trabajar llegando a casa.

—¡Trabajar! —Tompkins sonrió—. Mira, Roger, te vas a matar de tanto trabajar. ¿Por qué no le das un poco de equilibrio a tu vida? Trabajas un poco y luego juegas un poco.

—Es lo que le digo yo —acotó Gretchen.

—¿Sabes cómo es el día de un típico hombre de negocios? —preguntó Tompkins mientras se sentaban a la mesa—: Café por la mañana, ocho horas de trabajo interrumpidas por un almuerzo engullido a toda prisa, y luego otra vez a casa con dispepsia y demasiado mal humor como para darle a la esposa una velada grata.

Roger rió sin ganas. [80]

—Debes de estar yendo mucho al cine —dijo secamente.

—¿Yo? —Tompkins lo miró con cierta irritación—. ¿Al cine? Casi nunca en mi vida he ido al cine. Pienso que el cine es detestable. Mis opiniones sobre la vida las saco de mis propias observaciones. Creo en una vida equilibrada.

—¿Qué es eso? —preguntó Roger.

—Bueno... —vaciló—, tal vez el modo mejor de explicarlo sería describir un día normal mío, si no les parece de un terrible egocentrismo.

—¡Oh, no! —Gretchen lo miró con interés—. Me encantaría escucharlo.

—Bueno, en la mañana me levanto y hago una serie de ejercicios. Tengo una pieza equipada como gimnasio, y durante una hora hago *punching* y boxeo de sombra y pesas. Luego de un baño frío... Ahí tienes algo. ¿Te das un baño frío diariamente?

—No —admitió Roger—. Me baño con agua caliente unas tres o cuatro tardes a la semana.

Sobrevino un tétrico silencio. Tompkins y Gretchen intercambiaron miradas como si se hubiese dicho alguna obscenidad.

—¿Qué pasa? —estalló Roger mirando de uno a la otra con irritación—. Tú sabes que no me baño todos los días: no tengo tiempo.

Tompkins lanzó un prolongado suspiro.

—Después de mi baño —prosiguió, cubriendo el asunto con un piadoso velo de silencio—, tomo desayuno y me voy a mi oficina en Nueva York, donde trabajo hasta las cuatro. Luego me doy de alta y, si es verano, me vengo hasta aquí manejando rápido para unos nueve hoyos de golf o, si es invierno, juego frontón durante una hora en mi club. Enseguida, un buen partido de bridge hasta la hora de comida. A veces la comida puede tener alguna relación con el trabajo, pero de un modo agradable. Es posible que recién le haya terminado la casa a algún cliente y que él quiera tenerme a mano en su fiesta de inauguración para que la iluminación sea suave y cosas por el estilo. O si no, me siento a leer [81] un buen libro de poemas y paso la tarde solo. Pero eso sí, todas las noches hago algo para salirme de mí mismo.

—Debe ser maravilloso —exclamo Gretchen con entusiasmo—. Ojalá nosotros viviéramos así.

Tompkins se inclinó hacia adelante por sobre la mesa con seriedad.

—Pueden hacerlo —expresó, queriendo causar impresión—. No hay razón alguna para que no puedan Yo les digo: nueve hoyos de golf todos los días le vendrían tan bien a Roger, que ni se reconocería a sí mismo. Trabajaría mejor, nunca se cansaría tanto, ni andaría tan nervioso... ¿Qué pasa?

Se interrumpió. Roger había bostezado visiblemente.

—Roger —grito Gretchen con aspereza—, no necesitas ser tan grosero. Si hicieras lo que dice George, estarías muchísimo mejor. —Se volvió indignada hacia el anfitrión—. Lo último que inventó es que va a trabajar en las noches durante las próximas seis semanas. Dice que va a bajar las persianas y que vamos a quedarnos encerrados como ermitaños en una cueva. Lo ha estado haciendo cada domingo durante el último año; ahora lo va a hacer todas las noches durante seis semanas.

Tompkins movió tristemente la cabeza.

—Al cabo de las seis semanas —afirmó—, habrá que llevarlo al sanatorio. Déjame decirte que todos los hospitales particulares de Nueva York están plagados de casos como el tuyo. Basta con estirar la cuerda del sistema nervioso humano un poco más de la cuenta y, ¡pam!: algo se ha roto. Y por ganar sesenta horas, te tienen sesenta semanas en cama, recuperándote. —Se interrumpió, cambió de tono y se volvió hacia Gretchen con una sonrisa—: Y sin hablar de lo que le pasaría a usted. Me da la impresión de que es la mujer, más que el marido, quien soporta la carga de estos insanos períodos de trabajo excesivo.

—A mí no me importa —protestó Gretchen con lealtad. [82]

—Sí, sí le importa —dijo Roger con aspereza— Le importa como el diablo. Es una cachorrita que no ve más allá de sus narices y piensa que nunca voy a acabar de iniciarme y que no podrá comprarse ropa nueva. Pero no hay nada que hacer. Eso es lo más triste de las mujeres, después de todo; su mejor triquiñuela es sentarse y cruzarse de brazos.

—Tus ideas sobre las mujeres están como veinte años atrasadas —observó Tompkins con lástima—. Ya pasaron los tiempos en que las mujeres se sentaban y esperaban.

—Entonces deberían casarse con tipos cuarentones —insistió porfiadamente Roger—. Si una chica se casa con un hombre joven por amor, debiera estar dispuesta a hacer cualquier sacrificio, dentro de lo razonable, mientras su marido siga surgiendo.

—No hablemos más del tema —expresó Gretchen con impaciencia—. Por favor, Roger, pasémoslo bien aunque sea esta única vez.

Cuando Tompkins los dejó frente a la casa, a las once, Roger y Gretchen permanecieron unos momentos en la vereda contemplando la luna de invierno. Había una nieve fina, húmeda y liviana en el aire y Roger aspiró profundamente y rodeó a Gretchen con su brazo, lleno de exultación.

—Puedo ganar más dinero que él —dijo tensamente—, y así será en sólo cuarenta días.

—Cuarenta días —suspiró—. Parece tanto tiempo..., cuando todos los demás lo están pasando bien. Si sólo pudiera dormir durante cuarenta días.

—¿Y por qué no lo haces, mi amor. Una sola siesta, y cuando despiertes todo marchará bien.

Ella guardó silencio un momento.

—Roger —manifestó pensativa—, ¿crees que George diría en serio eso de llevarme a andar a caballo el domingo?

Roger frunció el ceño.

—No sé. Quizás no... Ojalá que no. —Vaciló— A propósito, me anduvo disgustando esta noche... Toda esa lata sobre su baño frío.

Abrazados caminaron hacia la casa. [83]

Apostaría a que no se da un baño frío todas las mañanas —continuó Roger meditativamente—; ni siquiera tres veces a la semana. —Hurgó por la llave en su bolsillo y la insertó con bárbara precisión en la cerradura. Luego se dio vuelta desafiante—: Apostaría a que hace un mes que no se baña.

II

Después de una quincena de trabajo intenso, los días de Roger Halsey se fueron fundiendo uno con otro y pasaron en bloques de dos, de tres y de cuatro. Desde las ocho hasta las cinco y media estaba en su oficina. Luego, media hora en el tren, garabateando notas en los dorsos de sobres bajo la luz amarillenta. A las siete y media sus lápices, sus tijeras y sus hojas de cartón blanco ya estaban desparramados sobre la mesa del living, donde trabajaba hasta la medianoche gruñendo mucho y suspirando mucho, mientras Gretchen permanecía echada en el sofá con un libro y el timbre sonaba ocasionalmente tras los postigos cerrados. A las doce surgía siempre una discusión en cuanto a si se iba

a acostar o no. El accedía a acostarse después que hubiese despejado todo; pero como invariablemente surgía una docena de ideas nuevas que lo desviaban, del camino, lo usual era que Gretchen se hallase profundamente dormida cuando subía de puntillas las escaleras.

A veces daban las tres de la mañana antes de que Roger aplastara su último cigarrillo contra el cenicero lleno, y esas veces se desvestía a oscuras, muerto de cansancio, pero con una sensación de triunfo por haber durado otro día más.

La Navidad vino y se fue y él apenas se percató de que se había ido. La recordó posteriormente como el día en que terminó los avisos de vitrina para los zapatos Garrod. Se trataba de uno de los ocho grandes proyectos que habría de presentar en enero; le aceptaban la mitad, tenía asegurado para [84]el año negocios ascendentes a un cuarto de millón.

Pero el mundo exterior a su trabajo se convirtió en un sueño caótico. Sabía que dos frescos domingos de diciembre George Tompkins había llevado a Gretchen a cabalgar, y que en otra ocasión ella había salido con él, en su automóvil, a pasar la tarde esquiando en las colinas del club de campo. Una mañana apareció en el dormitorio, sobre la pared, una fotografía de Tompkins colocada en un lujoso marco. Y una noche hubo de protestar con disgusto y alarma cuando Gretchen fue con Tompkins al teatro, en la ciudad.

Pero su trabajo estaba casi terminado. A diario le llegaban ahora sus proyectos de la imprenta, hasta que tuvo siete de ellos apilados y enumerados en la caja fuerte de su oficina. Sabía lo buenos que eran.

No podían comprarse tan sólo con dinero; más de lo que él mismo se percataba, su trabajo había sido hecho con amor.

Diciembre se desplomó como una hoja muerta del calendario. Vino una angustiosa semana en la que tuvo que dejar el café debido a que le hacía saltar mucho el corazón. La cosa era resistir ahora cuatro días más..., tres días...

El jueves en la tarde H. G. Garrod debía estar en Nueva York. La noche del miércoles Roger llegó a casa a las siete y encontró a Gretchen examinando las cuentas de diciembre con una extraña expresión en los ojos.

—¿Qué pasa?

Le señaló las cuentas. El las revisó rápidamente mientras su ceño se fruncía.

—¡Dios!

—¿Qué te voy a decir? —estalló ella de pronto—. Son terribles.

—Bueno, no me casé contigo porque fueras una perfecta dueña de casa. De alguna manera me las arreglaré con las cuentas. Que no se aflija por ellas tu cabecita.

Ella lo miró fríamente. [85]

—Hablas como si yo fuera una niña.

—¿Qué quieres que haga? —exclamó él, repentinamente irritado.

—Bueno, al menos no soy una pieza de *bric-à-brac* que se pueda dejar por ahí olvidada.

El se hincó junto a ella rápidamente y le tomó los brazos.

—¡Gretchen, escucha! —dijo sin aliento—. ¡Por el amor de Dios, no te derrumbes ahora! Los dos tenemos encono y reproches acumulados y si peleáramos sería terrible. Te amo, Gretchen. Di que me amas, ¡pronto!

—Sabes que te amo.

Se evitó la pelea, pero una tensión nada de natural recorrió la comida y vino a encontrar su climax más tarde, cuando él empezó a derramar sobre la mesa sus materiales de trabajo.

—Oh Roger —protestó ella—, creí que esta noche no tenías que trabajar.

—Yo también creía que no, pero surgió algo.

—Invité a George Tompkins.

—¡Diablos! —exclamó—. Bueno, lo siento, querida, pero tendrás que llamarlo y decirle que no venga.

—Ya no está —repuso ella—. Se iba a venir directamente desde la ciudad. Puede llegar en cualquier momento.

Roger suspiró. Pensó en mandarlos a los dos al cine, pero las palabras se le atajaron en los labios. No la quería en el cine; la quería allí, donde pudiera mirarla y saber que estaba a su lado.

George Tompkins llegó jovialmente a las ocho en punto.

—¡Aja! —gritó con reprobación al entrar en la sala—. Todavía con eso.

Roger asintió fríamente.

—Mejor que lo dejes, mejor que lo dejes antes de que no puedas remediarlo. —Se sentó dando un largo suspiro de relajamiento y encendió un cigarrillo—. Te lo dice alguien que ha considerado el [86] asunto científicamente. Tenemos cierto aguante y después: ¡paf!

—Si me perdonan —Roger hizo que su voz sonara lo más amable posible—, voy arriba a terminar este trabajo.

—Como tú quieras, Roger —George hizo un gesto descuidado con la mano—. No es que importe. Soy el amigo de la familia y me conformo tanto con ver a la señora como al señor. —Sonrió juguetonamente—. Pero yo en tu caso, viejo, dejaría de lado el trabajo y dormiría bien.

Cuando Roger esparció sus materiales en la cama, arriba, notó que aún podía escuchar el rumor y los murmullos de sus voces a través del liviano suelo. Empezó a preguntarse de qué estarían hablando. A medida que se fue sumergiendo en su trabajo, volvió una y otra vez a la pregunta y en varias ocasiones se puso de pie y caminó nerviosamente por el cuarto.

La cama no era muy adecuada para su trabajo. Varias veces el papel se resbaló de la tabla que lo sujetaba y el lápiz pasó de largo. Todo

andaba mal esta noche. Las letras y las cifras se le borraban de la vista y aquellas persistentes voces susurrantes le hicieron compañía al latido de sus sienas.

A las diez se dio cuenta de que durante más de una hora no había hecho nada y, con una repentina exclamación, juntó sus papeles, los guardó en el portafolio y bajó. Estaban sentados juntos en el sofá cuando entró.

—¡Hola! —gritó Gretchen, casi sin necesidad, pensó él—. Estábamos hablando de ti.

—Gracias —respondió irónicamente—. ¿Y qué parte específica de mi anatomía se hallaba bajo el bisturí?

—Tu salud —dijo Tompkins jovialmente.

—Mi salud está bien —contestó Roger sin más.

—Pero la miras con mucho egoísmo, viejo —gritó Tompkins—. Sólo te consideras tú en el asunto. ¿No se te ha ocurrido que Gretchen tiene algunos derechos? Si estuvieras trabajando en un maravilloso soneto, o en el retrato de alguna madona —miró el cabello ticianesco de Gretchen—, en fin, entonces yo diría adelante. Pero no es así. Es sólo algún estúpido aviso acerca de cómo vender el tónico capilar Nobald, y te digo que si mañana echara al mar todo el tónico capilar que se ha hecho hasta el día de hoy, el mundo no perdería ni una pizca de nada.

—Un momento —dijo Roger, enojado—, eso no es muy justo. No me estoy engañando en cuanto a la importancia de mi trabajo: es tan inútil como lo que haces tú. Pero para Gretchen y para mí es casi lo más importante del mundo.

—¿Insinúas que mi trabajo es inútil? —preguntó Tompkins incrédulo.

—No; no si acaso hace feliz a algún pobre idiota fabricante de pantalones que no sabe cómo gastar su dinero.

Tompkins y Gretchen intercambiaron miradas.

—¡Oh-h-h! —exclamó irónicamente Tompkins—. No me había dado cuenta de que todos estos años sólo he estado perdiendo mi tiempo.

—Eres un haragán —dijo rudamente Roger.

—¿Yo? —gritó Tompkins indignado—. ¿Me llamas haragán porque tengo un poco de equilibrio en mi vida y encuentro tiempo tanto para jugar bastante como para trabajar bastante y no me convierto en un sombrío y aburrido ganapán?

Ambos estaban ahora enojados y sus voces se habían alzado, aunque en el rostro de Tompkins aún quedaba la apariencia de una sonrisa.

—Lo que no me gusta —expresó Roger sin vacilar— es que durante las últimas seis semanas todo tu juego lo has estado haciendo por aquí.

—¡Roger! —gritó Gretchen—. ¡Qué quieres decir con eso!

—Exactamente lo que dije.

—Te enojaste y eso es todo. —Tompkins encendió un cigarrillo con ostentosa calma—. Estás tan cansado con el exceso de trabajo que ya no sabes ni [88] lo que dices. Estás al borde de un colapso nervioso...

—¡Mándate cambiar de aquí! —vociferó Roger fieramente—. ¡Mándate cambiar de inmediato, antes de que yo mismo te saque!

Tompkins se puso de pie, enojado.

—¿Sacarme? ¿Tú? —gritó incrédulo.

Avanzaban ya el uno hacia el otro cuando Gretchen se puso al medio y tomando el brazo de Tompkins lo condujo hacia la puerta.

—Se está portando como un tonto, George, pero es mejor que te vayas —exclamó, tratando de encontrar su sombrero en el hall.

—Me insultó —gritó Tompkins—. ¡Amenazó con echarme!

—No importa, George —declaró Gretchen—. No sabe lo que dice. Por favor, vete. Te veo a las diez mañana.

Abrió la puerta.

—No vas a verlo a las diez mañana —dijo Roger con firmeza—. No viene más a esta casa.

Tompkins se volvió hacia Gretchen.

—Es la casa de él —insinuó—, quizás será mejor que nos encontremos en la mía.

Luego se fue y Gretchen cerró la puerta. Sus ojos estaban llenos de lágrimas rabiosas.

—Mira lo que has hecho —murmuró entre sollozos—. El único amigo que tenía, la única persona en el mundo que me apreciaba lo suficiente como para tratarme bien, recibe insultos de mi marido en mi propia casa.

Se tiró en el sofá y comenzó a llorar apasionadamente sobre los cojines.

—El mismo se lo buscó —replicó Roger, sin transigir—. He soportado hasta donde el amor propio puede permitirlo. No quiero que salgas más con él.

—¡Saldré con él! —gritó Gretchen salvajemente—. ¡Saldré con él todo lo que quiera! ¿Crees que es muy entretenido vivir aquí contigo?

—Gretchen —dijo fríamente—, ¡párate, ponte [89] tu sombrero y tu abrigo y sal por esa puerta y no vuelvas nunca más!

La boca de ella se entreabrió.

—Es que no quiero irme —articuló confusa.

Bueno, entonces pórtate bien. —Y con una voz más suave, agregó—: Creí que ibas a dormir estos cuarenta días.

Ah, sí —dijo amargamente—. ¡Muy fácil decirlo! Pero estoy cansada de dormir. —Se incorporó y lo enfrentó desafiante—. Y lo que es más: mañana voy a salir con George Tompkins.

—No vas a salir con él así tenga que llevarte a Nueva York y mantenerte sentada en mi oficina hasta que termine.

Lo miró con furia en los ojos.

—Te odio —murmuró lentamente—. Y me gustaría agarrar todo el trabajo que has hecho y destrozarlo y arrojarlo al fuego. Y para que tengas algo por lo cual preocuparte mañana, es muy posible que no esté aquí cuando vuelvas.

Se levantó del sofá y muy deliberadamente miró en el espejo su rostro encendido y manchado por las lágrimas. Luego subió corriendo las escaleras y de un portazo se encerró en el dormitorio.

Automáticamente Roger colocó sus materiales de trabajo sobre la mesa del living. Los brillantes colores de los diseños, las vividas damas —Gretchen había posado para una de ellas— que sujetaban una gaseosa naranja o un par de relucientes medias de seda le turbaron la cabeza hasta dejarlo en una especie de coma. Su incansable lápiz se movía de un lado a otro sobre los cuadros, haciendo variar un grupo de letras media pulgada hacia la derecha, ensayando una docena de azules para lograr un azul fresco, y eliminando cualquier palabra que debilitara o le restara énfasis a una frase. Transcurrió media hora y ya estaba profundamente sumergido en el trabajo; nada se escuchaba en la sala como no fuera el aterciopelado rasguño del lápiz sobre la lustrosa cartulina.

Después de un rato largo miró el reloj: eran [90] más de las tres. Afuera se había levantado un viento que se deslizaba violentamente por las esquinas de la casa y les daba sonoros y atemorizantes manotazos. Detuvo su trabajo y escuchó. Ahora no estaba cansado, pero sentía la cabeza como si la tuviera llena de venas hinchadas, semejante a esos cuadros que cuelgan en los consultorios de los médicos mostrando un cuerpo al cual se ha desprovisto de su decorosa piel. Se la palpó entera con las manos. Le pareció que en la sien tenía las venas nudosas y resquebrajadas alrededor de una vieja cicatriz.

De pronto comenzó a sentir miedo. Cien advertencias que le habían hecho se agolparon en su mente. En verdad el exceso de trabajo arruina a la gente y, después de todo, su cuerpo y su cerebro eran de la misma materia vulnerable y perecedera. Por primera vez se encontró envidiando a George Tompkins por la calma de sus nervios y su saludable rutina. Se levantó y empezó a caminar por la sala, aterrizado.

—Tengo que dormir —susurró tensamente para sí—. De otro modo, me voy a volver loco.

Se frotó los ojos y volvió a la mesa para retirar su trabajo, pero los dedos le temblaban de tal modo que apenas podían sujetar la cartulina. La vibración de una rama pelada contra la ventana lo hizo sobrecogerse y dar un grito. Se sentó en el sofá y trató de pensar.

“¡Detente! ¡Detente! ¡Detente! —decía el reloj de pared—. ¡Detente! ¡Detente! ¡Detente!”

—No puedo detenerme —respondió en voz alta—. No pudo darme el lujo de detenerme.

¡Escucha! ¡Pero si ahora estaba el lobo junto a la puerta! Escuchó cómo sus agudas garras raspaban la madera barnizada. Se levantó de un salto y corriendo hasta la puerta, la abrió totalmente de un tirón; luego retrocedió lanzando un angustiado grito. Un lobo enorme lo miraba desde la puerta con sus ojos rojos y malignos. Vio cómo se le erizaba el pelaje del cuello; luego el animal lanzó un débil gruñido y desapareció en la oscuridad. Entonces [91] comprendió Roger que se trataba del perro policial de más allá y emitió una risita silenciosa y triste.

Arrastrando cansadamente los pies fue hasta la cocina, trajo el despertador y lo colocó a las siete. Enseguida se envolvió en su abrigo, se tendió sobre el sofá y cayó de inmediato en un dormir pesado y sin sueños.

Cuando despertó aún la luz alumbraba débilmente, pero la sala tenía el color gris de una mañana invernal. Se levantó y, mirándose ansiosamente las manos, descubrió con alivio que ya no le temblaban. Se sentía mucho mejor. Recordó en detalle los acontecimientos de la noche anterior y el ceño se le volvió a fruncir, formando tres arrugas superficiales. Tenía trabajo por delante, veinticuatro horas de trabajo; y Gretchen, le gustara o no, tendría que dormir un día más.

La mente de Roger se iluminó de pronto como si acabara de ocurrírsele una nueva idea publicitaria. Unos minutos más tarde cortaba apresurado el penetrante aire matinal, hacia la farmacia de Kingsley.

—¿Bajó ya el señor Kingsley?

El farmacéutico asomó la cabeza por la esquina del cuarto de recetas.

—¿Sería posible hablar con usted a solas?

A las siete y media, ya de regreso, Roger entró a la cocina. La sirvienta acababa de llegar y se estaba sacando el sombrero.

—Bebé. —No es que tuviera mucha confianza con ella, pero éste era su nombre—. Quiero que prepare de inmediato el desayuno de la señora. Yo mismo se lo subiré.

Bebé se sorprendió de que un hombre tan ocupado quisiera rendirle a su esposa este servicio inusual, pero mucho más se habría sorprendido de observar su conducta cuando salió de la cocina con la bandeja. Porque, dejándola sobre la mesa del comedor, echó en el café media cucharada de una sustancia blanca que no era azúcar en polvo. Ense-[92]guida subió las escaleras y abrió la puerta del dormitorio.

Gretchen se despertó sobresaltada, miró hacia la cama vecina, sin deshacer, y miró a Roger, primero con estupefacción y luego, cuando vio en sus manos el desayuno, con desprecio. Pensó que se trataba de un acto de capitulación.

—No quiero desayuno —dijo fríamente, hundiendo las esperanzas de Roger—. Sólo un poco de café.

—¿Que no quieres desayuno? —La voz de Roger denotaba desencanto.

—Te dije que sólo un poco de café.

Roger depositó discretamente la bandeja sobre una mesita junto a la cama y volvió con rapidez a la cocina.

—Vamos a salir hasta mañana en la tarde —le dijo a Bebé—, y quiero cerrar la casa inmediatamente, así que póngase su sombrero y retírese.

Miró su reloj. Faltaban diez para las ocho y quería alcanzar el tren de las ocho diez. Esperó cinco minutos y luego subió de puntillas al dormitorio de Gretchen. Dormía profundamente. La taza de café estaba vacía; sólo quedaban en ella un sarro negruzco y una capa delgada y pastosa color café. La contempló con cierta ansiedad, pero su respiración era clara y regular.

Sacó una maleta del closet y muy rápido comenzó a llenarla con los zapatos de ella —zapatos de calle, zapatillas de tarde, deportivos con suela de goma—; jamás se había imaginado que tenía tantos pares. Cuando la cerró, parecía a punto de reventar.

Vaciló unos instantes, tomó unas tijeras de la caja de costura y, siguiendo el cordón del teléfono hasta donde éste se perdía de vista tras el tocador, lo cortó de un solo tijeretazo seco. Saltó al escuchar que tocaban suavemente a la puerta. Era la niñera. Había olvidado su existencia.

—La señora y yo nos vamos a la ciudad hasta [93] mañana —dijo en tono natural—. Llévase a Max a la playa y almuerce allá. Quédense todo el día.

De vuelta en el dormitorio lo arrasó una ola de piedad. Gretchen parecía de pronto tan hermosa e indefensa, allí dormida. Resultaba terrible robarle un día a su vida joven. Le pasó los dedos por el cabello y, mientras ella murmuraba algo en su sueño, besó su lustrosa mejilla. Luego cogió la maleta llena de zapatos, cerró la puerta con llave y bajó alegremente las escaleras.

III

A las cinco de esa tarde un mensajero llevó a H. G. Garrod, en el Hotel Biltmore, el último paquete de avisos para los zapatos Garrod. Debía dar una respuesta a la mañana siguiente. A las cinco y media, la mecanógrafa de Roger le dio una palmadita en el hombro.

—Lo necesita el señor Golden, el mayordomo del edificio.

Roger se volvió ofuscado.

—Ah, cómo está.

El señor Golden fue directamente al grano. Si el señor Halsey pretendía mantener esa oficina, era preciso remediar de inmediato el pequeño olvido acerca del arriendo.

—Señor Golden —dijo cansadamente Roger—, mañana se arreglará todo. Si me trae problemas ahora es posible que nunca vea su dinero. Después de mañana nada importará.

El señor Golden miró inquietamente al arrendatario. A veces ocurría que los hombres jóvenes desaparecían cuando les iba mal en sus negocios. Entonces su vista cayó sobre la maleta con iniciales junto al escritorio.

—¿De viaje? —preguntó con sarcasmo.

—¿Cómo? Ah, no. Son sólo algunas ropas.

—¿Ropas, ah? Bien, señor Halsey, qué le parece si para demostrarme que lo que dice es cierto me deja la maleta hasta mañana a mediodía. [94]

—Llévesela.

El señor Golden la levantó con un gesto de resignación.

—Es sólo un asunto de formalidad —afirmó.

—Comprendo —dijo Roger, dándose vuelta hacia su escritorio—. Buenas tardes.

El señor Golden pareció sentir que la conversación debía cerrarse en un tono más suave.

—Y no trabaje muy duro, señor Halsey. No querrá enfermarse de los nervios.

—No —gritó Roger—, no quiero, pero es lo que me va a pasar si no me deja tranquilo.

Al cerrarse la puerta tras el señor Golden, la mecanógrafa de Roger se volvió cordialmente hacia él.

—No debería haber dejado que se saliera con la suya —dijo—. ¿Qué es lo que tenía ahí, ropas?

—No —respondió Roger distraídamente—. Estaban todos los zapatos de mi mujer.

Esa noche durmió en la oficina, sobre un sofá junto al escritorio. Al alba, despertó con un sobresalto, salió apresurado a la calle a tomar un café y regresó diez minutos más tarde aterrorizado ante la posibilidad de haberse perdido el llamado del señor Garrod. Eran entonces las seis y media.

Hacia las ocho su cuerpo entero parecía estar incendiándose. Cuando llegaron sus dos artistas, él se hallaba tirado en el sillón como si le doliera el cuerpo. A las nueve treinta el teléfono sonó imperativamente y él lo descolgó con las manos temblorosas.

—Aló.

—¿Con la Agencia Halsey?

—Sí, habla el señor Halsey.

—Usted habla con el señor H. G. Garrod.

El corazón de Roger dejó de latir.

—Lo llamo, joven, para decirle que es un trabajo magnífico el que nos ha presentado. Nos quedamos con todo y queremos tanto más como su agencia pueda producir.

—¡Oh Dios! —gritó Roger en el transmisor. [95]

—¿Qué? —El señor H. G. Garrod estaba considerablemente sorprendido—. ¡Oiga, espérese un minuto!

Pero no le estaba hablando a nadie. El fono había retumbado en el suelo, y Roger, con todo el cuerpo estirado en el diván, lloraba como si se le fuera a partir el corazón.

IV

Tres horas más tarde, algo pálido, pero con los ojos tranquilos de un niño, Roger abrió la puerta del dormitorio de su mujer llevando el periódico de la mañana bajo el brazo. Ella despertó con el ruido de los pasos.

—¿Qué hora es? —preguntó.

El consultó su reloj.

—Las doce.

De repente ella comenzó a llorar.

—Roger —dijo entrecortadamente—, siento mucho haberme portado tan mal anoche.

El asintió, sereno.

—Ahora todo anda bien —respondió. Luego, después de una pausa—: Tengo el contrato...; el mejor de todos.

Ella giró rápidamente hacia él.

—¿Sí? —Y después de un minuto de silencio—: ¿Me puedo comprar un vestido nuevo?

—¿Un vestido? —Lanzó una breve risa—. Una docena si quieres. Sólo este contrato nos producirá cuarenta mil al año. Es uno de los más grandes del Oeste.

Ella lo miró sorprendida.

—¡Cuarenta mil al año!

—Sí.

—Dios santo —y luego débilmente—: No pensé nunca que se tratara de algo así. —De nuevo pensó un minuto—. Podremos tener una casa como la de George Tompkins.

—No quiero un taller de decoración interior. [96]

—¡Cuarenta mil al año! —repitió, y enseguida agregó dulcemente—: Oh Roger...

—¿Sí?

—No voy a salir con George Tompkins.

—No te dejaría aunque quisieras —afirmó concluyente.

Ella hizo un gesto de indignación.

—Pero si hace semanas que tenemos cita para este jueves.

—Hoy no es jueves.

—Sí, es.

—Es viernes.

—Pero, Roger, ¡estás loco! ¿Cómo puedes pensar que no sé qué día es?

—No es jueves —insistió tericamente—. ¡Mira! —Y le pasó el periódico.

—¡Viernes! —exclamó ella—. ¡Pero esto es un error! Debe de ser el diario de la semana pasada. Hoy es jueves.

Cerró los ojos y pensó durante unos instantes.

—Ayer fue miércoles —expresó con decisión—. Vino la lavandera. Supongo que lo sé.

—Bueno —dijo él afectuosamente—, mira el diario. No caben dudas.

Con expresión de asombro salió de la cama y comenzó a buscar su ropa. Roger entró al baño a afeitarse. Un minuto más tarde volvió a escuchar el crujido de los resortes. Gretchen se estaba acostando nuevamente.

—¿Qué pasa? —preguntó asomando la cabeza.

—Tengo miedo —dijo ella con voz temblorosa—. Creo que me están fallando los nervios. No puedo encontrar ninguno de mis zapatos.

—¿Tus zapatos? Pero si el closet está lleno de tus zapatos.

—Ya lo sé. Pero es que no veo ni uno solo. —Su rostro había empalidecido por el temor—. ¡Oh Roger!

Roger vino a su lado y la rodeó con su brazo.

—Oh Roger —gritó—, ¿qué me está pasando? [97] Primero ese diario, y ahora todos mis zapatos. Cuídame, Roger.

—Llamaré al doctor —dijo él.

Caminó sin remordimiento al teléfono y descolgó el aparato.

Parece que no funciona el teléfono —afirmó después de un minuto—. Mandaré a Bebé.

El médico tardó diez minutos en llegar.

—Creo que estoy al borde de una quiebra —le dijo Gretchen con voz tensa.

El doctor Gregory se sentó en la orilla de la cama y le tomó la muñeca.

—Parece que estuviera en el aire esta mañana.

—Me levanté —dijo Gretchen con una voz dolorida— y descubrí que había perdido un día entero. Tenía una cita para ir a cabalgar con George Tompkins...

—¿Cómo? —exclamó el médico, sorprendido. Luego rió—. George Tompkins no irá con nadie a cabalgar durante mucho tiempo.

—¿Se ha marchado? —preguntó Gretchen con curiosidad.

—Se va al Oeste.

—¿Por qué? —preguntó Roger—. ¿Va a huir acaso con la mujer de alguien?

—No —replicó el doctor Gregory—. Tuvo un colapso nervioso.

—¿Cómo? —exclamaron ambos al unísono.

—Simplemente se derrumbó como una chistera mientras se daba su ducha fría.

—Pero si siempre hablaba de su... de su vida equilibrada —murmuró Gretchen entrecortadamente—. Lo tenía tan presente.

—Ya lo sé —dijo el doctor—. Ha estado hablando de eso toda la mañana. Creo que eso lo ha sacado un poco de sus cabales. Le dio demasiadas vueltas, sabe.

—¿A qué? —preguntó Roger con sorpresa.

—A lo de llevar una vida equilibrada —se volvió a Gretchen—. Bueno, todo lo que le voy a recetar a esta dama es un buen descanso. Si

se queda en [98] casa un par de días y se da unas siestecitas, se sentirá mejor que nunca. Ha estado muy tensa.

—Doctor —exclamó Roger con voz ronca—, ¿no le parece que a mí me vendría bien un descanso? He estado trabajando mucho este último tiempo.

—¡Usted! —El doctor Gregory rió, le dio una fuerte palmada en la espalda—. Hijo, nunca en su vida lo había visto de mejor aspecto.

Roger se apresuró a volver la cara para ocultar la sonrisa... Le lanzó cuarenta guiños, o casi cuarenta, al retrato autografiado del señor George Tompkins, que colgaba un tanto torcido en la pared del dormitorio.

[99]

La Última Beldad

I

Después de la elaborada y teatral presentación de encanto sureño que prodigó Atlanta, todos subestimamos a Tarleton. Era un tanto más caluroso que cualquiera de las partes donde habíamos estado —una docena de conscriptos se desplomaron al primer día bajo ese sol de Georgia—, y al ver en las calles comerciales rebaños de vacas arreadas por ganaderos negros, se apoderaba de uno una especie de trance que descendía de la luz caliente: uno quería mover una mano o un pie para asegurarse de que seguía vivo.

De manera que preferí quedarme en el campamento, y en cuanto a las muchachas, que el teniente Warren me hablara de ellas. Esto fue hace quince años y he olvidado cómo me sentía; sólo recuerdo que los días pasaban, uno tras otro, mejores de lo que pasan ahora, y que yo estaba con el corazón dolido, porque allá en el Norte se casaba aquella cuya leyenda había amado durante tres años. Vi los recortes y las fotos en los periódicos. Se trataba de una “romántica boda en tiempos de guerra”, muy rica y muy triste. Sentí vividamente el resplandor negro del cielo bajo el cual se llevaba a cabo y, como joven esnob, me dio más envidia que pena.

Un día tuve que ir a Tarleton a cortarme el pelo y me topé con un tipo bastante simpático llamado Knowles, que era de mi época en Harvard. Es-[100]taba en la división de la Guardia Nacional que nos

precedió en el campamento, y por cambiarse a última hora a la aviación, lo habían dejado atrás.

—¡Qué bueno haberte encontrado, Andy! --dijo con exagerada seriedad—. Te pasaré toda la información que tengo antes de partir para Texas. Ves tú, en realidad, hay sólo tres muchachas aquí...

Me interesó. Había algo místico en el hecho de que hubiera tres muchachas.

—...y ésta es una de ellas.

Me hizo entrar a una fuente de soda que se hallaba frente a nosotros y me presentó a una dama que me cayó bastante mal.

—Las otras dos son Ailie Calhoun y Sally Carrol Happer.

Por la manera de pronunciar su nombre, deduje que estaba interesado en Ailie Calhoun. Le preocupaba lo que ella haría cuando él se fuera; quería que estuviera tranquila, sin divertirse mucho.

A mi edad no vacilo en confesar que fueron totalmente indecorosas las imágenes de Ailie Calhoun —ese nombre lindo— que acudieron a mi mente. A los veintitrés no existen privilegios de prioridad con las bellezas. Sin embargo, si Bill me lo hubiera solicitado, le habría jurado indudablemente y con toda sinceridad cuidarla como a una hermana. No lo hizo; sólo se estaba lamentando en voz alta por tener que irse. Tres días más tarde me telefoneó para decirme que partía a la mañana siguiente y que me llevaría a casa de ella esa noche.

Nos juntamos en el hotel y nos alejamos del centro caminando bajo un caluroso crepúsculo de flores. Las cuatro columnas blancas de la casa de los Calhoun daban de frente a la calle y tras de ellas estaba la veranda oscura como una cueva oculta entre enredaderas que colgaban y trepaban entretejiéndose.

Cuando cruzábamos el sendero, una muchacha vestida de blanco salió bruscamente de la puerta, gritando:

—¡Perdonen mi atraso! —y al vernos agregó—: [101] Pero si me pareció haberlos oído hace diez minutos...

Se interrumpió cuando al crujido de una silla otro hombre, un aviador del Campamento Harry Lee emergió desde la oscuridad de la veranda.

—¡Canby! —gritó ella—. ¿Cómo te va?

Él y Bill Knowles esperaron con la tensión de enemigos declarados.

—Canby, quiero decirte algo a solas —dijo ella antes de que transcurriera un segundo—. Perdónanos, Bill.

Se apartaron un poco. De inmediato el teniente Canby, enormemente disgustado, con un tono severo, dijo:

—Bueno, lo dejamos para el jueves, pero sin postergaciones. —Con un ligero saludo se alejó por el senderito, brillándole a la luz del farol las insignias con que presumiblemente espoleaba a su avión.

—Adelante...; todavía no sé tu nombre...

Allí estaba: el tipo sureño en toda su pureza. Hubiera reconocido a Ailie Calhoun sin haber escuchado jamás a Ruth Draper o sin haber leído a Marse Chan. Tenía esa típica destreza confitada con una sencillez dulce y voluble, el palpable ambiente de padres, hermanos y admiradores devotos estirándose hacia la época heroica del Sur, la certera frescura que se adquiere en la incesante lucha contra el calor. Había en su voz matices que manejaban esclavos, que sonrojaban a capitanes yanquis, y también notas suaves, persuasivas, que se mezclaban extraña y hermosamente con la noche.

La oscuridad no me permitía verla bien, pero cuando me levanté para partir —estaba claro que yo no me iba a quedar—, se paró bajo la luz anaranjada de la puerta. Era pequeña y muy rubia; el excesivo colorete de su rostro se acentuaba en contraste con la nariz exageradamente blanqueada, pero a través de eso, ella relucía como una estrella.

—Cuando se vaya Bill, estaré aquí sentada sola todas las noches. A lo mejor tú me puedes llevar a los bailes del Country-Club.

La patética profecía hizo reír a Bill. [102]

—Un momento —murmuró Ailie—. Tus rifles están chuecos.

Me enderezó el alfiler de cuello y durante un segundo me miró con algo más que curiosidad. Era una mirada indagatoria, como si estuviera preguntando: “¿Podrías ser tú?” Tal como el teniente Canby, me alejé de malas ganas, internándome en esa noche que de pronto se había hecho insuficiente.

Dos semanas más tarde estaba sentado con ella en la misma veranda, o para ser más exacto, ella estaba semiechada en mis brazos, pero casi sin tocarme; no recuerdo cómo se las arregló para hacerlo. Yo intentaba inútilmente besarla y llevaba en el intento cerca de una hora. Bromeábamos un poco con eso de que yo no era sincero. Mi teoría era que si me dejaba besarla, me enamoraba de ella. Ella sostenía que obviamente yo era insincero.

Durante una tregua entre dos de estas batallas, me habló de su hermano, que había muerto mientras cursaba el último año en Yale. Me mostró una fotografía de él —un rostro bonito, serio, con peinado Leyendecker— y me dijo que cuando encontrara a alguien de su calidad se casaría. Pensé que era desalentador este idealismo familiar; ni aun mi arrogante seguridad podía competir con los muertos.

Ese y otros anocheceres transcurrieron así y terminaron con mi regreso al campamento lleno del aroma de las magnolias y con un vago sentimiento de insatisfacción. Nunca la besé. Fuimos a las funciones de variedades y al Country-Club los sábados por la noche, donde rara vez daba más de diez pasos consecutivos con un hombre, y me llevó a asados y a otras bulliciosas reuniones, y nunca pensó que pudiera valer la pena transformar en amor lo que yo sentía por ella. Ahora veo que no habría sido difícil, pero ella era juiciosa para sus diecinueve años y debe de haberse dado cuenta de que éramos incompatibles emocionalmente. De manera que en lugar de su enamorado, me convertí en su confidente.

Hablamos sobre Bill Knowles. Estaba conside-[103]rando a Bill, pues, aunque no lo reconociera, un invierno de clases en Nueva York y un baile anual en Yale la habían hecho mirar hacia el Norte. Dijo que no creía que se fuera a casar con un sureño. Y poco a poco fui percatándome de que era consciente y voluntariamente distinta de estas otras niñas que cantaban canciones negras y jugaban a los dados en el bar del Country-Club. Por ello Bill y yo y otros nos sentíamos atraídos hacia ella. La reconocíamos.

En los meses de junio y julio —mientras nos llegaban débil e ineficazmente rumores de batallas y de terror en ultramar— los ojos de Ailie vagaron de un lado a otro por el piso del Country-Club, buscando algo entre los altos jóvenes oficiales. Prendó a varios, elegidos por ella con infalible perspicacia —exceptuando el caso del teniente Canby, a quien aseguraba despreciar, pero con quien de todos modos salía “porque era tan sincero”—; y nos repartimos sus tardes entre nosotros durante todo el verano.

Un día rompió todas sus citas: Bill Knowles venía con licencia. Hablamos del acontecimiento con una impersonalidad científica. ¿Trataría él de impulsarla hacia una decisión? El teniente Canby, por el contrario, no fue en absoluto impersonal; se transformó en un verdadero fastidio. Le dijo que si se casaba con Knowles, él iba a ascender a dos mil metros en su avión, a apagar el motor y luego a soltar. La atemorizó tanto, que tuve que cederle mi última cita antes de la llegada de Bill.

La noche del sábado ella y Bill Knowles asistieron al Country-Club. Hacían muy buena pareja, y otra vez sentí envidia y tristeza. Mientras bailaban, el trío tocaba *Después de tu partida* de una manera conmovedora, incompleta, que aún escucho, como si de cada compás se desprendiera un precioso minuto de aquel tiempo. Supe entonces que había llegado a amar a Tarleton, y miré a mi alrededor un poco asustado para ver si no me buscaba algún rostro conocido desde esa oscuridad cálida, musical, de afuera, que iba devolviendo una a una de esas pa-[104]rejas de organdí y oliva pardo. Era una época de juventud y guerra, y nunca hubo en los alrededores tanto amor.

Cuando bailé con Ailie, ella me sugirió de pronto que saliéramos a conversar al auto. Quería saber por qué no la sacaban mucho a bailar esa noche. ¿Acaso pensaban que ya se había casado?

—¿Te vas a casar?

—No lo sé, Andy. A veces, cuando él me trata como si fuera una diosa, me siento fascinada. —Su voz era tenue y lejana—. Pero luego...

Rió. Su cuerpo, tan frágil y tierno, se tocaba con el mío, su rostro se alzaba hacia mí y allí, de pronto con Bill Knowles a diez metros, podría al fin haberla besado. Nuestros labios apenas se rozaron experimentalmente; entonces, un oficial de aviación apareció por la veranda, cerca de nosotros, y husmeó vacilante hacia nuestra oscuridad.

—Ailie.

—Sí.

—¿Oíste lo de esta tarde?

—¿Qué cosa? —Se inclinó hacia adelante, con la voz ya tensa.

—Horace Canby cayó con su avión. Murió instantáneamente.

Ella se levantó con lentitud y salió del auto.

—¿Quieres decir que se mató? —dijo.

—Sí. No se sabe qué dificultad tuvo su motor...

—¡Oh-h-h! —El susurro áspero emergió por entre las manos que de súbito habían cubierto el rostro. La miramos sin saber qué decir mientras, apoyando la cabeza en el costado del auto, lloraba lágrimas secas. Un minuto después fui por Bill, que se hallaba de pie en la fila de los sin pareja, buscándola ansiosamente, y le dije que ella quería irse a casa.

Me senté en los escalones de afuera. Canby nunca me había gustado, pero su terrible y absurda muerte era para mí más real que el diario tañido por miles en Francia. A los pocos minutos salieron [105] Ailie y Bill. Ailie lloriqueaba un poco, pero, al verme, sus ojos se desviaron y ella vino rápidamente a mí.

—Andy —murmuró rápidamente en voz baja—, por cierto que jamás debes repetirle a nadie lo que te conté de Canby ayer. Me refiero a lo que él dijo.

Por supuesto que no.

Me miró durante otro segundo como para cerciorarse bien. Finalmente se sintió segura. Luego suspiró de un modito tan especial, que casi no lo creyeron mis oídos, y frunció el ceño en un gesto que sólo podría describirse como falsa desesperación.

—¡An-dy!

Bajé incómodo la vista, consciente de que lo que pretendía era hacerme notar su involuntario efecto desastroso sobre los hombres.

—¡Buenas noches, Andy! —gritó Bill cuando se metían a un taxi.

—Buenas noches —dije, y casi agregué: “Pobre tonto”.

II

Desde luego que debiera haber adoptado una de esas magníficas decisiones de carácter moral que la gente toma en los libros, y haberla despreciado. Por el contrario, no dudo de que, de todos modos, ella podría haberme tenido con sólo mover un dedo.

Pocos días más tarde lo arregló diciendo pensativamente:

—Ya sé que consideras que estuvo muy mal de mi parte pensar en mí misma en una circunstancia como ésa, pero es que fue una coincidencia tan impresionante.

Yo tenía veintitrés y sólo de una cosa estaba completamente convencido: de que había gente fuerte y atractiva que podía hacer lo que se le diera la gana, y otra que pertenecía a los que se dejan atrapar y

despedir ignominiosamente. Esperaba ser de los primeros. Ailie sin duda lo era.

Tuve que revisar otros conceptos sobre ella. En [106] el curso de una larga conversación con alguna niña acerca de los besos —en aquellos días aún se hablaba de besar más de lo que se besaba—, le mencioné el hecho de que Ailie sólo había besado a dos o tres hombres, y eso, cuando se sintió enamorada. Para gran desconcierto mío la muchacha, aparatosamente, se tiró aullando al suelo.

—Pero si es verdad —le aseguré, comprendiendo de pronto que no lo era—. Me lo dijo ella misma.

—¡Ailie Calhoun! ¡Santo cielo! Pero si el año pasado en la fiesta de...

Esto fue en septiembre. Ahora, cualquier semana nos podía tocar partir a ultramar, y a fin de completar nuestro batallón llegó una última hornada de oficiales del cuarto campo de entrenamiento. El cuarto campo no era como los tres primeros: los candidatos pertenecían a la tropa; los había hasta de las divisiones reclutadas. Tenían nombres raros, carentes de vocales, y con la excepción de unos cuantos jóvenes milicianos, no se podía dar por seguro que hubieran tenido educación alguna. El agregado a nuestra compañía fue el teniente Earl Schoen, de New Bedford, Massachusetts; el espécimen físico más magnífico que jamás había visto. Medía un metro noventa, tenía cabello negro, buen color, y refulgentes ojos pardos. No brillaban por su inteligencia y era decididamente analfabeto, pero era un buen oficial, de carácter firme y autoritario, y con ese adecuado toque de

vanidad que tan bien sienta a los militares. Yo tenía la idea de que New Bedford era una ciudad de campo, y a ese hecho atribuí sus presuntuosas cualidades.

Las barracas eran para dos y a él le tocó conmigo. Antes de una semana tenía la fotografía enmarcada de alguna niña de Tarleton clavada rudamente en la pared.

—No es ninguna cualquiera, ni nada por el estilo. Es una muchacha de sociedad; sale con la mejor gente de aquí.

El domingo siguiente, por la tarde, conocí a la dama en una piscina semiparticular de los adrede-[107]dores. Cuando llegué con Ailie, Schoen, en traje de baño, lucía su musculoso cuerpo en el extremo más lejano de la piscina.

—¡Qué tal, teniente!

Cuando le devolví el saludo, me hizo una sonrisa y un guiño, señalando con la cabeza a la muchacha que estaba a su lado. Luego, apretándole la cintura, me señaló a mí con la cabeza. Era una manera de presentarnos.

—¿Quién es el que está con Kitty Presten? — preguntó Ailie, y cuando se lo dije, me replicó que parecía un conductor de tranvía, y se hizo la que buscaba su boleto.

Un poco después él, con gracia y energía, cruzó a nado la piscina y salió justo donde estábamos nosotros. Le presenté a Ailie.

—¿Qué le parece mi chica, teniente? —preguntó—. ¿No le había dicho que estaba bien? —Miró a Ailie, esta vez para indicar que su chica y Ailie circulaban en el mismo ambiente—. ¿Qué tal si comiéramos todos juntos en el hotel una de estas noches?

En un momento los dejé, riendo de ver cómo Ailie ostensiblemente decidía que aquí, de todos modos, no se encontraba lo ideal. Pero el teniente Earl Schoen no iba a ser despedido con tanta facilidad. Paseó los ojos alegre e inofensivamente por toda su leve y delicada figura y decidió que estaba aún mejor que la otra. Y unos minutos después los vi juntos en el agua; Ailie se alejaba nadando en ese estilo tieso que tenía y Schoen braceaba bulliciosamente a su alrededor adelantándola y a ratos deteniéndose para mirarla tan fascinado como un muchacho podría mirar a una bailarina acuática.

La tarde iba pasando y él no se le despegaba. Finalmente Ailie vino a mi lado y, riendo, me susurró:

—Anda detrás de mí. Debe de pensar que no he pagado mi pasaje.

Se volvió con rapidez. La señorita Kitty Preston, con el rostro curiosamente congestionado, estaba de pie frente a nosotros. [108]

—Ailie Calhoun. No creí que fueras de las que deliberadamente tratan de quitarle un hombre a otra muchacha. —Ante la inminente escena, el rostro de Ailie se llenó de aflicción—. Pensaba que te considerabas por encima de ese tipo de cosas.

Miss Preston hablaba bajo, pero su voz contenía esa tensión que más que escucharse se siente, y advertí que los hermosos y diáfanos

ojos de Ailie miraban atemorizados de un lado a otro. Afortunadamente el propio Earl venía alegre e inocente trotando hacia nosotros.

—Si acaso te gusta, no debes disminuirte ante él —dijo Ailie rápidamente, con la cabeza erguida.

Era su familiaridad con la conducta tradicional contra el feroz e ingenuo sentido de posesión de Kitty Preston, o, si se prefiere, la “urbanidad” de Ailie contra la “vulgaridad” de la otra. Se dio vuelta.

—¡Un momento, chiquilla! —llamó Earl Schoen—. Déjame tu dirección. Quizás me gustaría darte un telefonazo.

Ella lo miró de un modo que debiera haberle indicado a Kitty su total falta de interés.

—Estoy muy ocupada en la Cruz Roja este mes —dijo con una voz tan fresca como su suave cabellera rubia—. Adiós.

En el camino a casa reía, ya desprovista de ese aire de haber participado sin querer en un asunto odioso.

—No logrará sujetar a ese joven —expresó—. El quiere una nueva.

—Evidentemente quiere a Ailie Calhoun.

La idea le pareció divertida.

—Podría darme su perforador de boletos para ponérmelo como la insignia de alguna fraternidad. ¡Qué gracioso! Si mamá viera entrar a casa a alguien así, se caería muerta.

Y para darles crédito a sus palabras, pasó una quincena entera antes de que Schoen fuera a su casa, aunque fue él mismo quien la urgió hasta hacerla fingir enojo en el siguiente baile del Country-Club. [109]

—Es lo más rudo que hay, Andy —me susurro—. Pero es tan sincero.

Usó la palabra “rudo” sin la reprobación que habría llevado de ser él un muchacho sureño. Sólo la conocía intelectualmente; su oído era incapaz de distinguir entre una voz yanqui y otra. Y de algún modo la señora Calhoun no expiró ante su presencia en el umbral. Los supuestos prejuicios tan arraigados de los padres de Ailie constituían un fenómeno de conveniencia que desaparecía a su voluntad. Fueron sus amigas las más perplejas. Ailie, que siempre estaba un poquito por encima de Tarleton, cuyos galanes habían sido muy cuidadosamente los “mejores” del campamento, ¡ahora con el teniente Schoen! Me cansé de asegurarle a la gente que para ella se trataba de una simple distracción; y en verdad, cada semana o cada dos surgía alguien nuevo: un oficial de Pensacola, algún viejo amigo de Nueva Orleáns; pero siempre, entre uno y otro, estaba Earl Schoen.

Llegaron instrucciones para que una partida de oficiales y sargentos se dirigiera al puerto de embarque y zarpara para Francia. Mi nombre se hallaba en la lista. Yo había estado una semana en patrullaje y apenas de regreso en el campamento, Earl Schoen me tiró de la solapa:

—Tenemos una fiestecita de despedida en el rancho. Sólo tú y yo y el capitán Craker y tres muchachas.

Earl y yo debíamos ir a buscar a las muchachas. Recocimos primero a Sally Carrol Happer y a Nancy Lamar y seguimos a donde Ailie, para que en la puerta el mayordomo nos anunciara que no se hallaba en casa.

—¿Que no está en casa? —repitió Earl confundido—. ¿Dónde está?

—No dejó ningún recado acerca de eso; sólo dijo que no estaba.

—¡Qué cosa más rara! —exclamó. Se paseó alrededor de la sombría y familiar veranda mientras [110] el mayordomo esperaba en la puerta. Algo se le ocurrió—: Oye —me dijo—, debe de estar sentida.

Esperé. Le pidió severamente al mayordomo:

—Vaya a decirle que tengo que hablar un minuto con ella.

—¿Cómo quiere que le diga, cuando no está?

De nuevo Earl se paseó pensativamente por el porche. Luego asintió varias veces y manifestó:

—Está sentida por algo que pasó en el centro.

Me resumió el asunto en pocas palabras.

—Mira, espera en el auto —le dije—. Quizás yo pueda arreglarlo. —Y cuando de malas ganas se hubo retirado—: Oliver, dile a Miss Ailie que quiero verla a solas.

Tras defenderse un poco, se fue con el recado y al cabo de unos momentos volvió con una respuesta.

—Miss Ailie dice que no quiere ver a ese otro señor ni por nada nunca más. Dice que entre si quiere.

Estaba en la biblioteca. Yo esperaba encontrarme con un cuadro de fresca y desenfrenada dignidad, pero su expresión era confusa, turbulenta, angustiada. Sus ojos estaban enrojecidos, como si durante horas hubiese llorado lenta y dolorosamente.

—Hola, Andy —dijo con voz entrecortada—. Tiempo que no te veía. ¿Se fue ya?

—Bueno, Ailie...

— ¡Bueno, Ailie! —gritó—. ¡Bueno, Ailie! Me habló, ¿te das cuenta? Se quitó la gorra. Parado ahí a tres metros de mí con esa horrible, esa horrible mujer, del brazo con ella y hablándole, y luego, cuando me vio, se quitó la gorra. Yo no sabía dónde meterme, Andy. Tuve que entrar a la fuente de soda y pedir un vaso de agua, y tenía tanto miedo de que pudiera seguirme, que le pedí a Mr. Rich que me dejara salir por la puerta de atrás. No quiero verlo ni saber de él nunca más.

Hablé. Dije lo que se dice en esos casos. Lo dije durante media hora. No había manera de convencerla. Varias veces respondió murmurando algo sobre que él no era “sincero”, y por cuarta vez me pregunté qué significaba para ella esa palabra. Desde [111] luego que no era sinónimo de constancia; a medias sospeché que significaba algún modo especial de tratarla que le gustaba.

Me levanté para irme. Y entonces, increíblemente, la bocina del automóvil sonó impaciente tres veces. Fue asombroso. Decía tan claro

como si Earl hubiese estado en la sala: “Bueno, ¡vete al diablo entonces! No voy a estar toda la noche aquí esperando”.

Ailie me miró estupefacta. Y de pronto una singular expresión asomó en su rostro, se agrandó, brilló y se apagó tornándose en una sonrisa llorosa e histérica.

¿No es horrendo? —grito con inútil desesperación—. ¿No es un tipo horrible?

—Apúrate —le dije rápidamente—. Toma tu capa. Es nuestra última noche.

Aún siento vividamente aquella última noche; la luz de la vela que titilaba en los rudos maderos de la cabaña del rancho, en las decoraciones de papel deshilachado que quedaban de la fiesta de la compañía de aprovisionamiento, la triste mandolina que por una de las calles del cuartel tocaba incansablemente *My Indiana Home* en la nostalgia universal del verano declinante. Las tres muchachas perdidas en esta misteriosa ciudad de hombres sintieron algo también: una embrujada intemporalidad; como si estuvieran sobre una alfombra mágica que había descendido en el campo sureño y que en cualquier momento volvería a ser elevada y alejada por el viento. Brindamos por nosotros y por el Sur. Luego dejamos las servilletas y los vasos vacíos y un poquito de nuestro pasado sobre la mesa y tomados de la mano salimos a la luz de la luna. Ya había resonado el toque de silencio; no se escuchaba ni un solo ruido, salvo el lejano relincho de un caballo un persistente y fuerte ronquido que nos hizo reír, y el taconeo de las botas de un centinela al dar media vuelta. Craker estaba de turno; los demás nos

metimos en un coche que nos esperaba y fuimos a Tarleton a dejar a su chica. [112]

Luego Ailie y Earl, Sally y yo, dos y dos en el amplio asiento trasero, cada pareja dándose la espalda, absortos y susurrantes, seguimos hacia la amplia y total oscuridad.

Atravesamos bosques de pinos espesos de líquenes y musgo negro, y algodinales en barbecho, por un camino más blanco que la orilla del mundo. Nos detuvimos bajo la sombra quebrada de un molino donde no había más que el murmullo de agua corriente y de obstinadasavecillas bulliciosas, y, por sobre todo, una luminosidad que intentaba filtrarse por doquier: en las perdidas cabañas de los negros, en el automóvil, en los lugares secretos del corazón. Era el Sur cantando para nosotros —¿se acordarán ellos? Yo sí me acuerdo: los rostros pálidos y frescos, los amorosos ojos somnolentos y las voces:

—¿Estás cómoda?

—Sí. ¿Y tú?

—¿Seguro que sí?

—Sí.

De pronto supimos que era tarde y no hubo nada más. Giramos hacia casa.

Nuestro grupo partió al campamento Mills el día siguiente, pero no me tocó ir a Francia después de todo. Pasamos un helado mes en Long Island, subimos marchando a bordo de un transporte, con

nuestros cascos de acero colgando a los costados, y luego volvimos a bajar también marchando. Ya no había guerra. Me había perdido la guerra. Cuando regresé a Tarleton quise salirme del ejército, pero estaba en una comisión permanente que demoró la mayor parte del invierno. Earl Schoen fue uno de los primeros dados de baja. Quería encontrar un buen trabajo “mientras la cosecha estuviera buena”. Ailie no estaba comprometida, pero existía entre ambos el entendimiento de que él volvería.

Por enero los campamentos, que a lo largo de dos años habían dominado la pequeña ciudad, estaban ya esfumándose. Sólo el persistente aroma del incinerador quedaba para recordar toda la actividad [113] agitación de otrora. La poca vida que restaba terminó por centrarse agriamente en torno al edificio de los cuarteles de división con sus indignados oficiales regulares, que también se habían perdido la guerra.

Y ahora los jóvenes de Tarleton comenzaron a regresar desde los extremos de la tierra: algunos con uniformes canadienses, otros con muletas o mangas vacías. Un batallón de la Guardia Nacional desfiló por las calles con los lugares desocupados de sus muertos, y luego se bajó para siempre del carro romántico y comenzó a vender cosas en los mostradores de las tiendas locales. Sólo unos cuantos uniformes se mezclaban a las chaquetas de noche en el baile del Country-Club.

Justo antes de Navidad Bill Knowles apareció inesperadamente un día, para partir el próximo; o bien le había dado a Ailie un ultimátum o ella había tomado al fin su decisión. A veces la vi, cuando no estaba

ocupada con alguno de los héroes que volvieron a Savannah y Augusta, pero me sentía como un sobreviviente pasado de moda: y lo era. Ella estaba esperando a Earl Schoen con tal incertidumbre, que prefería no tocar el tema. Llegó tres días antes de que me dieran la licencia final.

La primera vez que me topé con ellos, bajaban caminando por la Calle del Mercado, y creo que jamás he sentido tanta pena por una pareja; aunque debe de haberse repetido esta situación en todas las ciudades donde hubo campamentos. El aspecto exterior de Earl era lo más deplorable que pueda imaginarse. Llevaba sombrero verde, con pluma; su traje pertenecía a una moda grotesca a la que ya la propaganda y el cine habían puesto fin. Era obvio que había ido a ver a su antiguo peluquero, pues el cabello le caía en orden sobre su afeitado cuello rojizo. No es que se hubiera visto lustroso y pobre, sino que el ambiente de las salas de baile y los clubes provincianos saltaba a la vista con insolencia, aunque, claro, era Ailie la afectada. Ella jamás se había imaginado la realidad; vestido así, hasta la gracia natural [114] de aquel cuerpo magnífico desaparecía. Comenzó por jactarse de su excelente puesto; los mantendría perfectamente hasta que él pudiese “vislumbrar el dinero fácil”. Pero en el mismo momento de volver al mundo de ella en sus propios términos, debe de haber comprendido que era inútil. No sé lo que Ailie diría, ni si acaso su dolor habrá sido mayor que su asombro. Fue rápida para actuar: tres días después de la llegada de Earl, él y yo partimos juntos al norte en el mismo tren.

—Bueno, hasta aquí llegó este asunto —dijo melancólicamente—. Es una chica maravillosa, pero muy presumida para mi gusto. Me imagino que tendrá que casarse con algún ricachón que le dé gran

posición social. Yo no tolero toda esta cosa afectada. —Y luego más adelante—: Me dijo que volviera a verla en un año más, pero no volveré nunca. Todo este asunto aristocrático está bien si uno tiene el dinero suficiente, pero...

“Pero no era real”, pensaba concluir. La sociedad provinciana en que se había desenvuelto con tanta satisfacción durante seis meses le parecía ahora afectada, presuntuosa y artificial.

—Oye, ¿viste lo mismo que yo subir al tren? —me preguntó después de un rato—. Dos estupendas fulanas solitas. ¿Qué tal si nos cambiamos al otro carro y las invitamos a almorzar? Yo me quedo con la de azul. —Por la mitad del vagón, se volvió repentinamente—: Oye, Andy —inquirió frunciendo el ceño—, una cosa no entiendo: ¿cómo supo que yo había sido conductor de tranvía? Yo nunca se lo dije.

—A mí que me registren.

III

La narración llega ahora a uno de esos grandes vacíos que me miraron de frente cuando empecé. Durante seis años —mientras terminé mis estudios en Harvard y construí aviones comerciales y reforcé una cuadra de pavimento que se resquebrajó bajo el peso de los camiones—, Ailie Calhoun era poco [115] más que un nombre escrito en una postal de Navidad; una brisa ligera que soplaba mi recuerdo en las noches tibias, cuando recordaba las magnolias. Ocasionalmente algún conocido de aquellos días de ejército me preguntaba: “¿Qué fue

de aquella rubia que era tan popular?” Pero yo no sabía. Una noche me encontré con Nancy Lamar en el Montmartre de Nueva York y ahí supe que Ailie se había comprometido con un hombre en Cincinnati, había ido al Norte a visitar a su familia y enseguida había roto el compromiso. Estaba bonita como siempre y no dejaba de tener uno o dos galanes importantes. Pero ni Bill Knowles ni Earl Schoen habían vuelto jamás.

Y por esos mismos días sí que Bill Knowles se había casado con una chica que conoció en un barco. Ahí tienen: poco parche para remendar un lapso de seis años.

Es bastante raro que una chica que vi a la hora del crepúsculo en una estación de Indiana me haya hecho pensar en ir al Sur. La muchacha, vestida con rígido organdí rosado, echó sus brazos alrededor de un hombre que bajó de nuestro tren y se lo llevó rápidamente a un coche que esperaba, y yo sentí un golpe de angustia. Tuve la impresión de que ella se lo llevaba al perdido mundo estival de mis veinte años, donde el tiempo se había quedado quieto y encantadoras muchachas, vistas nebulosamente como el mismo pasado, aún perdían su tiempo por las calles oscuras. Supongo que la poesía es el sueño que un nortino tiene acerca del Sur. Pero unos meses más tarde le envié un cable a Ailie, siguiéndolo de inmediato a Tarleton.

Era julio. El Hotel Jefferson parecía extrañamente deteriorado y su atmósfera era pesada: un grupo de ociosos estalló en un canto intermitente en el comedor que durante tanto tiempo mi memoria había dedicado a oficiales y muchachas. Reconocí al conductor de taxi

que me llevó hasta la casa de Ailie, pero su “Por supuesto que sí, teniente” no me convenció. Yo era apenas uno entre miles. [116]

Fueron curiosos los tres días. Aunque parte de aquel primer esplendor juvenil de Ailie habrá tenido que seguir el camino de todos los brillos transitorios, no puedo dar fe de ello. Seguía tan atractiva físicamente, que uno hubiera querido palpar esa personalidad que temblaba sobre sus labios. No: el cambio era mucho más profundo.

De inmediato noté que tenía una conducta diferente. Las modulaciones del orgullo, las insinuaciones en el hablar de que conocía los secretos de una época de preguerra más brillante y magnífica, habían desaparecido de su voz; ésta no les dejaba tiempo ahora, mientras parloteaba con la burla medio risueña, medio desesperada del nuevo Sur. Y todo caía dentro de esta burla, con el fin de hacerla seguir y seguir, sin dejar tiempo para pensar: el presente, el futuro, ella misma, yo. Asistimos a una burda fiesta en casa de cierto matrimonio joven, y ella fue su centro nervioso y reluciente. Después de todo, no tenía ya dieciocho y estaba más atractiva, con su negligente vivacidad, de lo que en su vida había sido.

—¿Has sabido algo de Earl Schoen? —le pregunté la segunda noche, cuando nos dirigíamos al baile del Country-Club.

—No. —Se mantuvo seria un momento—. A menudo pienso en él. Es él... —vaciló.

—Sigue.

—Iba a decir “el hombre que más he amado”, pero no sería cierto. Nunca en verdad lo amé, o si no me habría casado con él de todas maneras, ¿no crees? —Me miró interrogante—. Por lo menos no lo habría tratado en esa forma.

—Era imposible.

—Por supuesto —asintió incierta. Su ánimo cambió; se puso impertinente—: Cómo nos engatusaron los yanquis a las pobrecitas muchachas del Sur. ¡Qué tonta!

Cuando llegamos al Country-Club se mimetizó como un camaleón con esa multitud que me resultaba desconocida. Era una nueva generación la que estaba sobre el piso, con menos dignidad que la que [117] había conocido, pero nadie pertenecía más a su esencia ociosa y afiebrada que Ailie. Quizás había percibido que en sus iniciales anhelos de escapar del provincianismo de Tarleton había marchado sola, siguiendo a una generación condenada a no tener sucesores. Exactamente dónde perdió la batalla, librada detrás de las columnas blancas de su veranda, no lo sé. Pero había calculado mal, había errado en alguna parte. Su salvaje animación, que aún ahora le atraía los hombres suficientes para igualar el séquito de las más jóvenes y frescas, era un reconocimiento de derrota.

Partí de su casa —como tantas veces partiera durante aquel desvanecido junio— con un sentimiento de vaga insatisfacción. Sólo unas horas después, dándome vueltas en la cama del hotel, vine a comprender qué era, qué había sido siempre: estaba profunda e incurablemente enamorado de ella. A pesar de todas las incompatibilidades, ella seguía

siendo para mí, siempre lo sería, la chica más atractiva que hubiera conocido. Así se lo dije la tarde siguiente. Era uno de esos días calurosos que conocía tan bien y Ailie estaba sentada junto a mí sobre un diván de la sombría biblioteca.

—Oh, no, no podría casarme contigo —dijo casi asustada—; no te quiero de esa forma. Nunca te quise así. Y tú tampoco me quieres a mí. No pensaba decírtelo ahora, pero el mes próximo me voy a casar con otro hombre. Ni siquiera vamos a anunciarlo, ya que lo he hecho antes dos veces. —De pronto se le ocurrió que yo podía estar herido—: Andy, fue sólo una idea tonta, ¿verdad? Tú sabes que jamás me podría casar con un norteno.

—¿Quién es? —le pregunté.

—Un hombre de Savannah.

—¿Lo amas?

—Por supuesto que sí. —Ambos sonreímos—. ¡Por supuesto que sí! ¿Qué estás tratando de sacarme?

No había dudas como las había habido frente a otros hombres. Ella no podía darse el lujo de tener [118] dudas. Me di cuenta porque había dejado, desde hacía mucho, de ser presuntuosa conmigo. Esta misma naturalidad, comprendí, se debía a que no me consideraba un pretendiente. Bajo su máscara de instintivo decoro siempre se había conocido bien, y no podía creer que alguien que no llegara al grado de la adoración fanática pudiese verdaderamente amarla. Era eso lo que llamaba ser “sincero”; sentía mayor seguridad junto a hombres como

Canby y Earl Schoen, incapaces de emitir juicio crítico sobre su corazón ostensiblemente aristocrático.

—Bueno —le dije, como si ella me hubiera pedido permiso para casarse—. ¿Pero quieres hacerme un favor?

—Cualquier cosa.

—Ir conmigo al campamento.

—Pero allí no queda nada, querido.

—No me importa.

Caminamos al centro. El conductor del taxi frente al hotel repitió la objeción: “No hay nada allí ahora, capi”.

—No importa. Vaya de todas maneras.

Veinte minutos después se detuvo en un amplio y desconocido terreno empolvado con nuevas plantaciones de algodón y manchado de aislados pinares.

—¿Quiere ir allá donde se ve el humo? —preguntó el conductor—. Es la nueva cárcel del Estado.

—No, siga por este camino. Quiero encontrar el lugar donde vivía.

Una vieja pista de carreras, inadvertida en los días de gloria del campamento, había erigido su ruinoso tribuna en la desolación. Traté en vano de orientarme.

—Siga por este camino hasta esos árboles y doble a la derecha... No, doble a la izquierda.

Obedeció con profesional desgano.

—No vas a encontrar absolutamente nada, querido —expresó Ailie—. Los contratistas lo echaron todo abajo. [119]

Avanzamos despacio a lo largo de las márgenes, la plantación. Podía haber sido aquí...

—Bueno. Quiero bajarme —dije de pronto.

Dejé a Ailie sentada en el coche, muy hermosa con la brisa cálida que le remecía el cabello largo y ondulado.

Podía haber sido aquí. Esas, abajo, serían las calles de la compañía, y el rancho, donde cenamos aquella noche, ahí al otro lado.

El conductor del taxi, indulgente, me miraba marchar a tropezones, sumido hasta las rodillas en la maleza, buscando mi juventud en algún tablón o algún jirón de tejado o en una oxidada lata de tomates. Traté de identificar un grupo de árboles vagamente familiar, pero estaba oscureciendo y no pude saber si eran los mismos que yo pensaba.

—Van a arreglar la vieja pista —me dijo Ailie desde el coche—. Tarleton se está poniendo muy “juguetón” en su vejez.

No. Pensándolo bien, no parecían los árboles que yo creía. Lo único seguro ahora era que este lugar, antes lleno de vida y esfuerzo, se

había esfumado, como si jamás hubiese existido, y que en un mes más Ailie se habría esfumado, y el Sur quedaría eternamente vacío para mí.

[121]

Babilonia, Otra Visita

I

—¿Y dónde está el señor Campbell? —preguntó Charlie.

—En Suiza. El señor Campbell es un hombre bastante enfermo, señor Wales.

—Qué lástima. ¿Y George Hardt? —interrogó Charlie.

—Volvió a América. A trabajar.

—¿Y dónde está el Pájaro de Nieve?

—La semana pasada estuvo por aquí. Su amigo, el señor Schaeffer, también está en París.

Dos nombres conocidos de la larga lista de un año y medio atrás. Charlie garabateó una dirección en su libreta y arrancó la hoja.

—Si ve al señor Schaeffer, déle esto —dijo—. Es la dirección de mi cuñado. No me he instalado en un hotel todavía.

No estaba en verdad decepcionado de encontrar a París tan vacío. Pero la quietud del Bar Ritz resultaba extraña y portentosa. No era más un bar americano y él se sentía compungido, sin esa vieja sensación de ser su dueño. El local había vuelto a Francia. Sintió la quietud desde el momento en que bajó del taxi y vio al portero —que a esa hora solía tener una actividad frenética— charlando con un *chasseur* frente a la puerta de servicio.

Al pasar por el corredor escuchó apenas una sola voz aburrida en la otrora tan ruidosa sala de [122] mujeres. Cuando giró hacia el bar, siguiendo un antiguo hábito, atravesó los siete metros de alfombra verde con la vista fija hacia adelante; y luego, con el pie bien apoyado en la barra, se dio vuelta a examinar la sala, encontrando un solo par de ojos que, sorprendidos, dejaron la lectura de un diario en el rincón. Charlie preguntó por el barman jefe, Paul, que en los últimos días de las alzas en la bolsa venía a trabajar en su propio automóvil hecho a la orden, del cual, sin embargo, se bajaba con la debida delicadeza en la esquina más cercana. Pero Paul se hallaba hoy en su casa de campo y las informaciones se las estaba dando Alix.

—No, no más —dijo Charlie—. Ahora me ando con cuidado.

Alix lo felicitó:

—Hace un par de años le estaba dando duro.

—Seguiré así —le aseguró Charlie—. Ya llevo más de año y medio.

—¿Cómo están las condiciones en América?

—Hace meses que no voy a América. Estoy trabajando en Praga. Tengo un par de representaciones. Ahí no saben mucho de mí.

Alix sonrió.

—¿Se acuerda de la noche en que le dimos la despedida de soltero a George Hardt aquí? —dijo Charlie—. A propósito, ¿qué ha sido de Claude Fessenden?

Alix bajó la voz a un tono confidencial:

—Está en París, pero ya no viene aquí. Paul no lo deja. Debía una cuenta de treinta mil francos que incluía sus tragos, sus almuerzos y con frecuencia sus cenas de más de un año. Y cuando Paul finalmente le dijo que tenía que pagar, lo hizo con un cheque malo.

Alix sacudió con pena la cabeza.

—No lo entiendo; un petimetre como él. Ahora está gordísimo.

Dibujó con las manos una manzana enorme. Charlie miró a un grupo de “locas” bulliciosas que se instalaban en una esquina. [123]

“Nada les afecta —pensó—. La bolsa sube y se derrumba, la gente haraganea o trabaja, pero ellos siguen eternamente.” Se sintió oprimido por el lugar. Pidió los dados y le jugó su trago a Alix.

—¿Se va a quedar mucho tiempo por aquí, señor Wales?

—Cuatro o cinco días, para ver a mi hijita.

—Ah... ¿Tiene una hijita?

Afuera, los letreros rojo fuego, azul gas, verde fantasma, brillaban humosamente a través de la quieta lluvia. Eran las últimas horas de la tarde y las calles estaban en movimiento; los *bistros* destellaban. En la esquina del Boulevard des Capucines tomó un taxi. La Place de la Concorde se acercó con su rosácea majestad; cruzaron el lógico Sena y Charlie sintió la calidad provinciana de la ribera izquierda.

Charlie dirigió su taxi hacia L'Avenue de l'Opéra, que estaba fuera de su recorrido. Pero quería ver la hora azul desplegarse sobre la magnífica fachada e imaginar que los bocinazos, entonando sin cesar las primeras notas de *Le Plus que Lent*, eran las trompetas del Segundo Imperio. Estaban bajando la reja metálica de la Librería Brentano, y los comensales del Duval cenaban ya tras su pequeño cerco burgués y atildado. Nunca había comido en un restaurante verdaderamente barato en París.

Cinco platos, cuatro francos cincuenta, con dieciocho centavos, incluido el vino. Por alguna razón extraña, lamentó no haberlo hecho.

Mientras avanzaban hacia la ribera izquierda y él iba sintiendo ese súbito provincianismo, pensó: “Yo mismo me eché a perder en esta ciudad. No me daba cuenta, pero los días venían uno tras otro y así pasaron dos años, y pasó todo, y pasé yo”.

Tenía treinta y cinco y era bien parecido. Una profunda arruga entre los ojos serenaba la movilidad irlandesa de su cara. Mientras tocaba el timbre de su cuñado en la Rué Palatine, el ceño fruncido intensificó la profundidad de esa arruga; sintió un vacío en el estómago. La criada que abrió la puerta [124] tiró de atrás a una hermosa niñita de nueve que gritó “¡Papito!” y se lanzó en vuelo, luchando como un pez en sus brazos. Tirándolo de una oreja lo hizo dar vuelta la cabeza y pegó su mejilla a la de él.

—Mi bomboncito —dijo él.

—Oh, ¡papito, papito, papito, papito, papá, papá, papá!

Lo arrastró hasta el salón, donde aguardaba la familia, un niño y una niña de la edad de su hija, su cuñada con su esposo. Saludó a Marion modulando con cuidado la voz para evitar lo que pudiera ser un entusiasmo fingido o una franca aversión, pero la respuesta de ella fue más abiertamente cálida, aunque quiso minimizar su expresión de inalterable desconfianza dirigiendo la mirada hacia su hija. Los dos hombres se dieron amistosamente la mano y Lincoln Peter posó la suya en el hombro de Charlie.

La sala era acogedora y cómodamente americana. Los tres niños revoloteaban con familiaridad por los rectángulos amarillos que conducían a otros cuartos; la jovialidad de las seis de la tarde se manifestaba en el chasquido del fuego y en los ruidos de la actividad francesa en la cocina. Pero Charlie no se sintió cómodo; su corazón se mantenía rígido y alerta en el cuerpo y sólo se tranquilizaba cuando su hija, de rato en rato, se le acercaba llevando en sus brazos la muñeca que él le había traído.

—En verdad sumamente bien —afirmó respondiendo a la pregunta de Lincoln—. Hay allá muchos negocios que no se mueven, pero a nosotros nos está yendo mejor que nunca. Condenadamente bien, en realidad. El próximo mes mando a buscar a mi hermana, a América, para que maneje la casa. Mis ingresos el año pasado fueron mayores de lo que eran cuando tenía dinero. Ves tú, los checos...

Sus alardes tenían un propósito bien específico; pero al cabo de unos momentos, al ver una débil inquietud en los ojos de Lincoln, cambió de tema:

—Esos niños de ustedes son formidables. Sanos, bien educados.
[125]

—Pensamos que también Honoria es una niñita estupenda.

Marion Peters regresó de la cocina. Era una mujer alta, de ojos preocupados, que alguna vez fue dueña de un fresco encanto americano. Charlie nunca lo percibió y siempre se sorprendía cuando la gente hablaba de lo hermosa que había sido. Desde el principio había surgido entre ellos una antipatía instintiva.

Bueno, ¿y como encuentras a Honoria? —preguntó.

Maravillosa. Es increíble lo que ha crecido en diez meses. Todos los niños están muy bien.

—Hace un año que no llamamos al doctor. ¿Cómo te encuentras de regreso en París?

—Resulta curioso ver a tan pocos americanos.

—Resulta magnífico —dijo Marion con vehemencia—. Por lo menos ahora se puede entrar a una tienda sin que supongan que uno es millonario. Hemos sufrido como todos, pero en general es bastante más agradable.

—Sin embargo fue bueno mientras duró —observó Charlie—. Eramos una especie de realeza, casi infalibles, rodeados de una suerte de magia. Esta tarde en el bar —vaciló al darse cuenta de su error— no había una sola persona conocida.

Ella le dirigió una mirada penetrante.

—Pensaba que ya habrías tenido bastante de bares.

—Estuve sólo un minuto. Me tomo un trago todas las tardes, y nada más.

—¿No quieres un aperitivo antes de comer? — preguntó Lincoln.

—Me tomo un solo trago todas las tardes, y hoy ya lo tomé.

—Espero que lo mantengas —dijo Marion.

La frialdad de sus palabras acusaba aversión, Charlie se limitó a sonreír; tenía planes más ambiciosos. La misma agresividad de Marion le dio cierta ventaja y bien sabía él esperar. Quería que [126] fuesen ellos quienes iniciaran la discusión de lo que sabían era la razón de su viaje.

Durante la comida no logró determinar si Honoria se parecía más a él o a su madre. Ojalá no combinara aquellos rasgos de ambos que los habían llevado al desastre. Lo invadió un fuerte sentimiento de protección. Pensaba que sabría qué hacer por ella. Creía en el carácter; quería retroceder una generación entera y volver a confiar en el carácter como único elemento eternamente valioso. Todo lo demás se consumía.

Partió luego después de la comida, pero no para irse a dormir. Tenía curiosidad por ver a París de noche con ojos más claros y juiciosos que los de otros días. Compró un *strapontin* para el Casino y vio a Josefina Baker hacer sus arabescos de chocolate.

Una hora más tarde salió y caminó hacia Montmartre, por la Rue Pigalle hasta la Place Blanche. La lluvia había cesado, y unas cuantas personas vestidas de noche bajaban de los taxis frente a los cabarets, y había *cocottes* rondando solas o en parejas, y muchos negros. Pasó una puerta iluminada de la que salía música y se detuvo con una sensación de familiaridad; era el Bricktop, donde había derrochado tantas horas y tanto dinero. Pocas puertas más allá encontró otro viejo *rendez-vous* y descuidadamente introdujo la cabeza. En ese momento una entusiasta orquesta estalló en notas, un par de bailarines profesionales se puso de pie de un salto y un *maitre d'hôtel* se abalanzó hacia él gritando: “¡Ya está llegando la gente, señor!” Pero se retiró de inmediato.

“Debes de estar muy borracho”, pensó.

El Zelli estaba cerrado y los desolados y siniestros hoteluchos que lo rodeaban permanecían oscuros; en la Rue Blanche había más iluminación y una multitud compuesta de franceses del barrio y de fuera. La Cueva de los Poetas había desaparecido, pero las dos grandes bocas del Café del Cielo y el Café del Infierno aún se abrían, y hasta devoraron, mientras él miraba, el magro contenido de un bus [127] de turismo: un alemán, un japonés y una pareja americana que lo miró con ojos asustados.

Eso en cuanto al esfuerzo y la ingeniosidad de Montmartre. En una escala completamente infantil se complacían los vicios y se dilapidaba, y de pronto comprendió el significado de la palabra “disipar”: disiparse en aire claro; convertir algo en nada. En las horas tempranas de la noche cada movimiento de un lugar a otro significaba un enorme

salto humano, un aumento de pago por el privilegio de un movimiento más y más lento.

Recordó billetes de mil francos dados a una orquesta por tocar un solo número, billetes de cien francos lanzados a un portero por llamar un taxi.

Pero no era por nada.

Hasta la suma más salvajemente despilfarrada se había dado como una ofrenda al destino de no recordar las cosas que más merecían recordarse, las cosas que ahora recordaría siempre: la hija cuyo control le habían quitado, su mujer sepultada en una tumba de Vermont.

Frente a la vitrina de una *brasserie* le habló una mujer. Le compró huevos y café, y luego, eludiendo su mirada estimulante, le pasó un billete de veinte francos y tomó un taxi para irse al hotel.

II

Despertó y era un espléndido día de otoño: claro y fresco. La depresión de ayer se había disipado y le gustó la gente por las calles. A mediodía se sentó frente a Honoria en Le Grand Vatel, el único restaurante que no le recordaba las comidas con champaña y los largos almuerzos que comenzaban a las dos y terminaban en un crepúsculo vago y borroso.

—¿Qué tal unas verduras ahora? ¿No debes comer verduras?

—Sí, claro.

—Aquí tienes *épinards y chou-fleur* y zanahorias y *haricots*.

—Me gustaría *chou-fleur*. [128]

—¿No querías dos tipos de verduras?

—Generalmente me dan sólo de una al almuerzo.

El mozo quería aparentar una simpatía desmedida hacia los niños.

—*Qu'elle est mignonne la petite! Elle parle exactement comme une française.*

—Y de postre, ¿qué te gustaría? ¿Esperamos, mejor?

El mozo desapareció. Honoria miró con expectación a su padre.

—¿Qué vas a hacer?

—Primero iremos a esa juguetería de la Rue Saint-Honoré y te compraré lo que quieras. Y luego vamos a ir a las variedades del Empire.

Ella vaciló.

—Me gusta lo de las variedades, pero no lo de la juguetería.

—¿Por qué no?

—Bueno, me trajiste esta muñeca. —La llevaba con ella—. Y tengo un montón de cosas. Y ya no somos ricos, ¿verdad?

—Nunca lo fuimos. Pero hoy día tendrás lo que quieras.

—Bueno —accedió ella con resignación.

Cuando estaban la madre y una niñera francesa él había sido más bien estricto; ahora procuraba alcanzar una nueva tolerancia; debía ser para ella padre y madre y no cerrarle ningún acceso a la comunicación.

—Quiero llegar a conocerla —dijo seriamente—. Primero, déjeme presentarme. Me llamo Charles J. Wales, soy de Praga.

—¡Ya, papito! —Su voz se entrecortaba por la risa.

—¿Y quién es usted, por favor? —insistió, y ella aceptó de inmediato su papel:

—Honoraria Wales, Rue Palatine, París.

—¿Casada o soltera?

—No. No casada. Soltera.

El señaló la muñeca. [129]

—Pero veo que tiene una niñita, *madame*.

No dispuesta a negarla, la acercó a su corazón y pensó rápidamente:

—Sí, estuve casada. Pero no estoy casada ahora. Mi marido murió.

El continuó rápidamente:

—¿Y cómo se llama la niña?

—Simone. Por mi mejor amiga del colegio.

—Me alegro mucho de que le vaya tan bien en el colegio.

—Tengo el tercer lugar este mes —se jacto—. Elsie —era su prima— está como en el decimoctavo lugar y Richard es de los últimos.

—Quieres a Elsie y Richard, ¿no?

—Ah, sí. Quiero a Richard bastante, y a ella, bueno, también.

Cautelosa y casualmente, Charlie preguntó:

—Y de tía Marion y tío Lincoln, ¿a quién quieres más?

—Mm, me imagino que a tío Lincoln.

La presencia de la niña se le hacía más y más real. Cuando entraron los había seguido un rumor de... “adorable” y ahora los de la mesa vecina inclinaban hacia ella su silencio, mirándola como si se tratara de algo no más consciente que una flor.

—¿Por qué no vivo contigo? —preguntó ella de súbito—. ¿Porque mamá está muerta?

—Tenías que quedarte y aprender más francés. Habría sido difícil para papá cuidarte tan bien.

—En realidad ya no necesito mucho que me cuiden. Me hago todo yo misma.

Cuando salían del restaurante, una mujer y un hombre lo saludaron sorprendentemente.

—¡Mira tú, el viejo Wales!

—Qué tal, Lorraine... Dunc.

Repentinamente fantasmas que emergían del pasado: Duncan Schaeffer, compañero de estudios. Lorraine Quarrles, una hermosa y pálida rubia de treinta; uno de esos grupos que les habían ayudado a convertir los meses en días en la despilfarrada época de tres años antes. [130]

—Mi marido no pudo venir este año —expresó ella, respondiendo a su pregunta—. Estamos pobres como ratas, así que me dio doscientos al mes y me dijo que con eso me las arreglara como pudiera...; ¿tu hijita?

—Ven y siéntate con nosotros —le invitó Duncan.

—Imposible. —Se alegró de no aceptar. Sintió, como siempre, la atracción ardiente y provocativa de Lorraine, pero su propio ritmo era diferente ahora.

—Bueno, comamos juntos —dijo ella.

—No estoy libre. Dame tu dirección y yo te buscaré.

—Charlie, me imagino que estás en tus cabales —expresó ella ceremoniosamente—. De veras pienso que está en sus cabales, Dunc. Pellízcalo para ver si está en sus cabales.

Charlie señaló a Honoria con la cabeza. Ambos rieron.

—¿Dónde paras? —preguntó escépticamente Duncan.

Vaciló, renuente a dar el nombre de su hotel.

—No me he instalado todavía. Será mejor que yo los busque. Ahora vamos a las variedades del Empire.

—¡Ahí está! Eso es lo que quiero hacer —dijo Lorraine—. Quiero ver payasos y acróbatas y malabaristas. Eso es precisamente lo que deseo, Dunc.

—Tenemos que hacer una diligencia primero —observó Charlie—. A lo mejor nos vemos allá.

—Bueno ya, sujeto esnob... Adiós, niña linda.

—Adiós.

Honorio hizo un movimiento de cortesía.

No era un encuentro grato. Les gustaba porque estaba trabajando, porque estaba serio; querían verlo porque era más fuerte que ellos ahora, porque querían extraer de su fuerza algo para sostenerse.

En el Empire, Honorio orgullosamente rehusó sentarse sobre el abrigo doblado de su padre. Era una persona que ya tenía un código propio y Charlie se sentía cada vez más entregado al deseo de poner en ella algo de sí mismo, antes de que cristalizara totalmente. Era inútil tratar de conocerla en tan poco tiempo.

Durante el intermedio encontraron a Duncan y Lorraine en el salón donde tocaba la banda.

—¿Un trago?

—Bueno. Pero no en el bar. Tomemos una mesa.

—El perfecto papá.

Escuchando abstraído a Lorraine, Charlie observó los ojos de Honoria que se alejaban de su mesa y los siguió ávidamente por todo el salón, preguntándose qué veían. Sus miradas se cruzaron y ella sonrió.

—Me gustó esa limonada —dijo.

¿Qué había dicho? ¿Qué había esperado él? Más tarde, cuando regresaban a casa en un taxi, la atrajo hacia sí hasta que la cabecita quedó descansando sobre su pecho.

—Querida, ¿te acuerdas a veces de tu madre?

—Sí, a veces —contestó con vaguedad.

—No quiero que la olvides. ¿Tienes una fotografía de ella?

—Sí, creo que sí. En todo caso, tía Marion tiene. ¿Por qué no quieres que la olvide?

—Te quería mucho.

—Yo la quería también.

Guardaron silencio durante un momento.

—Papito, yo quiero vivir contigo —exclamó ella súbitamente.

El corazón de Charlie dio un salto. Así es como había deseado que surgiera.

—¿Que no eres totalmente feliz?

—Sí, pero te quiero más que a nadie. Y tú me quieres más que a nadie, ¿cierto?, ahora que mamá está muerta.

—Por supuesto que sí. Pero tú no me vas a preferir siempre, amorcito. Vas a crecer, vas a conocer a alguien de tu edad, te vas a casar con él y te vas olvidar de que alguna vez tuviste un papá. [132]

—Sí, eso es cierto —repuso ella tranquilamente.

No entró. Iba a regresar a las nueve y quería mantenerse fresco y nuevo para lo que entonces tendría que decir.

—Cuando estés dentro, segura, asómate por esa ventana.

—Bueno. Adiós, papito, papito, papito, papito.

Esperó en la calle oscura hasta que ella apareció, afectuosa y reluciente, arriba en la ventana, estampando sobre sus dedos un beso, que lanzó hacia la noche.

III

Estaban esperando. Marion se hallaba sentada tras el servicio de té con un sobrio vestido negro, que sugería levemente el luto. Lincoln se paseaba de un lado a otro con la animación de alguien que ha estado

hablando. Tenían tantas ansias como él de entrar en el asunto. El abrió el tema casi de inmediato:

—Supongo que saben de qué quiero hablarles..., cuál fue la verdadera razón de mi viaje a París.

Marion jugueteó con las estrellas negras del collar y frunció el ceño.

—Estoy terriblemente ansioso de tener un hogar —continuó—. Y estoy terriblemente ansioso de que Honoria esté en él. Les agradezco que se hayan hecho cargo de Honoria por su madre, pero ahora las cosas han cambiado —vaciló antes de agregar en tono más enérgico—, cambiado radicalmente en lo que a mí se refiere, y quiero pedirles que vuelvan a considerar el asunto. Sería tonto de mi parte negar que hace tres años me estaba portando mal —Marion lo miró con dureza—, pero todo eso ya pasó. Como les he dicho, durante un año no he bebido más de una copa al día, y esa copa la bebo deliberadamente, para que la imagen del alcohol no se agrande mucho en mi imaginación. ¿Comprenden la idea?

—No —replicó sucintamente Marion. [133]

—Una especie de ejercicio que yo mismo me impongo, para que las cosas sigan siendo como son.

—Ya entiendo —dijo Lincoln—. No quieres admitir que ejerza atracción sobre ti.

—Algo así. A veces me olvido y no la tomo. Pero trato de tomarla. De todos modos, en mi posición, no puedo darme el lujo de beber. La gente que represento está más que satisfecha con lo que he realizado, y pienso traer a mi hermana de Burlington para que maneje la casa y estoy loco por tener también a Honoria. Ustedes saben que aun cuando su madre y yo no nos llevábamos bien, jamás permitimos que nada de lo que pasara fuese a afectar a Honoria. Sé que ella me quiere y sé que soy capaz de cuidarla y..., bueno, eso es. ¿Qué les parece?

Sabía que ahora le tocaba aguantar una paliza. Duraría una hora o dos horas y sería difícil, pero si lograba transformar su inevitable resentimiento en la actitud pura del pecador reformado, podía terminar por salir adelante.

Mantente sereno, se dijo. No vienes a que te justifiquen. Vienes por Honoria.

Lincoln habló primero:

—Lo hemos venido conversando desde que recibimos tu carta el mes pasado. Estamos contentos de tener a Honoria aquí. Es una chiquita encantadora y nos sentimos felices de poder ayudarla, pero desde luego no es éste el asunto...

Marion interrumpió repentinamente:

—¿Cuánto tiempo vas a seguir sobrio, Charlie? —preguntó.

—Siempre, espero.

—¿Cómo se podría contar con eso?

—Tú sabes que nunca bebí demasiado, hasta que dejé el trabajo y me vine acá sin nada que hacer. Entonces Helen y yo empezamos a meternos con...

—Por favor, no mezcles a Helen. No puedo soportar que hables de ella así.

La miró torvamente; nunca había sabido muy [134] bien el grado de cariño que las hermanas se tuvieran en vida.

—Mis excesos sólo duraron alrededor de año y medio... Desde que llegamos hasta que... me derrumbé.

—Fue lo suficiente.

—Fue lo suficiente —asintió Charlie.

—Mi deber es totalmente hacia Helen —dijo ella—. Trato de imaginarme qué hubiera querido ella que hiciera. Para ser franca, desde la noche que hiciste esa terrible cosa no has existido realmente para mí. No lo puedo evitar. Era mi hermana.

—Sí.

—Cuando se estaba muriendo me pidió que cuidara a Honoria. Si en aquel momento no hubieras estado en un sanatorio, las cosas podían ser distintas.

No tenía respuesta.

—En mi vida lograré olvidar la mañana en que Helen golpeó a mi puerta, empapada hasta los huesos y tiritando, y dijo que la habías dejado afuera.

Charlie se asió a los brazos del sillón. Era más difícil de lo que había esperado; quiso lanzarse en una larga explicación y aclaración, pero sólo alcanzó a decir:

—La noche que la dejé afuera...

Porque ella lo interrumpió:

—No quiero que volvamos a eso.

Después de un momento de silencio, Lincoln intervino:

—Estamos apartándonos del tema. Tú quieres que Marion renuncie a su tutoría legal y te dé a Honoria. Creo que el punto principal para ella es si tiene confianza en ti o no.

—No se lo reprocho —dijo Charlie—. Pero creo que puede confiar en mí plenamente. Hasta hace tres años mi hoja de servicios era buena. Por supuesto que desviarse está dentro de las posibilidades humanas. Pero si esperamos mucho más, perderé la niñez de Honoria y es mi oportunidad de tener un [135] hogar —sacudió la cabeza—. Simplemente la perderé ¿no se dan cuenta?

—Sí, me doy cuenta —manifestó Lincoln.

—¿Por qué no pensaste en todo esto antes? —preguntó Marion.

—Supongo que de vez en cuando lo hice, pero Helen y yo nos estábamos llevando mal. Cuando consentí en la tutoría estaba tirado de espaldas en un sanatorio y la bolsa me había limpiado. Sabía que me había comportado mal y hubiese accedido a cualquier cosa que tran-

quilizara a Helen. Pero es distinto ahora. Estoy trabajando, me estoy portando condenadamente bien en cuanto a...

—Por favor, no maldigas —expresó Marion.

El la miró perplejo. La fuerza de su aversión hacia él se ponía más de manifiesto. Con todo su miedo a la vida, Marion había levantado un muro para ponerlo frente a él. Esta trivial reprobación era quizás el resultado de algún problema con el cocinero varias horas antes. Charlie sintió crecer su temor de dejar a Honoria en esta atmósfera de hostilidad contra él; tarde o temprano emergería en alguna frase por aquí, un movimiento de cabeza por allá, y parte de esa desconfianza se grabaría irrevocablemente en ella. Pero se sacudió el ánimo del rostro y se lo guardó bien; se había anotado un punto, porque Lincoln comprendió el absurdo de la advertencia de Marion y le preguntó suavemente que desde cuándo objetaba la palabra “condenado”.

—Otra cosa —dijo Charlie—: puedo darle ciertas ventajas ahora. Me voy a llevar a Praga una institutriz francesa. Tengo arrendado un nuevo departamento...

Se detuvo, comprendiendo que era una metida de pata. Resultaba absurdo suponer que pudieran aceptar con ecuanimidad el hecho de que sus ingresos doblaran otra vez los de ellos.

—Supongo que puedes darle más lujo que nosotros —observó Marion—. Cuando ustedes botaban el dinero, nosotros vivíamos cuidando cada centavo... Supongo que empezarás de nuevo. [136]

—Oh, no —dijo él—. He aprendido. Trabajé bastante durante diez años, sabes, hasta que tuve suerte en la bolsa, como mucha gente. Una suerte tremenda. No volverá a ocurrir.

Hubo un silencio largo. Los nervios de todos se hallaban tensos, y por primera vez en un año, Charlie sintió deseos de un trago. Tenía ahora la certeza de que Lincoln Peters deseaba que recuperara a su hija.

Marion se estremeció de súbito; una parte de ella veía que ahora los pies de Charlie estaban bien plantados en la tierra, y su propio sentimiento maternal reconocía la legitimidad de su deseo; pero había vivido durante mucho tiempo con un prejuicio, un prejuicio basado en una curiosa duda acerca de la felicidad de su hermana, y que, ante el golpe de una noche terrible, se había transformado en odio hacia él. Todo ocurrió en un momento de su vida en que el desaliento de la mala salud y las circunstancias adversas le hicieron necesario creer en la existencia de una villanía tangible y un villano tangible.

—¡No puedo evitar pensar así! —gritó de pronto—. Hasta qué grado fuiste responsable de la muerte de Helen, no lo sé. Es algo que tendrás que arreglar con tu propia conciencia.

Una corriente eléctrica de angustia lo atravesó; durante un momento estuvo a punto de levantarse, con el eco de un sonido no pronunciado en la garganta. Se retuvo un momento, otro momento.

—¡Espera! —exclamó Lincoln, incómodo—. Yo nunca he pensado que tú seas responsable de eso.

—Helen murió del corazón —dijo Charlie lánguidamente.

—Sí, del corazón. —Marion habló como si la frase tuviese para ella otro significado. Luego, durante el vacío que se produjo tras su estallido, lo vio nítidamente y supo que de alguna forma él había llegado a controlar la situación. Miró a su marido sin encontrar apoyo en él y, bruscamente, como si se tratara de un asunto de escasa importancia, tiró la esponja—. ¡Haz lo que quieras! —gritó, levantándose [137] de un salto—. Es tu hija. No soy yo la indicada para interponerme en tu camino. Creo que si fuera hija mía preferiría verla... —Logró controlarse—. Decídanlo ustedes dos. No resisto esto, estoy enferma. Me voy a acostar.

Salió apresuradamente de la sala; después de unos momentos, Lincoln dijo:

—Ha sido un día duro para ella. Tú sabes cómo es de apasionada para... —Su voz denotaba casi un deseo de disculparla—. Cuando a una mujer se le mete una idea en la cabeza...

—Por supuesto.

—Todo saldrá bien. Creo que ahora ve que tú... puedes encargarte de la niña, así que no podemos ser un obstáculo para ti, o para Honoria.

—Gracias, Lincoln.

—Mejor será que vaya a verla.

—Yo me voy.

Aún temblaba cuando salió a la calle, pero la caminata por la Rue Bonaparte hasta el *Quai* lo reanimó, y mientras cruzaba el Sena, fresco y renovado junto a los faroles del *Quai*, tuvo una exultante sensación de triunfo. Pero una vez en su cuarto no pudo dormir. Lo acosó la imagen de Helen. Helen, a quien había amado tanto hasta que insensatamente comenzaron a abusar del amor que se tenían, a hacerlo pedazos. Aquella terrible noche de febrero que Marion recordaba tan vividamente habían tenido una lenta discusión de horas. Hubo una escena en el Florida, y entonces él quiso llevarla a casa, y entonces ella besó al joven Webb en una mesa; después vino todo lo que ella dijo histéricamente. Cuando él llegó a casa le echó llave a la puerta, ardiendo de ira. ¿Cómo podía saber que ella iba a llegar sola una hora más tarde, que se iba a desatar una tormenta de nieve y que iba a vagar en chinelas, demasiado confundida para encontrar un taxi? Luego las consecuencias, su milagrosa recuperación de una pulmonía, y todo el horror del caso. Se “reconciliaron”, Pero era el principio del fin, y Marion, que la había visto con sus propios ojos y que la imaginaba una de [138] las muchas escenas del martirio de su hermana, jamás olvidó.

Recordar todo otra vez le acercó a Helen y, a la luz blanca y suave que se inmiscuye en la semivigilia cuando se aproxima la mañana, se encontró hablándole de nuevo. Decía que estaba perfectamente bien lo de Honoria y que quería que Honoria viviera con él. Decía que se alegraba de que se estuviera portando bien y de que le estuviera yendo mejor. Dijo muchas otras cosas —cosas muy cordiales—, pero estaba en un columpio, vestida de blanco, y se columpiaba cada vez más y más

rápido, de modo que al final no logró escuchar claramente todo lo que dijo.

IV

Al despertar se sentía feliz. La puerta del mundo estaba de nuevo abierta. Trazó planes, perspectivas, futuros para Honoria y él, pero de pronto entristeció, al recordar todos los planes que él y Helen habían hecho. Ella no había planeado morir. El presente era lo importante: trabajo que realizar y alguien a quien amar. Pero no amar demasiado, porque él sabía el daño que un padre puede infligir a una hija o una madre a un hijo cuando les dan un exceso de afecto: después, en el mundo, el niño quiere del cónyuge la misma ternura ciega, y como probablemente no logra hallarla, se vuelve contra el amor y la vida.

Era otro día luminoso y fresco. Llamó a Lincoln Peters al banco donde trabajaba para preguntarle si podía contar con llevarse a Honoria cuando partiera a Praga. Lincoln sostuvo también que no había razones para dilatarlo. Una cosa: la tutoría legal. Marion quería retenerla un tiempo más. Estaba alterada por todo el asunto y se facilitarían las cosas si sentía que la situación seguía bajo su control durante otro año. Charlie accedió; lo único que quería era la niña tangible y visible.

Luego el asunto de la institutriz. En una sombría agencia, Charles habló con una bearnesa de mal genio y con una campesina

bretona jovial, a ninguna de las cuales hubiera resistido. Había otras a las que vería mañana.

Almorzó con Lincoln Peters en el Griffons, tratando de reprimir su exultación.

—No hay nada como el hijo propio —dijo Lincoln—. Pero tú comprendes cómo se siente Marion.

—Ella se ha olvidado de lo duro que trabajé allá durante siete años —expresó Charlie—. Sólo recuerda una noche.

—Hay otra cosa —Lincoln vaciló—. Mientras tú y Helen daban vueltas locas por Europa botando el dinero, nosotros apenas nos arreglábamos. La prosperidad no me tocó, porque nunca logré surgir más allá de las ventajas de un seguro. Creo que a Marion le parecía que el asunto era algo injusto: ustedes sin siquiera trabajar al final, y haciéndose más y más ricos.

—Se fue tan rápido como vino —repuso Charlie.

—Sí, mucho se quedó con los *chasseurs* y los saxofonistas y los *maitres d'hôtel*... Bueno, la gran fiesta ya terminó. Sólo dije eso para explicar el sentimiento de Marion en cuanto a esos años locos. Si te dejas caer esta tarde alrededor de las seis, antes de que Marion esté muy cansada, arreglaremos los detalles inmediatamente.

De regreso en su hotel, Charlie encontró un *pneumatique* que habían redirigido desde el Bar Ritz, donde dejara su dirección con el propósito de encontrar a cierto hombre.

Querido Charlie:

Estabas tan raro cuando te vimos el otro día, que me pregunto si habré hecho algo que pudiera ofenderte. De ser así, ha ocurrido sin querer. En verdad he pensado demasiado en ti durante el último año, y siempre, rezagada en mi mente, ha estado la idea de verte si venía para acá. Nos divertimos de veras tanto algunas veces aquella primavera loca, como esa noche en que tú y yo nos robamos el triciclo de la carnicería, y la vez que tratamos de visitar al presidente y tú tenías el viejo tongo y el bastón de alambre. Todo el mundo parece tan viejo ahora, pero yo no me siento en absoluto vieja. ¿No podríamos vernos hoy a alguna hora, como homenaje a los tiempos idos? Tengo el cuerpo malo en este momento, pero en la tarde me sentiré mejor y te buscaré alrededor de las cinco en el Ritz.

Siempre tuya,

LORRAINE.

Su primera sensación fue de pesadumbre al recordar que, en realidad, en sus años maduros había robado un triciclo y pedaleado con Lorraine arriba por toda la Etoile entre la madrugada y el amanecer, En la perspectiva del tiempo, resultaba una pesadilla. Haber dejado a Helen afuera no encajaba con ningún otro acto de su vida, pero el incidente del triciclo sí: era uno de muchos. ¿Cuántas semanas o meses de disipación para llegar a esa condición de absoluta irresponsabilidad?

Trató de figurarse cómo encontraba entonces a Lorraine: muy atractiva; a Helen eso le disgustaba, pero nunca dijo nada. Ayer en el restaurante Lorraine le había parecido gastada, desvanecida, consumida. Por ningún motivo quería verla, y se alegraba de que Alix no hubiera revelado su hotel. Era en cambio un alivio pensar en Honoria, pensar en domingos con ella y en decirle buenos días y en saber que estaba ahí en su casa por la noche, respirando en la oscuridad.

A las cinco tomó un taxi y compró regalos para todos los Peters: una vistosa muñeca de trapo, una caja de soldados romanos, flores para Marion, grandes pañuelos de hilo para Lincoln.

Cuando llegó al departamento, vio que Marion había aceptado lo inevitable. Lo saludó ahora como si fuera un miembro recalcitrante de la familia y no un intruso amenazante. Le habían dicho a Honoria [141] que se iba; Charlie se alegró de ver que ella tenía el tacto suficiente para ocultar su excesiva felicidad. Sólo cuando estuvo sentada en sus piernas susurró su alegría con la pregunta “¿Cuándo?” antes de escurrirse con los demás niños.

El y Marion quedaron solos en la sala durante un minuto, y en un impulso, Charlie habló con audacia:

—Las peleas familiares son cosas amargas. No se ciñen a ninguna regla. No son como los dolores o las heridas; son más como tajos en la piel que no cicatrizan, porque falta sustancia. Quisiera que tú y yo nos lleváramos mejor.

—Hay cosas difíciles de olvidar —contestó ella—. Es asunto de confianza. —No hubo respuesta a esto y ella de inmediato agregó—: ¿Cuándo piensas llevártela?

—Apenas consiga una institutriz. Esperaba que pasado mañana.

—Es imposible. Tengo que ordenar y arreglar todas sus cosas. No antes del sábado.

El cedió. Lincoln volvió a la sala y le ofreció un trago.

—Tomaré mi whisky diario —dijo él.

Estaba cálido aquí, era un hogar, la gente reunida en torno al fuego. Los niños se sentían seguros e importantes; el padre y la madre eran serios, alertos. Tenían que hacer cosas para los niños que eran más importantes que su visita. Una cucharada de remedio, después de todo, importaba más que las tensas relaciones entre Marion y él. No siendo gente opaca, eran víctimas de la vida y las circunstancias. Se preguntó si le sería posible hacer algo para sacar a Lincoln de la rutina de su banco.

Un largo timbrazo; la *bonne à tout faire* pasó por el corredor. Se abrió la puerta tras otro timbrazo largo y en seguida se oyeron voces; los tres en la sala levantaron la vista expectantes; Richard se movió para poner el corredor al alcance de su vista y Marion se paró. Luego volvió la criada por el corredor, seguida de cerca por las voces, que bajo la luz [142] se transformaron en Duncan Schaeffer y Lorraine Quarrles.

Estaban alegres, estaban bulliciosos, estaban riendo a carcajadas. Durante un minuto, Charlie quedó estupefacto; incapaz de comprender cómo habían rastreado la dirección de los Peters.

—¡Ahhh! —Duncan agitó traviesamente el dedo apuntando a Charlie—. ¡Ahhh!

Ambos derramaron otra cascada de risas. Nervioso y desconcertado, Charlie les dio la mano rápidamente y los presentó a Lincoln y Marion. Marion saludó con la cabeza, casi sin hablar. Había retrocedido un paso hacia el fuego; su hijita estaba junto a ella y Marion rodeó su hombro con el brazo.

Cada vez más irritado por la intrusión, Charlie esperó que se explicaran. Después de concentrarse un rato, Duncan dijo:

—Vinimos a invitarte a comer. Lorraine y yo insistimos en que todo este misterioso y mojigato asunto sobre tu dirección tiene que terminar.

Charlie se acercó a ellos, como instándolos a retomar el camino del corredor.

—Lo siento, pero no puedo. Díganme dónde van a estar y les telefoneo en una media hora.

Esto no les causó ni la menor impresión. De pronto Lorraine se sentó en el costado de una silla, y fijando sus ojos en Richard gritó:

—¡Oh, qué niño más mono! ¡Ven aquí, chiquilín!

Richard miró a su madre, pero no se movió. Alzando los hombros perceptiblemente, Lorraine se volvió a Charlie:

—Ven a comer. Seguro que a tus primos no les parecerá mal. Te vemos tan a lo lejos.

—No puedo —replicó Charlie secamente—. Vayan ustedes a comer y yo los llamaré.

La voz de Lorraine tomó de repente un tono desagradable.

—Bueno —murmuró—, nos vamos. Pero recuerdo una vez que me martillaste la puerta a las cuatro [143] de la mañana. Fui lo suficientemente amable para ofrecerte un trago. Vamos, Dunc.

Aun en cámara lenta, con las caras confusas y enojadas, con los pies vacilantes, se retiraron por el corredor.

—Buenas noches —dijo Charlie.

—¡Buenas noches! —respondió enfáticamente Lorraine.

Cuando Charlie volvió a la sala, Marion no se había movido, pero su hijo estaba ahora en el radio de su otro brazo. Lincoln aún balanceaba a Honoria de allá para acá como un péndulo.

—¡Qué escándalo! —irrumpió Charlie—. ¡Un verdadero escándalo!

No le contestaron. Charlie se dejó caer en un sillón, tomó su copa, volvió a dejarla y dijo:

—Gentes que no he visto en dos años, que se atrevan descaradamente...

Se interrumpió. En un respiro veloz y furioso, Marion había hecho el sonido “¡Oh!”, le había dado la espalda en forma violenta y había salido de la sala.

Lincoln dejó suavemente a Honoria en el suelo.

—Los niños a comer la sopa —expresó; cuando hubieron obedecido, le manifestó a Charlie—: Marion no está bien y no resiste los choques. Ese tipo de gente de veras la enferma.

—Yo no les dije que vinieran. A alguien le habrán sacado tu nombre. Deliberadamente...

—Bueno, es una lástima. Eso no ayuda a las cosas. Excúsame un minuto.

Cuando quedó solo, Charlie permaneció tenso en el sillón. Oía a los niños comer en el cuarto vecino, hablando en monosílabos, sin acordarse ya de la escena entre sus mayores. Escuchó murmullos de conversación desde un cuarto más lejano y luego la campanilla del teléfono al descolgarse; consternado, se corrió al otro extremo de la sala, donde no alcanzaba a oír.

Lincoln regresó un momento después. [144]

—Mira, Charlie. Creo que es mejor que cancelemos la comida esta noche. Marion está mal.

—¿Enojada conmigo?

—En cierto modo —repuso casi con brusquedad—. No es fuerte y...

—¿Quieres decir que ha cambiado de opinión respecto a Honoria?

—Está muy resentida en este momento. No sé. Llámame al banco mañana.

—Quisiera que le explicaras que jamás se me pasó por la cabeza que esta gente pudiera venir acá. Estoy tan disgustado como ustedes.

—No podría explicarle nada ahora.

Charlie se levantó. Tomó su abrigo y su sombrero y partió por el corredor. Enseguida abrió la puerta del comedor y con una voz extraña dijo:

—Buenas noches, niños.

Honoria se levantó de la mesa y corrió a darle un abrazo.

—Buenas noches, amorcito —murmuró confusamente, y luego, tratando de que la voz le saliera más tierna, tratando de conciliar un poco—: Buenas noches, queridos niños.

V

Charlie se fue directamente al Bar Ritz con la furiosa idea de encontrar ahí a Lorraine y Duncan, pero no estaban y comprendió que de

todas maneras nada podía hacer. No había tocado su trago donde los Peters y pidió un whisky con soda. Paul se acercó a saludarlo.

—Todo ha cambiado mucho —expresó tristemente—. El negocio no es ni la mitad de lo que era antes. Muchos tipos que volvieron a Estados Unidos, me dicen, lo han perdido todo, si no en la primera quiebra, en la segunda. He oído que su amigo George Hardt perdió hasta el último centavo. ¿Usted volvió a los Estados Unidos?

—No, estoy trabajando en Praga. [145]

—Me dicen que usted perdió mucho en la quiebra.

—Es cierto. Pero todo lo que quería lo perdí en la era de la prosperidad.

—Especulando.

—Algo así.

De nuevo el recuerdo de aquellos días lo azotó como una pesadilla: la gente que habían conocido viajando; luego la gente que no podía hacer una suma, ni decir una frase coherente. El hombrecito con quien Helen había consentido en bailar en la fiesta de a bordo, que la insultó a tres metros de la mesa; las mujeres o muchachas que había que sacar gritando de los lugares públicos a causa del alcohol o de las drogas.

Los hombres que dejaban fuera a sus mujeres, en la nieve, porque la nieve del 29 no era nieve de verdad. Si uno no quería que fuese nieve, simplemente se pagaba algo de dinero.

Fue al teléfono y llamó al departamento de los Peters; contestó Lincoln.

—Llamé porque no puedo sacarme esto de la cabeza. ¿Ha dicho Marion algo concreto?

—Marion está enferma —dijo Lincoln brevemente—. Yo sé que no tienes totalmente la culpa de esta cosa, pero no puedo permitir que acabe con ella. Temo que lo tendremos que dejar de lado por seis meses; no puedo arriesgarme a hacerla caer nuevamente en un estado semejante.

—Comprendo.

—Lo siento, Charlie.

Volvió a su mesa. El vaso de whisky estaba vacío, pero Charlie hizo un gesto negativo cuando Alix le dio una mirada interrogante. No había ya mucho que hacer sino mandarle algunas cosas a Honoria; le enviaría una serie de cosas mañana. Pensó con cierta rabia que esto era sólo dinero: y a tanta gente te había dado dinero...

—No, no más —le dijo a otro mozo—. ¿Cuánto te debo?

Algún día volvería; no podían hacerlo pagar [146] eternamente. Pero quería a su niña, y fuera de ese hecho, nada le era de mucho valor. Ya no era joven para vivir con un montón de lindas ideas y de sueños. Tenía la certeza absoluta de que Helen no hubiera querido que estuviera tan solo.

[147]

Pat Hobby en Persona

Un corto patriótico

Pat Hobby, el escritor y el Hombre tuvo su mayor éxito en Hollywood durante lo que Irvin Cobb ha descrito como “la época de la piscina de mosaico: justo antes de la era en que exigían un hueso de San Sebastián como palanca”.

Sin duda que el señor Cobb exagera, pues la piscina que tuvo Pat en aquellos opulentos días del cine mudo era entera de cemento, a menos que se contaran las grietas por donde el agua porfiadamente buscaba su nivel a través del barro.

—Pero sí que era una piscina —se reconfortó a sí mismo una tarde, más de diez años después. Aunque ahora estaba muy agradecido por este pequeño trabajo que le habían asignado a través del productor Berners (doscientos cincuenta a la semana), el orgullo del puesto no podía quitarle aquel recuerdo.

Lo habían llamado al estudio para trabajar en un modesto corto. Se basaba en la carrera del general Fitzhugh Lee, que peleó por la Confederación y más tarde por los Estados Unidos contra España, de manera que no ofendía ni al Norte ni al Sur. Y durante una reciente reunión, Pat había tratado de colaborar.

—Estaba pensando —le sugirió a Jack Berners— que podría resultar bueno darle toque judío. [148]

—¿Cómo es eso? —preguntó rápidamente Jack Berners.

—Bueno, se me ocurrió que, tales como están las cosas y todo, sería más o menos positivo mostrar que también tuvo su parte una cuota de judíos.

—¿Parte en qué?

—En la Guerra Civil. —Repasó a la carrera sus pocos conocimientos de historia—. La tuvieron, ¿no?

—Naturalmente —dijo Berners con algo de impaciencia—. Supongo que todos tuvieron su parte, menos los cuáqueros.

—Bueno, la idea mía era que podíamos hacer que este Fitzhugh Lee se enamorara de una chica judía. Como lo van a matar durante el toque de queda, ella coge una campana de iglesia...

Jack Berners se inclinó hacia adelante con seriedad.

—Oye, Pat, tú quieres este trabajo, ¿no? Bien, ya te conté la historia. Tienes el primer guión. Si se te ocurrió esta tontería para agradarme, estás perdiendo garra.

¿Era ésa la manera de tratar a un hombre que había tenido una piscina a la que se refirió?

Fue por esto por lo que se hallaba pensando en su vieja y perdida piscina cuando entró al departamento de cortos. Estaba recordando en todos sus detalles cierto día de una década atrás: cómo había llegado al estudio en su coche conducido por un filipino uniformado; la reveren-

cia deferente del guardia en el portón por donde entraba el coche y cuanto hay: su ascenso a esa vieja y perdida oficina que tenía una pieza para la secretaria y que era lo que se llama una oficina de directo...

Su ensueño fue interrumpido por la voz de Ben Brown, jefe del departamento de cortos, que lo puso en su lugar.

—Me acaba de telefonar Jack Berners —dijo—. No queremos nuevos ángulos, Pat. Tenemos una buena historia. Fitzhugh Lee fue un arrojado comandante de caballería. Era sobrino de Robert E. Lee y queremos mostrarlo en Appomattox, bastante indig-[149]nado y todo eso. Y luego mostrar cómo se calmó (debemos tener cuidado, porque en Virginia hacen nata los Lee) y cómo finalmente acepta una comisión gubernamental del Presidente McKinley...

La mente de Pat se disparó nuevamente hacia el pasado. El Presidente: ésa era la palabra mágica que había circulado aquella lejana mañana. El Presidente de los Estados Unidos los iba a visitar. Todos estaban ansiosos por ese hecho que parecía marcar una nueva era en el cine, puesto que nunca antes un Presidente de los Estados Unidos había visitado un estudio. Los altos jefes de la compañía estaban vestidos de gala: desde una ventana de su vieja y perdida casa de Beverly Hills, Pat había visto al señor Maranda, que ocupaba la mansión vecina, caminar inquieto hacia la salida, vestido con un traje golondrina a las nueve, y se había dado cuenta de que algo ocurría. Pensó que tal vez se trataría de alguna personalidad religiosa, pero cuando llegó al recinto, descubrió que era el propio Presidente de los Estados Unidos quien iba a visitarlos...

—Limpia el asunto de España —decía Ben Brown—. El tipo que lo escribió era un rojo y puso a todos los oficiales españoles hormigas en los pantalones. Arregla eso.

En la oficina que le habían asignado, Pat examinó el guión de *Fiel a dos banderas*. La primera escena mostraba al general Fitzhugh Lee al mando de su caballería, y recibía la noticia de que Petersburgo había sido evacuado. En el guión, Lee recibía el golpe mímicamente, pero a Pat le pagaban doscientos cincuenta semanales, de modo que sin esfuerzos introdujo una de sus líneas favoritas:

LEE: (a sus oficiales)

Bueno, ¿para qué están ahí tonteando? ¡Hagan algo!

6. Toma media. Oficiales se animan, se dan palmadas en la espalda, etc.

Difumínese en: [150]

¿En qué? La mente de Pat se difuminó una vez más en escenas del glorioso pasado. Aquel feliz día en la década del 20 su teléfono había sonado cerca de las doce. Era el señor Maranda.

—Pat, el Presidente va a almorzar en el comedor privado. Doug Fairbanks no puede venir, así es que hay un hueco y, de todos modos, pensamos que debe haber un escritor.

Su recuerdo de aquel almuerzo palpitaba de encanto. El Gran Hombre había hecho algunas preguntas sobre cine y había contado un chiste y Pat se había reído y reído con los demás, hombres todos sólidos: ricos, felices y triunfantes.

Después el Presidente iría a los sets a presenciar algunas tomas, y más tarde, a la casa del señor Maranda para tomar té con algunas de las estrellas. A Pat no lo invitaron, pero se fue a casa temprano y desde su veranda vio llegar al cortejo. El señor Maranda venía junto al Presidente en el asiento de atrás. Ah, en aquella época se sentía orgulloso del cine, de su posición en él..., del Presidente, del feliz país donde había nacido...

Volviendo a la realidad, Pat miró el guión de *Fiel a dos banderas* y escribió lenta y pensativamente:

Insertar: Un calendario — con los años bien marcados y las hojas volando en el viento frío, para mostrar cómo va envejeciendo Fitzhugh Lee.

Sus esfuerzos le produjeron sed —no de agua—, pero no era tan tonto como para beber otra cosa durante su primer día de trabajo. Se levantó y salió al hall y por el pasillo fue hasta la hielera.

Mientras caminaba, cayó una vez más en sus ensueños.

Era una espléndida tarde californiana, de modo que el señor Maranda había llevado a su exaltado huésped y al corrillo de estrellas al jardín, contiguo a su propio jardín. Pat había salido por su puerta trasera siguiendo un bajo cerco de arbustos y man-[151]teniéndose oculto, y luego, accidentalmente, tropezó, de frente con la fiesta presidencial.

El Presidente sonrió y saludó con la cabeza.

—Conoció al señor Hobby durante el almuerzo —dijo el señor Maranda al Presidente—. Es uno de nuestros escritores.

—Claro, claro —dijo el Presidente—. Usted escribe las películas.

—Sí, sí —repuso Pat.

El Presidente dio una mirada a la propiedad de Pat.

—Supongo —expresó— que tendrá buenas inspiraciones sentado junto a esa espléndida piscina.

—Sí, sí —dijo Pat—, por cierto que sí.

... Pat llenó su vaso. Por el hall se acercaba un grupo: Jack Berners, Ben Brown y varios otros altos jefes, y una chica con la que todos parecían muy atentos y deferentes. Reconoció su rostro: era la muchacha del año, la muchacha de moda, del hechizo, del momento, la muchacha cuyo trabajo todos los estudios se disputaban violentamente.

Pat se demoró con su vaso de agua. Había visto a muchas falsedades entrar y volver a salir, pero esta chica era extraordinaria, era como para acelerar todos los pulsos del país. Sintió que su propio corazón latía más rápido. Finalmente, cuando la procesión estaba ya muy cerca, dejó el vaso, se arregló el cabello con la mano y dio un paso hacia el corredor.

La muchacha lo miró — él miró a la muchacha. Enseguida ella se tomó del brazo de Jack Berners y del de Ben Brown, y de pronto pareció que el grupo iba a pasar precisamente a través de él, por lo cual tuvo

que retroceder un paso, pegándose a la pared. Un instante después Jack Berners se dio vuelta y le dijo “Hola, Pat”. Y luego algunos de los otros le dieron miradas de soslayo, pero ninguno más habló. Tal era el interés que tenían en la muchacha.

En su oficina, Pat miró la escena en que el Presidente McKinley le ofrece una comisión nacional a [152] Fitzhugh Lee. De súbito apretó los dientes, cogió rápidamente el lápiz y escribió:

LEE:

Señor Presidente, tome usted su comisión y váyase derecho al infierno.

En seguida se echó de medio cuerpo sobre el escritorio y sus hombros temblaron ante el recuerdo de aquellos felices días en que tenía una piscina.

Dos glorias del pasado

Phil Macedon, otrora astro de los astros, y Pat Robby, guionista, chocaron en Sunset, cerca del Hotel Beverly Hills. Eran las cinco de la mañana y había licor en la atmósfera mientras discutían y el sargento Gaspar los llevaba a la estación de policía. Pat Hobby, un hombre de cuarenta y nueve, quería pelear porque Phil Macedon se negaba a admitir que eran viejos conocidos.

Accidentalmente le dio un empujón al sargento Gaspar, quien, irritado al máximo, lo encerró con llave en un pequeño calabozo mientras esperaban que llegase el capitán.

Cronológicamente, Phil Macedon se situaba entre Eugene O'Brien y Robert Taylor. Algo mayor de cincuenta, era todavía un hombre apuesto, y durante sus buenos días había ahorrado lo suficiente para comprarse una hacienda en el Valle de San Fernando; allí permanecía tan lleno de honores, tan alegre y con tantos propósitos en la vida como un buque de guerra.

A Pat Hobby la vida lo había tratado de manera muy distinta. Después de veintiún años en la industria —guiones y publicidad— vino a ocurrirle el accidente en un coche modelo 35 que últimamente había adquirido la Compañía Acme Loan. Y pensar que en 1928 había llegado a tener hasta una piscina particular. [153]

Miró indignado desde su encierro, aún resentido de que Macedon no reconociera que habían estado juntos antes.

—Supongo que no se acuerda de Colman —dijo sarcásticamente—, ni de Connie Talmadge, ni de Bill Corker, ni de Alia Dwan.

Macedon encendió un cigarrillo con ese aire del cine mudo que jamás ha sido superado, y ofreció uno al sargento Gaspar.

—¿No podría venir mañana? —preguntó—. Tengo que entrenar un caballo...

—Lo siento, señor Macedon —dijo el policía con sinceridad, ya que el actor era uno de sus viejos favoritos—. El capitán llegará de un momento a otro. Después, a usted no lo retendremos más.

—Se trata sólo de una formalidad —expresó Pat desde su celda.

—Claro, se trata sólo... —El sargento Gaspar miró a Pat—. Puede que no sea una formalidad para *usted*. ¿Ha oído hablar de la prueba de sobriedad?

Macedon tiró su cigarrillo por la puerta y encendió otro.

—¿No podría volver en un par de horas? —sugirió.

—No —repuso el sargento Gaspar lamentándose—. Y puesto que tengo que detenerlo, señor Macedon, quiero aprovechar la oportunidad y decirle lo que usted significó para mí. Fue esa película que usted hizo, *El empujón final*. Significó mucho para todos los que estuvieron en la guerra.

—Ah, sí —dijo Macedon sonriendo.

—Yo me empeñaba en contarle a mi mujer cómo era la guerra, con los cartuchos y las ametralladoras. Yo estuve siete meses, en el 26 de Nueva Inglaterra. Pero ella nunca comprendía. Me apuntaba con el dedo y decía “¡Pum! Te maté”; entonces yo me reía y no seguía tratando de hacerla entender.

—Eh, ¿puedo salir de aquí? —preguntó Pat.

—¡Usted, cálese! —exclamó con ferocidad Gaspar—. Seguro que usted ni participó en la guerra. [154]

—Estuve en el Departamento de Cine de la Guardia Nacional —dijo Pat—. Tengo mala vista.

—Escúchenlo —manifestó Gaspar con disgusto—. Eso es lo que dicen todos los flojos. Bueno, la guerra sí que fue algo. Y después que mi mujer vio esa película suya, ya nunca tuve que explicarle. Lo sabía. Su actitud cambió completamente; nunca volvió a apuntarme con el dedo y decir “¡Pum!” Jamás olvidaré esa escena en que usted está en un hoyo de bomba. Era tan real que me hizo sudar las manos.

—Gracias —dijo Macedon gentilmente. Encendió otro cigarrillo—. Lo que pasa es que yo también estuve en la guerra y sabía cómo era, cómo uno se sentía.

—Sí, señor —expresó Gaspar con reconocimiento—. Bueno, me alegro de haber podido contarle el favor que me hizo. Le explicó a mi mujer la guerra.

—¿De qué hablan? —preguntó Pat Hobby de pronto—. ¿De esa película de guerra que hizo Bill Corker en 1925?

—Otra vez —dijo Gaspar—. Claro: *El nacimiento de una nación*. Quédese tranquilo hasta que llegue el capitán.

—Phil Macedon me conocía bien en aquel tiempo —manifestó Pat con resentimiento—. Hasta lo vi trabajar en esa película una vez.

—Pero resulta que no me acuerdo, viejo —dijo cortésmente Macedon—. Qué le voy a hacer.

—Se acuerda del día en que Bill Corker tomó la secuencia del hoyo de bomba, ¿verdad? La primera filmación que usted hizo para esa película...

Hubo un momento de silencio.

—¿A qué hora llegará el capitán? —preguntó Macedon.

—En cualquier momento, señor Macedon.

—Bueno —prosiguió Pat—, yo me acuerdo porque yo estaba ahí cuando Corker hizo cavar el hoyo. A las nueve de la mañana llegó con una pandilla de húngaros para cavar el hoyo, y con cuatro cámaras. Lo llamó a usted desde un teléfono portátil y le dijo [155] que fuera al vestuario y se pusiera un traje de soldado. ¿Se acuerda ahora?

—No me lleno la cabeza de detalles, viejo.

—Usted llamó después para decir que no había ninguno que le quedara bien y Corker le dijo que se callara y se pusiera uno de todas maneras. Cuando llegó al lugar de filmación, estaba molesto como diablos porque el uniforme no le quedaba bien.

Macedon sonrió con encanto.

—Tiene una memoria notable. ¿Seguro que no se está equivocando de película, o de actor?

—¡Que si estoy seguro! —exclamó Pat ásperamente—. Como si lo estuviera viendo. Claro que no tenía usted mucho tiempo para quejarse acerca del uniforme, ya que eso no estaba en los planes de Corker. El siempre pensó que usted era el más tieso de los actores de Hollywood; que si había algo imposible, era sacarle una toma natural; y por lo tanto tenía un plan. Iba a filmar el corazón de la película alrededor del mediodía, antes de que usted pudiese siquiera darse cuenta de que

estaba actuando. Lo dio vuelta y, empujándolo de traste al hoyo, gritó “¡Cámara!”.

—¡Mentira! —dijo Phil Macedon—. *Yo mismo* bajé.

—¿Y entonces por qué empezó a dar gritos? — preguntó Pat—. Lo recuerdo como si hubiera sido ayer: “Eh, ¡qué es esto! ¿Una maldita farsa? ¡Sáquenme de aquí o no trabajo más!

“Y estuvo todo el tiempo tratando de salir de ese pozo, tan condenadamente rabioso, que ni podía ver. Cuando ya casi estaba arriba, resbalaba otra vez y quedaba tendido con el rostro actuando: hasta que finalmente comenzó a lanzar alaridos; y todo ese rato, Bill había tenido cuatro cámaras enfocándolo. Después de unos veinte minutos se rindió y se quedó ahí tendido, haciendo esfuerzos por incorporarse. Bill tomó más de treinta metros y luego mandó a dos utileros a sacarlo.”

El capitán de policía había llegado en la pa-[156]trulla. Permaneció en la puerta, contra los primeros grises del alba.

—¿Qué tiene ahí, sargento, un borracho?

El sargento Gaspar caminó hasta la celda, la abrió y le hizo a Pat una seña de que saliera. Pat pestañeó unos momentos; luego sus ojos cayeron sobre Phil Macedon, a quien comenzó a agitarle el dedo.

—Así que conozco el asunto —dijo—. Bill Corker cortó ese pedazo de película y lo tituló, y usted era un soldado a cuyo compañero recién habían matado. Quería salir y lanzarse contra los alemanes para vengarlo, pero las bombas reventaban por todas partes y el golpe del estallido lo tiraba de nuevo al hoyo.

—¿De qué se trata? —preguntó el capitán.

—Quiero probar que conozco a este fulano —replicó Pat—. Bill dijo que el mejor momento de la película era cuando Phil gritaba: “¡Ya me rompí la primera uña!”, así la tituló, “Diez hunos se irán al infierno a lustrarte los zapatos”.

—Aquí dice “choque con alcohol” —afirmó el capitán, mirando el borrador—. Llevemos a estos tipos al hospital para que les hagan la prueba.

—Espérese un momentito —expresó el actor, con su radiante sonrisa—, soy Phil Macedon.

El capitán era funcionario político y era muy joven. Recordaba el nombre y el rostro, pero no se impresionó demasiado, pues Hollywood estaba lleno de glorias del pasado.

Subieron todos a la patrulla frente a la puerta.

Después de la prueba retuvieron a Macedon en la comisaría hasta que algún amigo pagara la fianza. Pat Hobby fue dejado en libertad, pero su automóvil no partió, así que el sargento Gaspar le ofreció llevarlo a casa.

—¿Dónde vive? —le preguntó cuando partían.

—Esta noche no vivo en ninguna parte —repuso Pat—. Por eso andaba dando vueltas. Cuando despierte un amigo, le pediré un par de billetes para ir a un hotel. [157]

—Bueno —dijo el sargento Gaspar—, yo tengo un par de dólares de sobra.

Las grandes mansiones de Beverly Hills iban deslizándose una a una y Pat las iba saludando con la mano.

—En los buenos tiempos —comentó—, me podía dejar caer en alguna de esas casas a cualquier hora. Hasta los domingos en la mañana...

—¿Es cierto todo lo que contó en la comisaría? —preguntó Gaspar—. ¿Eso de cómo lo pusieron en el hoyo?

—Claro que es cierto —dijo Pat—. El tipo no tenía para qué farronear tanto. No es más que uno de los viejos, igual que yo.

Financiando a Finnegan

I

Finnegan y yo tenemos el mismo agente literario que nos vende nuestros escritos, pero a pesar de que a menudo había estado en la oficina del señor Cannon justo antes o justo después de algunas de las visitas de Finnegan, nunca me había encontrado con él.

Teníamos también el mismo editor, y con frecuencia cuando yo llegaba allí, Finnegan acababa de irse. Por la manera pensativa y anhelante en que se referían a él —“Ah, Finnegan”... “Ah, sí, vino Finnegan”—, calculaba que las visitas del distinguido escritor no eran muy tranquilas. Algunas afirmaciones hacían suponer que al irse algo se había llevado, manuscritos, pensaba yo, alguna de sus grandes y exitosas novelas. Se la había llevado para una revisión final, una última redacción; decían los rumores al respecto que las escribía diez veces para lograr ese flujo fácil, ese ingenio vivo que distinguía sus obras. Sólo gradualmente fui descubriendo que la mayor parte de las visitas de Finnegan tenían que ver con dinero.

—Lamento que se vaya —me decía el señor Cannon—. Finnegan vendrá mañana. —Luego, tras una pensativa pausa—: Probablemente estaré más o menos ocupado con él.

No sé qué tono de su voz me recordaba una conversación con cierto nervioso presidente de ban-[160]co cuando se anunció que

Dillinger merodeaba por la vecindad. Sus ojos miraban a la distancia y hablaba como consigo mismo.

—Por supuesto que es posible que nos traiga un manuscrito. Está trabajando en una novela, sabe. Y en un drama también. —Habla como si se refiriera a algunos incidentes interesantes y remotos del *cinquéceto*: pero sus ojos se mostraron más esperanzados cuando agregó—: O quizás un cuento.

—Es muy versátil, ¿no? —dije yo.

—Ah, sí. —El señor Cannon se animó—. Puede hacer cualquier cosa... Cualquier cosa cuando se lo propone. No ha habido nunca un talento semejante.

—No lo he leído mucho últimamente.

—Ah; pero está trabajando mucho. Algunas revistas tienen cuentos suyos y los guardan.

—¿Los guardan para qué?

—Bueno, para una mejor ocasión... Un alza de sus bonos. Les gusta saber que tienen algo de Finnegan.

En realidad su nombre significaba dinero. Su carrera había comenzado brillantemente; si no se mantenía siempre en aquel primer nivel de exaltación, al menos volvía a comenzar brillantemente cada ciertos años. Era la eterna promesa de las letras americanas; y en realidad resultaba sorprendente lo que podía hacer con las palabras; les daba brillo y fulgor, escribía frases, párrafos, capítulos que constituían

obras maestras del estilo. Sólo cuando conocí a un pobre diablo guionista de cine que había estado intentando convertir uno de sus libros en una historia lógica, me di cuenta de que tenía enemigos.

—Es hermoso cuando lo lees —dijo disgustado este hombre—, pero escríbelo para ponerlo en orden y es como pasar una semana en el manicomio.

De la oficina del señor Cannon fui a donde mis editores, en la Quinta Avenida; y también allí me informaron de inmediato que se esperaba a Finnegan al día siguiente. En realidad, había arrojado tan larga sombra ante sí, que el almuerzo en que pensaba discutir mi propia obra fue dedicado en gran parte [161] a Finnegan. De nuevo tuve la impresión de que mi huésped, el señor George Jagers, más que hablarme a mí se hablaba a sí mismo.

—Finnegan es un gran escritor —dijo.

—Sin duda.

—Y en realidad es también persona valiosa, sabe.

Como yo no había manifestado lo contrario, le pregunté si existían dudas al respecto.

—Oh, no —exclamó apresuradamente—. Sólo que ahora último ha tenido esta ráfaga tan grande de mala suerte.

Asentí con simpatía.

—Ya sé. Tirarse en una piscina semivacía fue una pifia seria.

—Oh, no estaba semivacía. Estaba llena de agua. Llena hasta los bordes. Debiera escuchar a Finnegan contar el asunto. Es para desternillarse de la risa. Parece que se hallaba en un estado más o menos ruinoso y sólo se tiraba desde el borde de la piscina, usted sabe —el señor Jaggars apuntó a la mesa con su tenedor y su cuchillo—, y entonces vio a unas niñas tirarse del trampolín de cuarenta metros. Dice que pensó en su juventud perdida y subió para hacer lo mismo; se tiró un hermoso salto de ángel, pero se quebró el hombro cuando aún estaba en el aire. —Me miró con cierta ansiedad—. ¿No ha oído hablar de casos así, de beisbolistas que se descoyuntan el brazo?

No se me ocurrió ningún paralelo ortopédico en ese momento.

—Y luego —continuó como en sueños— Finnegan tuvo que escribir en el techo.

—¿En el techo?

—Prácticamente. Porque no dejó de escribir; ese tipo tiene agallas, aunque usted no lo crea. Hizo que le construyeran un sistema que se suspendía del techo, y así, tendido de espaldas, escribió en el aire. Tuve que convenir en que se trataba de un acto de valor.

—¿No afectó su trabajo? —pregunté—. ¿No tuvieron que leer sus cuentos al revés, como en el chino?

—Durante un tiempo resultaron un tanto confusos —reconoció—. Pero ahora está bien. He recibido varias cartas suyas que hacen pensar de nuevo en el viejo Finnegan: lleno de vida y esperanzas y planes para el futuro.

La mirada lejana retornó a su rostro y yo llevé la discusión hacia asuntos más próximos a mi corazón. Sólo cuando volvimos a su oficina recurrió el tema, y me pongo rojo al escribir esto, porque involucra confesar algo que no suelo hacer: leer telegramas de otra persona. Ocurrió debido a que el señor Jagers fue interceptado en el hall, y cuando entré a su oficina y me senté, se hallaba desdoblado y abierto ante mi vista:

Con cincuenta podría al menos pagar mecanógrafa, cortarme pelo y comprar lápices vida se ha hecho imposible y sólo existo por sueño de buenas noticias desesperadamente.

FINNEGAN.

No podía creer a mis ojos: cincuenta dólares, mientras yo sabía que el precio de un cuento de Finnegan lindaba en los tres mil. George Jagers me encontró aún mirando aturdido el telegrama. Después de leerlo me miró con ojos agobiados.

—No veo cómo podría hacerlo a conciencia — dijo.

Me sobresalté y miré a mi alrededor para asegurarme de que estaba en la próspera oficina editora de Nueva York. De pronto comprendí: había malinterpretado el telegrama. Era un adelanto de cincuenta mil lo que pedía Finnegan, y una petición así habría hecho tambalearse a cualquier editor, se tratase del escritor que se tratase.

—Sólo la semana pasada —dijo desconsoladamente el señor Jagers— le mandé cien dólares. Pone a mi departamento en el debe todos los años, de [163] manera que ya no me atrevo a decírselo a mis socios.

Lo saco de mi propio bolsillo, renunciando a un traje y a un par de zapatos.

—¿Quiere decir que Finnegan está en la ruina?

—¡En la ruina! —Me miró riendo en silencio. En realidad no acabó de gustarme su manera de reír. Mi hermano sufría de... Pero eso es cuento aparte. Después de un momento se compuso—. ¿No dirá nada de esto, cierto? La verdad es que Finnegan ha estado de baja, ha tenido un golpe tras otro en los últimos años, pero ahora se está animando y estoy seguro de que recuperaremos hasta el último centavo de lo que hemos... —Trató de pensar qué palabra decir, pero se le escapó “dado”. Ahora era él quien se mostraba ansioso por cambiar de tema.

No quiero causar la impresión de que los asuntos de Finnegan me absorbieron una semana entera en Nueva York. Sin embargo, fue inevitable que pasando tanto tiempo en las oficinas de mi agente y mi editor, me salieran varios al encuentro. Por ejemplo, dos días después, usando el teléfono de la oficina del señor Cannon, me tocó escuchar casualmente una conversación entre él y George Jagers. Sólo en parte puedo tildarme de intruso, ya que apenas escuchaba un extremo de la conversación, y eso no es tan reprobable como haberla escuchado entera.

“Pero me dio la impresión de que estaba bien de salud... Algo dijo, sí, sobre su corazón hace unos meses, pero yo entendí que se había mejorado... Sí, y habló de una operación a la que quería someterse: creo que dijo que era cáncer... Bueno, me dieron ganas de decirle que yo también tenía mi pequeña operación bajo la manga y que ya me la ha-

brían hecho si hubiera podido pagarla... No, no lo dije. Parecía de tan buen ánimo que hubiera sido una vergüenza desalentarlo. Hoy día empieza un cuento; me leyó algo por teléfono. ..”

“... Sí, le di veinticinco porque no tenía un centavo en los bolsillos... Ah, sí, estoy seguro de que ahora andará bien. Suena a serio lo que dice.” [164]

Lo comprendí todo en ese momento. Los dos hombres habían entablado una conspiración secreta para animarse mutuamente en cuanto a Finnegan. Lo que habían invertido en él, en su futuro, sumaba tan enorme cantidad, que Finnegan les pertenecía. No podían tolerar una palabra en su contra, ni aunque viniera de ellos mismos.

II

Le dije al señor Cannon lo que pensaba.

—Si este Finnegan es un farsante, no pueden seguir dándole dinero indefinidamente. Si ya está liquidado, simplemente está liquidado y no hay nada que hacerle. Es absurdo que usted postergue una operación mientras él anda por ahí tirándose a piscinas semivacías.

—Estaba llena —replicó pacientemente el señor Cannon—, llena hasta los bordes.

—Bueno, llena o vacía, el tipo me parece una calamidad.

—Mire —dijo Cannon—, tengo una llamada de Hollywood en este momento. Mientras tanto, échele una mirada a esto. —Me tiró un manuscrito a las rodillas—. A lo mejor lo ayude a comprender. Lo entregó ayer.

Era un cuento. Lo comencé de malas ganas, pero antes de cinco minutos estaba completamente sumergido en él, totalmente encantado, totalmente convencido, y ansiando locamente poder escribir así. Cuando Cannon terminó su llamada tuvo que esperar que yo concluyera la lectura, y cuando concluí, había lágrimas en estos duros y viejos ojos profesionales. Cualquiera revista del país lo habría publicado en primer lugar en cualquier número.

Bueno, pero nadie había negado nunca que Finnegan supiera escribir.

III

Pasaron meses antes de que volviera a Nueva [165] York, y esta vez, en lo que se refiere a las oficinas de mi agente y mi editor, descendí sobre un mundo más quieto, más estable. Por fin hubo tiempo para hablar de mis escrupulosos si bien desalentados intentos literarios, para visitar al señor Cannon en el campo y para matar noches de verano con George Jagers en restaurantes al aire libre, donde la luz vertical de las estrellas de Nueva York cae como lentos rayos.

Finnegan podría haber estado en el Polo Norte, y casualmente allí estaba. Andaba con un buen grupo entre el que se contaban tres

antropólogas de Bryn Mawr¹ y todo parecía indicar que recogería allí bastante material. Se iban a quedar varios meses y el que la cosa me sonara un poco a una promisorio fiestecita familiar, probablemente se debía a mi disposición celosa y cínica.

—Estamos simplemente felices —dijo Cannon—. Es un envío de Dios para él. Estaba hastiado, y justo lo que necesitaba es... es...

—Hielo y nieve —le ayudé.

—Sí, hielo y nieve. Lo último que dijo es característico de él. Todo lo que escriba será blanco puro, tendrá a su alrededor un brillo encefalizador.

—Me imagino que sí. Pero dígame, ¿quién lo financia? La última vez que estuve aquí el hombre estaba en la inopia.

—Oh, se portó muy bien en cuanto a eso. Me debía algún dinero y creo que le debía algo a George Jagers también. —"Y creo", viejo hipócrita. Sabía perfectamente—. Así que antes de partir nos dejó la mayor parte de su seguro de vida. Eso, por si no regresara; esos viajes son peligrosos, desde luego.

—Me imagino —dije—; en especial con tres antropólogas.

—De manera que Jagers y yo estamos totalmente resguardados si algo ocurre. Eso es todo.

—¿Fue la compañía de seguros la que le financió el viaje?

¹ Famoso college de mujeres. (N. del T.)

Se molestó perceptiblemente. [166]

—Oh, no. En realidad cuando ellos conocieron la razón de las asignaciones se sintieron un tanto alterados. George Jagers y yo pensamos que habiendo un plan determinado, con un libro determinado al final, se justificaba que lo respaldáramos un poco más.

—No lo entiendo —dije a secas.

—¿No? —La vieja expresión desolada volvió a sus ojos—. Bueno, reconozco que tuvimos vacilaciones. En principio, sé que está mal. Yo solía adelantarles a los autores pequeñas cantidades de vez en cuando, pero últimamente he adoptado y mantenido la política contraria. Sólo una vez en los dos últimos años he faltado a ella, y fue por una mujer que lo estaba pasando mal: Margaret Trahill, ¿la conoce? Una antigua novia de Finnegan, casualmente.

—Acuérdese de que no conozco ni siquiera a Finnegan.

—De veras. Pero debiera conocerlo cuando regrese, si es que regresa. Le gustaría; es sumamente encantador.

De nuevo me fui de Nueva York hacia mis propios Polos Nortes imaginarios, mientras el año atravesaba rodando el verano y el otoño. Cuando en el aire apareció el primer brote de noviembre, pensé en la expedición Finnegan con una especie de estremecimiento y cierta envidia del hombre que había partido. Probablemente se estaba ganando cualquier botín, literario o antropológico, que se trajera a su regreso. Luego, antes de que transcurrieran tres días desde mi vuelta de Nueva York, leí en el diario que él y otros miembros de su expedición

se habían perdido en una tormenta de nieve cuando se les acabaron las provisiones y que el Ártico había reclamado otro sacrificio del intrépido hombre.

Lo lamenté por él, pero con el suficiente sentido práctico para alegrarme de que Cannon y Jagers estuvieran bien protegidos. Por cierto que con Finnegan apenas frío —si no resulta demasiado horripilante la comparación— no iban a hablar del asunto, pero yo deduje que las compañías de seguros habían desistido del *habeas corpus*, o como se llame en su jerga, tal como si se hubiese caído de un barco al Atlántico, por lo cual parecía bastante seguro que ellos recibirían el dinero.

Su hijo, un joven bien parecido, entró en la oficina de George Jagers mientras yo me encontraba ahí y por él pude tener un atisbo del encanto de Finnegan: una franqueza tímida y la impresión de que en su interior se llevaba a cabo una lucha muy tranquila y valiente, de la cual no se resolvía a hablar, pero que se manifestaba como relámpagos en su obra.

—El muchacho también escribe bien —dijo George cuando aquél se hubo ido—. Ha entregado algunos poemas notables. No está preparado para calzar los zapatos de su padre, pero es concretamente una promesa.

—¿Puedo ver alguna de sus cosas?

—Por supuesto. Aquí hay una que dejó recién.

George sacó un papel de su escritorio, lo abrió y se aclaró la garganta. Luego se le fueron los ojos y se inclinó un poco desde la silla.

—*Querido señor Jagers* —comenzó—: *no quise pedirle esto personalmente*. —Jagers se detuvo, mientras sus ojos siguieron leyendo de prisa.

—¿Cuánto quiere? —le pregunté.

Suspiró.

—Me había dado la impresión de que se trataba de una parte de su trabajo —dijo con voz dolorida.

—Pero si de eso se trata —lo consolé—. Por supuesto que aún no está preparado para calzar los zapatos de su padre.

Más tarde lamenté haber dicho esto, ya que después de todo Finnegan había pagado sus deudas y era bueno estar vivo ahora que volvían los buenos tiempos y los libros no se consideraban ya lujos innecesarios. Muchos escritores conocidos míos que habían vivido a tres cuartos y un repique durante la depresión, realizaban ahora sus postergados viajes, o terminaban de pagar hipotecas, o producían esas obras mejor acabadas que sólo pueden hacerse cuando se tiene cierta holganza y cierta seguridad. Me acababan de dar mil dólares como anticipo por una aventura en Hollywood y estaba pronto a volar con el mismo entusiasmo de aquellos viejos días de las vacas gordas. Cuando entré a despedirme de Cannon y a cobrar el dinero, me alegré de ver que también él estaba aprovechando: quería que lo acompañara a ver una lancha a motor que se iba a comprar.

Pero surgieron asuntos de último minuto que lo iban a retardar y me puse impaciente y decidí hacerle el quite. Como no obtuve respuesta al golpear la puerta de su santuario, opté por abrirla.

La oficina interior parecía en estado de confusión. El señor Cannon atendía varios teléfonos a la vez y dictaba algo acerca de una compañía de seguros a una mecanógrafa. Una secretaria se metía apresuradamente dentro de su sombrero y su abrigo, como alistándose para una diligencia, mientras otra contaba los billetes de su cartera sobre una mesa.

—Será sólo un minuto —dijo Cannon—; se trata sólo de un pequeño alboroto de oficina... Nunca nos vio antes así.

—¿Es por el seguro de Finnegan? —No pude evitar la pregunta—. ¿No sirve?

—Su seguro... Oh, perfectamente, perfectamente. Esto es sólo cosa de juntar unos cuantos cientos así de prisa. Los bancos están cerrados y todos estamos contribuyendo.

—Yo tengo el dinero que me acaba de dar —le dije—. No lo necesito todo para llegar a la costa. — Saqué dos de a cien—. ¿Alcanza con esto?

—Magnífico. Justo lo que necesitamos. No se preocupe más, señorita Carlsen. Señora Mapes, ya no necesita ir.

—Creo que las emprendo —expresé. —Espéreme dos minutos —me urgió—. Sólo tengo que encargarme de este cable. Es una noticia verdaderamente espléndida. Estimulante.

Era un cablegrama de Oslo, Noruega, y antes de comenzar a leer tuve una premonición. [169]

Milagrosamente a salvo aquí, pero detenido por autoridades por favor cablegráfíe dinero pasajes cuatro personas y doscientos extra llevo de vuelta muchos saludos de los muertos.

FINNEGAN.

—Sí, espléndida —asentí—. Ahora tendrá una historia que contar.

—¿Verdad que sí? —dijo Cannon—. Señorita Carlsen, ¿quiere cablegrafiar a los padres de esas muchachas?... Y sería bueno que informara al señor Jagers.

Mientras caminábamos por la calle unos minutos después, noté que el señor Cannon, como aturdido por el prodigio de esta noticia, había caído en un profundo estado de meditación, del cual no hice nada por sacarlo, ya que después de todo yo no conocía a Finnegan y no podía compartir de corazón su alegría. Su ánimo de silencio continuó hasta que llegamos a la puerta de la exhibición de lanchas a motor. Justo bajo el letrero se detuvo y levantó la vista como si acabara de darse cuenta de que íbamos allí.

—¡Diablos! —exclamó dando un paso atrás—. No tiene sentido entrar aquí ahora. Pensaba que íbamos a tomar un trago.

Lo hicimos. El señor Cannon seguía un tanto vago, un poco bajo el hechizo de la gran sorpresa. Se escudriñó tanto en busca del dinero para pagar su vuelta, que insistí en que me tocaba a mí.

Creo que debe de haber estado aturdido todo el tiempo, pues, aunque es hombre de la más puntillosa precisión, los doscientos que le pasé en su oficina jamás han aparecido en los balances que me envía. Pero me imagino que algún día seguramente los recuperaré, porque algún día Finnegan golpeará de nuevo y sé que la gente se peleará por leer lo que escriba. Últimamente me ha dado por investigar algunas de las historias acerca de él y he descubierto [170] que casi todas son tan falsas como la piscina medio vacía. Esa piscina estaba llena hasta los bordes.

Hasta el momento ha aparecido un solo cuento sobre la expedición polar, un cuento de amor. Tal vez no era el gran tema que Finnegan esperaba. Pero el cine se interesaba por él; siempre que puedan darle una buena y larga mirada primero, y tengo buenas razones para pensar que saldrá bien. Mejor sería.

[171]

Scott Fitzgerald¹ la autoridad del fracaso, por William Troy

Por supuesto, en ningún sentido absoluto fue Scott Fitzgerald en lo más mínimo un fracaso; dejó una novela corta, pasajes de varias otras y un puñado de relatos breves con tanta probabilidad de sobrevivir como cualquiera producción de ese género en este país durante el mismo período. El que tan a menudo se le baya tildado de tal ha sido en gran parte su propia culpa. Ciertamente es que fue víctima, entre numerosas otras influencias en la vida norteamericana, de esa alta tensión paralizante que empuja al escritor estadounidense concienzudo a extinguirse prematuramente como artista o como hombre. Cuando apareció *The Crack-Up* (“El derrumbe”) —selección de cartas, apuntes y trozos fugaces de Fitzgerald hecha por Edmund Wilson—, fue notorio que todos los elementos más vacíos y venales del periodismo neoyorquino se concertaron para hacer benévolo alarde de su cadáver literario con la misma cantilena de la producción insuficiente. En realidad, estos reproches traicionaron más su propia incapacidad de apreciar lo bueno y perdurable en la obra literaria de Fitzgerald, que las limitaciones de éste como artista. Si Fitzgerald hubiese entregado tanto como X, Y o Z, habría sido otra clase de escritor; indudablemente, más admirable desde el punto de vista de la norma seudomoral norteamericana de producción a cualquier precio, pero posiblemente

¹ Scott Fitzgerald (1896–1940), burgués católico de St. Paul, Minnesota. (N. del T.)

menos digno de comentarse cinco años después de su muerte. Y cabría decir que nunca estuvo Fitzgerald tan próximo al verdadero fracaso como en aquellas ocasiones en que prestó oído demasiado complaciente a esos mismos reproches.

Pero Fitzgerald cargó con la mayor responsabilidad al respecto, atreviéndose a hacer del fracaso el tema constante en todas sus obras, desde la primera hasta la última. (Análogamente, más de un crítico acusó a Virginia Woolf de ser una escritora estéril, por haber hecho ella de la esterilidad su tema principal.) Acaso esté apenas esbozado en *This side of Paradise* (“A este lado del Paraíso”), pues el descubrimiento de su héroe, Amory Blaine, de que el mundo no es del todo el caparazón que le corresponde, difícilmente puede considerarse motivo de alta tragedia. Este libro es hoy interesante por documentar el comienzo de la década del 20; no puede prescindir de él nadie que desee saber cómo era ser joven, privilegiado y ególatra en aquella peculiarísima época¹. Mas también es posible leerlo como prolegómeno a la especie de narcisismo atormentado que había de afligir a su autor hasta el fin de sus días. (Véase, en la colección Wilson, el artículo llamado *Early Success*, “Éxito inicial”). *The Beautiful and Damned* (“Los hermosos y condenados”) es una pieza de museo más movida y pretenciosa y, de sus libros largos, el que revela una concepción más turbia. Es un estudio no tanto del fracaso como de la *atmósfera* del fracaso; es decir, de un mundo en que no pueden adoptarse decisiones morales, por faltar los valores necesarios para medirlas. Es a duras penas un mundo adecuado a los propósitos del novelista, donde flotan

¹ Se lo ha llamado “intérprete de la época del Jazz y el gin”. (N. del T.)

los personajes como en una zona marítima cómodamente infiltrada con los suaves colores de la autoconmiseración y la ironía romántica. No antes de *The Great Gatsby* (“El gran Gatsby”) acertó Fitzgerald con algo similar al “correspondiente objetivo” del señor Eliot, para el sentimiento compuesto de insuficiencia personal y desilusión del mundo, a partir del cual había tratado en vano de escribir una novela.

He aquí un notable ejemplo de cómo la adopción de una forma o técnica especial puede modificar profundamente la actitud toda de un escritor frente a su mundo y precisarla. En los primeros libros, el autor y el protagonista tendían a fundirse en uno solo, porque no había principio interno de diferenciación que pudiera separarlos; respiraban el mismo ambiente afectivo y moral, los embadurnaba la misma brocha. Pero en *Gatsby* se logra una disociación mediante la cual pudo Fitzgerald aislar una parte de sí mismo —la contemplativa o estética, y también la más inteligente y responsable, en la persona del narrador común, aunque muy sagaz— de otra parte suya —el romántico adolescente soñador de St. Paul y Princeton, en la persona del legendario Jay Gatsby—. Esto es lo que hace del segundo una de las pocas creaciones genuinamente mitológicas en nuestra literatura reciente, pues ¿qué es mitología sino este mismo proceso de cumplimiento del deseo concebido, proyectado en mayor escala y con la plena conciencia de una raza? Por cierto que antes de haber terminado con él, *Gatsby* se convierte en mucho más que la simple expulsión por exorcismo de cualesquiera elementos falsos de la fantasía norteamericana que Fitzgerald sintiese en su interior; pasa a ser un símbolo de la propia América, dedicada al “culto de una belleza difundida, vulgar y falaz”.

No fue empero la mitología, sino un recurso técnico que James y Conrad desarrollaran antes que él en grado sumo, lo que posibilitó a Fitzgerald dicha disociación. El mecanismo del observador inteligente pero compasivo situado en el centro del relato, como jamás deja de demostrar James en los Prefacios, suministra algunos de los valores novelísticos más destacados: economía, suspenso, intensidad. Valores que posee *The Great Gatsby* en medida poco frecuente. Mas el mismo recurso le impone el novelista la necesidad de seguir alguna forma de aumento de percepción moral en el observador o narrador, lo que de hecho pasa a constituir *su* historia. Por ejemplo, en el caso presente, mientras concierne a Gatsby, es el libro la historia de un fra-[173]caso: la persistente incapacidad del joven para discernir entre fantasía y realidad, entre lo que la vida exige y lo que ofrece; pero en cuanto concierne a la historia del narrador, es la exitosa transposición de un determinado conjunto de experiencias amargas y lacerantes localizadas en la siniestra atmósfera distorsionada, con colores del Greco, de Long Island, a un mundo que ha recuperado la salud y la calma, simbolizado por las vigorizantes noches invernales de las praderas del Medio Oeste. “La conducta puede fundarse en la sólida roca o en los pantanos acuosos —escribe él—, pero a partir de cierto punto no me importa en qué se funde. Cuando regresé del Este, el otoño pasado, me pareció querer que el mundo fuese para siempre uniforme y estuviera en una especie de alerta moral; no quería volver a tener más incursiones turbulentos y privilegiadas al interior del corazón humano”¹. Debido a su forzada perspectiva, el libro asume el molde y la significación de un

¹ La frase “volver a tener más” no aparece en “The Great Gatsby”, de Arthur Mizener.

romance del Santo Graal, o del ritual de iniciación en que se basa. Puede que ésta parezca una sugerencia fuera de lugar acerca de una obra tan moderna en todo respecto, y es improbable que Fitzgerald tuviera presente semejante modelo. Mas, como *Billy Budd*², *The Red Badge of Courage* (“El rojo escudo del valor”)³, o *A Lost Lady* (“Una dama perdida”)⁴ —para no mencionar sino unos pocos relatos norteamericanos de longitud similar con los cuales se puede compararlo—, es la historia del arduo paso de la juventud frustrada a la madurez.

Nunca había de repetir Fitzgerald tal logro. *Tender is the Night* (“Tierna es la noche”) promete mucho en cuanto a alcance, pero pronto recae en las viejas ambigüedades. El amor y el dinero, la fama y la juventud, la juventud y el dinero; antítesis que, en cualquier forma que uno las baraje, tienden a refundirse, como los azules cielo y mar mediterráneos del trasfondo inicial. Con un simple cambio de pronombre, puede aplicársele a Dick Diver el análisis que hace Flaubert de Ema Bovary: “*Ella confundía, en su deseo, las voluptuosidades del lujo con las alegrías del corazón, la elegancia de las costumbres con las delicadezas del sentimiento*”⁵. Y es este bovarismo por parte del héroe

² De Hermán Melville (1819–1891), autor neoyorquino cuya obra mas conocida es “Moby Dick”. (N. del T.)

³ De Stephen Grane (1871–1900), escritor naturalista. (N. del T.)

⁴ De Willa Cather (1876–1947), oriunda de Virginia, que expresa en esta obra su decepción por el paso del heroísmo de los pioneros al materialismo de la era industrial. (N. del T.)

⁵ En francés en el original. (N. del T.)

—quien en su calidad de siquiatra debiera saber más de sí mismo— lo que hace dudar de su carácter y, por ende, priva de toda realidad a su decadencia meticulosamente graduada. Además, hay un tratamiento ambiguo del problema de la culpabilidad. Nunca estamos seguros de si el predicamento de Diver deriva de su propio juicio débil o de la conducta de su neurótica esposa. Al final, nos hallamos extrañamente indiferentes a su caída, porque ha sido menos una tragedia de la voluntad que de las circunstancias.

De *The Last Tycoon* (“El último Shogun”) sólo tenemos las ciento treinta y tres páginas sin revisar, sustentadas por una colección suelta de notas y sinopsis. En descuidada confesión, Fitz-[174]gerald describe el libro como una “escapada a un pródigo pasado romántico que tal vez no vuelva a presentarse en nuestra época”. Su protagonista, sugerido por un conocidísimo prodigio hollywoodense de hace pocos años, es otro de esos pobres muchachos traicionados por “una exaltada sensibilidad a las promesas de la vida”. Cuando lo encontramos por primera vez, ya es un hombre enfermo y desilusionado, que, para sobrevivir, se aferra a, lo que en los apuntes se anuncia como “un amorío físico inmediato, dinámico, insólito”. Esto es nada menos que “la substancia del libro”. Pero la parte que Fitzgerald nos entrega incluye algunos de sus párrafos más desacertados; el enfoque de lo físico nunca fue su fuerte. Ni queda en claro en qué forma se relaciona el amorío con el otro último gesto febril de Stahr: su tentativa de dominar al monstruo de Hollywood en una lucha con los “matones” y los magnates de la producción. Se introduce ocasionalmente en la composición el sentido de culpabilidad social de mediados de la década del 30, aunque en

verdad éste se había insinuado marcadamente en relatos cortos anteriores, tales como *May Day* (“Día de primavera”) y *The Rich Boy* (“El muchacho rico”). Es evidente que se supone a Stahr ser una especie de símbolo; mas sería difícil determinar qué simboliza. Antes bien, a juzgar por las sinopsis, parece él un receptáculo de todas las contradicciones que le son más familiares a la propia sensibilidad del autor: de su arrogancia y generosidad, de su afición al dinero y su necesidad de honradez, de su atracción hacia lo fabuloso en la vida norteamericana y su repulsión por su despilfarro y su terrorismo. “Stahr es infeliz y hacia el final está amargado”, escriba Fitzgerald, en uno de sus últimos apuntes para el libro. “Antes de la muerte, pensamientos tomados de *The Crack-Up*”. Parece que todo había de rematar en un destello de ironía sensacional y no demasiado significativa; en camino a Nueva York para suspender un asesinato que ordenara por el mejor de los móviles, Stahr perece en una catástrofe aérea y en un cerro saquea sus pertenencias un grupo de escolares. Si algo hay de simbólico en esta situación, ¿podría ser la imagen del Icaro moderno deslizándose hacia el desastre en aquel “universo de inefable ostentación”, concepto que tenía Fitzgerald de la América de su época?

Los bocetos autobiográficos en *The Crack-Up* no ayudarán mucho a averiguar cuál es el verdadero fundamento de la prolongada preocupación de Fitzgerald por el fracaso. Las razones expuestas en esta obra son a la vez demasiado sencillas y demasiado complicadas. No es probable que psicólogo alguno tome muy en serio las dos primeras frustraciones descritas: la incapacidad de formar un equipo de fútbol en Princeton y de ir a ultramar en la última guerra. Como dirían los

sicólogos, en la etiología del caso Fitzgerald las raíces van mucho más hondo y nadie se cuida de perturbarlas en fecha tan temprana. Su extraordinaria belleza física era por cierto del dominio público y el efecto de la misma en el total de su personalidad fue tal que él no se negaría a admitirlo. La *imagen*¹ de su cuerpo conseguía eclipsar a veces la *imagen* más importante del artista. Pero aun esto es asunto bastante delicado. Además, actuaban elementos de un orden completamente distinto: racial y religioso. Por algún motivo, jamás pudo reconocer él la amplia y positiva influencia [175] de su herencia céltica, sobre todo en su sentido del idioma, y su preocupación retrospectiva por el Sur suena un poco demasiado nostálgica para ser convincente. En íntima relación con esto se halla su actitud jamás resuelta frente al dinero y la posición social con respecto al valor del individuo. Pero lo menos explorado por sus críticos son los permanentes efectos de su temprana sujeción al catolicismo, no menos poderosos por aflorar raras veces en su obra. (La gran excepción la constituye *Absolution*, “La absolución”, tal vez la mejor de sus historias cortas.) Puede, en verdad, haber sido la antigua costumbre de la confesión lo que al final lo indujo patéticamente a su *examen de conciencia*² público en las vistosas páginas de la revista *Esquire*.

A su sentido del fracaso se sumó también su conciencia de manifiestas limitaciones intelectuales, que compartió con la mayoría de los novelistas norteamericanos de su tiempo. “Yo había meditado muy poco —confiesa—, excepto dentro de los problemas de mi oficio.” Sea

¹ En Latín en el original. (N. del T.)

² En Francés en el original. (N. del T.)

lo que fuera lo que recibió en Princeton, apenas si podía llamarse educación; en años posteriores leyó poco, rehuyó las ideas abstractas y apenas se dio cuenta de los acontecimientos históricos que estaban configurándose a su alrededor. Quizás no convenga al novelista recargarle con un exceso de conocimientos, aunque uno no puede menos que recordar los vastos recursos culturales de un Tolstoi o un Joyce, o la intrepidez dialéctica de un Dostoiewsky o un Mann. Y evocando a estos europeos, ninguno de los cuales se derrumbó en el camino, uno se pregunta si cierta esquivez con respecto a lo mental no es una causa de la falta de desarrollo en la mayoría de los escritores norteamericanos. El arte no es intelecto sólo, pero sin intelecto el arte no tiene probabilidad de sobrepasar el nivel de la perpetua inmadurez.

Por último, cabe mencionar la exasperación de Fitzgerald ante la *multiplicidad* de la vida del hombre moderno, especialmente en nuestro país. "Está debajo de uno, encima de uno y rodeándolo por todos lados —le protestaba, en mi presencia, a una joven que había aludido disimuladamente al lento avance de su obra—. Y la dificultad es captarla de algún modo." Era exasperante porque para, el escritor, cuyo cometido es extraer la calidad única de su época —lo que Baudelaire llama la *modernidad*¹—, había demasiado que percibir, que descartar, que conciliar en alguna clase de orden. No obstante, para el escritor era ésta la primera de las obligaciones, sin ella él no era nada. "Nuestra pasión es nuestra tarea y nuestra tarea es nuestra pasión." Lo que constituía el problema común a todos los novelistas norteamerica-

¹ En Francés en el original. (N. del T.)

nos, lo intensificaba en él su sentido extraordinariamente desarrollado de la vocación.

En último análisis, si Fitzgerald fracasó, fue porque la única norma que pudo reconocer —como el platónico concepto de sí mismo forjado por el joven Jay Gatsby en su mísero dormitorio de Dakota del Norte— excedía su capacidad de comprender. Su fracaso fue la falla de sus virtudes. Y acaso sea esto el principal significado de su carrera para la generación más joven de escritores.

“Yo hablo con la autoridad que da el fracaso —dice en sus apuntes—. Ernest habla con la autoridad del éxito. Jamás podríamos volver a sentarnos a la misma mesa.” Es una gran frase. Y tomada en conjunto, esta declaración no implica ni humillación abyecta ni falsa modestia. Lo que Fitzgerald quiere decir es que las metas que él persiguió eran de índole mucho más difícil y más inalcanzable de lo que “Ernest” o cualquier otro de sus contemporáneos hubiesen podido imaginar siquiera. Y su única fuerza consiste en haber estado consciente de este hecho.